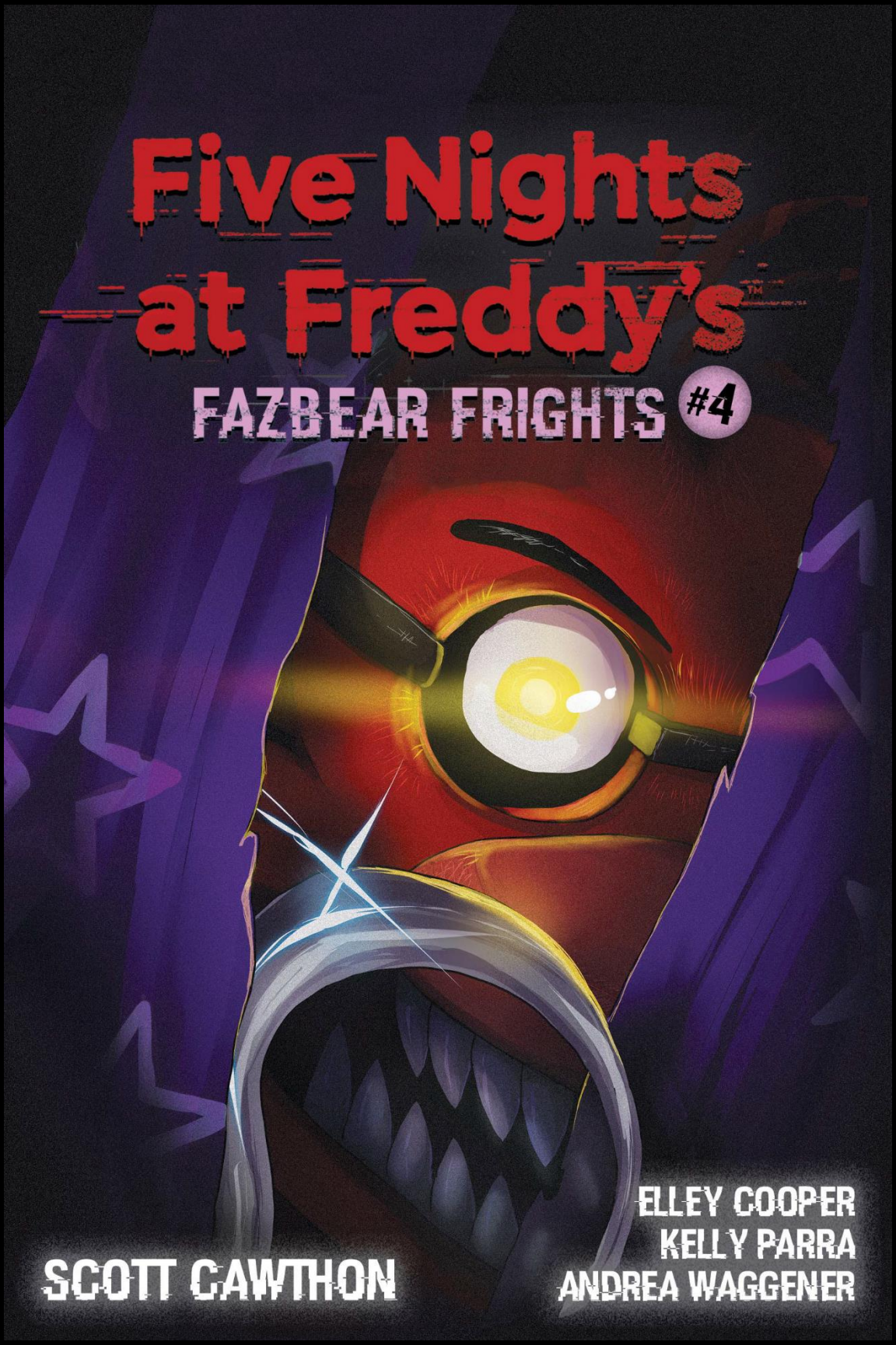
Five Nights at Freddy's™

FAZBEAR FRIGHTS #4



SCOTT CAWTHON

ELLEY COOPER
KELLY PARRA
ANDREA WAGGENER

Five Nights at Freddy's™

FAZBEAR FRIGHTS

#4

Scott Cawthon

Andrea Waggener

Elley Cooper

Kelly Parra

Copyright © 2020 por Scott Cawthon. Todos los derechos reservados

Foto de TV estática: © Klikk/Dreamstime

Todos los derechos reservados. Publicado por Scholastic Inc. *Editores desde 1920.* SCHOLASTIC y los logotipos asociados son marcas comerciales y/o marcas comerciales registradas de Scholastic Inc.

El editor no tiene ningún control y no asume ninguna responsabilidad por el autor o los sitios web de terceros o su contenido.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera impresión 2020

Diseño de portada por Betsy Peterschmidt

e-ISBN 978-1-338-62699-5

Todos los derechos reservados bajo las convenciones internacionales y panamericanas de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro sin el permiso expreso por escrito del editor. Para obtener información sobre el permiso, escriba a Scholastic Inc., Atención: Departamento de permisos, 557 Broadway, Nueva York, NY 10012

Contenido

Portadilla

Copyright

Acércate

Baila conmigo

Regresando a casa

Acerca de los Autores

Rompecabezas

ACÉRCATE

Los ojos amarillos de Foxy brillaron en la oscuridad de la habitación. Su mandíbula colgaba abierta, mostrando dientes afilados. Foxy levantó su anzuelo y cortó con su punta afilada frente a la cara de Pete, con el anzuelo zumbando junto a su nariz. Pete rodó fuera de la cama, su cuerpo temblaba. Su estómago dio un vuelco mientras yacía indefenso en el suelo y Foxy giró, cerniéndose sobre él. El cambio de engranajes llenó la habitación cuando Foxy se balanceó hacia arriba con su gancho.

—Puedes ser un pirata, pero primero tendrás que perder un ojo y un brazo.

—No —suspiró Pete.

Cuando Foxy golpeó con su gancho en el ojo de Pete, sonó un estallido audible. La sangre brotó de la cuenca del ojo cuando Pete gritó…

Freddy Fazbear's Pizza estaba llena de niños pequeños locos y sus acosados padres idiotas. La música bramaba a través de los parlantes de la pared y los juegos de árcade vibraban. El aroma de pepperoni quemado flotaba en el aire, mezclado con el aroma del algodón de azúcar. Pete estaba encorvado contra una pared, con los tobillos cruzados y la gorra de béisbol hacia atrás, bebiendo una cola con sabor a cereza mientras mascaba chicle de sandía. Su hermano pequeño y sus amigos estaban apiñados alrededor de un juego de árcade.

Pete no quería estar allí, pero su madre tenía que trabajar y Chuck tenía que volver a estar con sus amigos después de la escuela. Así que eso dejó a Pete para jugar a la niñera. Por centésima vez, se preguntó, ¿por qué siempre era su trabajo? ¿Y, el mocosito estaba agradecido?

No.

Chuck siempre se quejaba de su inhalador. Siempre lloriqueaba que tenía hambre. Siempre hacía un montón de preguntas. Siempre algo. Desde que su padre se había ido, Pete estaba a cargo de Chuck.

Las palabras de su madre se quedaron grabadas en su cabeza. *«Ahora eres el hombre de la casa, Pete. Cuida a tu hermano pequeño».*

¿Cómo se suponía que Pete iba a ser el hombre cuando sólo tenía dieciséis años? ¿Alguien le preguntó qué pensaba de sus nuevas responsabilidades?

No.

Pete vio a un niño caminar hacia un par de empleados que limpiaban las mesas de cumpleaños. Tiró de la manga del tipo. El hombre miró al niño y sonrió.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó.

—Me preguntaba, ¿dónde está Foxy el pirata? —dijo el niño.

La voz del hombre era dulce como un almíbar.

—Oh, Foxy está de vacaciones en este momento. Esperamos tenerlo de regreso pronto.

El niño asomó el labio, pero asintió mientras se alejaba.

El otro empleado se rio entre dientes.

—Muy buena —le dijo al hombre.

—Sí, de vacaciones en la sala de mantenimiento. No sé cuándo volverán a sacarlo.

Pete estaba pensando en eso cuando se dio cuenta de que alguien estaba diciendo su nombre.

—¿Pete?

Apartó su atención de la conversación y dirigió su mirada hacia María Rodríguez, que estaba parada a su lado. Su cabello negro le rozaba los hombros y sus labios eran de un rojo brillante. Tenía estos ojos verdes brillantes con pestañas largas y algunas pecas en la nariz. Ella era una animadora en su escuela secundaria y él la conocía desde sexto grado. Entonces, ¿por qué de repente se sintió tan nervioso con ella?

—Hola, María.

—Atrapado aquí con el pequeño Chuckie, ¿eh?

Pete frunció el ceño.

—Sí.

—Yo También. Es el cumpleaños de mi hermana pequeña. —María señaló una mesa de cumpleaños frente al escenario, con niños pequeños con sombreros de cono y comiendo pastel.

—No puedo creer que solíamos ser como ellos.

Él sonrió de oreja a oreja.

—No sé tú, pero yo nunca fui así.

María sonrió.

—Seguro. Y dime, ¿dónde has estado? No te he visto en la práctica últimamente.

Había sido expulsado del fútbol por rudeza innecesaria y mala actitud en múltiples ocasiones. ¿Hola? ¡Esto era fútbol! Así que simplemente lo dejó por completo. La verdad era que Pete nunca solía renunciar a nada. Solía terminar todo lo que empezaba. Pero después de ver que sus padres se abandonaban, terminar las cosas ya no importaba tanto. Además, no necesitaba más dolor por parte del entrenador, ya tenía suficiente de sus maestros y su madre. Un único chico no podía soportar tantas quejas.

Se encogió de hombros.

—Me cansé de todo, ¿sabes?

—Entiendo. Entonces, ¿qué vas a hacer con todo tu tiempo libre ahora?

—Bueno…

Alguien saludó a María desde la mesa de la fiesta y su rostro se iluminó.

—¡Sí! Finalmente es hora de irse. —Antes de irse, agregó—: Oye, un grupo de nosotros nos reuniremos bajo el viejo puente Beacon, por si quieres venir a pasar el rato más tarde.

Pete sonrió.

—¿Sí?

Ella asintió.

—Será divertido.

Luego negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo que estar con Chuck el tonto.

—Ah, está bien. Quizás la próxima vez. Nos vemos en la escuela.

La irritación se apoderó de Pete mientras veía a María alejarse. Todo esto era culpa de Chuck. «Mocoso». Todo era siempre sobre su hermano pequeño. No importaba lo que Pete quisiera porque nada importaba cuando se trataba de Pete. Papá se había ido. Mamá estaba en su propio pequeño mundo. Pensaron que simplemente pondrían a Pete a cargo de Chuck porque no tenían tiempo para ocuparse de él por sí mismos. Pero Pete nunca se había inscrito para hacerse cargo de sus responsabilidades. Él era un niño y los niños deberían ser libres, sin preocuparse por las cosas. Deberían poder hacer lo que quisieran, como pasar el rato con otros niños en lugar de mirar a los hermanitos. Pero a sus padres no les importaba nada de eso, obviamente. Después de todo, nunca le preguntaron a Pete si quería que se separaran en primer lugar. Se acaban de divorciar y eso fue todo. Nada de eso fue justo.

Pete tenía tantas emociones dentro de él que a veces simplemente no sabía qué hacer con ellas. A veces se sentía como una bomba de relojería a punto de explotar, como si la tensión en su cuerpo estuviera justo debajo de su piel, pidiendo alivio. Durante un tiempo, el fútbol ayudó. Había sido una bestia en el campo, derribando jugadores, echando a la gente fuera del camino. Al final de la práctica, estaba exhausto y vacío. Se sentía bien.

Pero como estaba fuera del equipo, se quedó sin salida. Odiaba estos sentimientos. Odiaba todo a veces. Vio a su hermano separarse de sus amigos para dirigirse al baño y entrecerró los ojos ante la nueva oportunidad. Pete arrojó su refresco a una mesa vacía y caminó rápidamente hacia el lado de su hermano, agarrándose a su brazo con fuerza.

La cara de Chuck se arrugó.

—¡Ay, Pete!

—Cállate y camina —murmuró, luego sopló una burbuja hasta que estalló.

—¿Por qué? ¿A dónde vamos?

—Ya verás. —Con una rápida mirada por encima del hombro, Pete empujó a su hermano pequeño por un pasillo largo y oscuro. El suelo estaba descolorido y viejo, y carteles de animatrónicos descascarados se alineaban en las paredes. El lugar necesitaba una mejora seria. Pete había vagado por aquí antes y había descubierto la gran sala de mantenimiento. Ahora que sabía lo que era tomarse unas vacaciones adentro, no podía esperar para llevar a Chuck a una pequeña aventura, considerando que su hermano siempre había tenido miedo de cierto animatrónico.

Chuck empezó a protestar.

—¿A dónde vamos?

—¿Qué te pasa, estás asustado?

—¡No! ¡Sólo quiero quedarme con mis amigos!

—Vamos a comprobar algo.

Chuck hipeó y se lamió los labios secos alrededor de los aparatos ortopédicos. Sonaba como un sapo cuando estaba nervioso.

—Déjame en paz o se lo diré a mamá.

—Eres un soplón. Ahora realmente vas a entrar.

Pete arrastró a su hermanito sorprendentemente fuerte a través de la entrada de la sala de mantenimiento para encontrarse con Foxy el pirata.

☆☆☆

La pesada puerta se cerró de golpe detrás de ellos y los envolvió en la oscuridad.

—¡Pete, déjame ir!

—Tranquilo. Alguien podría escuchar y no quiero escucharte lloriquear como un bebé. ¿Sabes lo molesto que es eso? —Pete no soltaba el agarre que tenía sobre su hermano. No, era hora de darle una lección a Chuck. Había llegado el momento de que Pete hiciera lo que quisiera y ahora mismo eso significaba darle un buen susto a su hermano.

El pequeño Chuck el tonto incluso podría orinarse en los pantalones.

Pete se rio entre dientes ante la idea.

Con una mano todavía firmemente en el brazo de su hermano, sacó su teléfono del bolsillo y encendió la luz para guiarlos lentamente a través de la oscuridad. El área estaba extrañamente tranquila, como si no estuviera conectada a un barco lleno de gente al final de un pasillo. El olor aquí estaba estancado y mohoso, y el aire parecía… sin vida. Como si nadie hubiera puesto un pie en el lugar recientemente. Lo cual era extraño cuando el resto del edificio estaba lleno de actividad.

Hipo.

El pie de Pete tiró una botella al suelo. Golpeó algo y se hizo añicos. Pete y Chuck se quedaron paralizados, preguntándose si alguien los escucharía, pero no parecía haber nadie cerca.

Hipo.

Pete examinó el suelo con la luz, revelando baldosas a cuadros en blanco y negro desgastadas. Mesas polvorientas y algunas sillas rotas estaban esparcidas por la gran sala. Había cajas de cartón en las mesas, medio vacías con sombreros de fiesta y platos esparcidos a su alrededor. Su luz brilló en una gran araña negra sentada en el borde de una caja.

—Aw, mira eso, tonto. ¡Es enorme! —dijo Pete.

La araña saltó y los chicos retrocedieron.

—Odio las arañas. Vámonos de aquí —se quejó Chuck de nuevo.

—Aún no. Hay mucho más por explorar. Piensa en esto como uno de esos juegos de aventuras que te gusta jugar. Tenemos que encontrar el tesoro secreto. —Dijo Pete, riendo entre dientes. Tenía que asustar un poco más a su hermano.

Hizo brillar la luz de vuelta al suelo. Se detuvo en lo que parecían velas oscuras derretidas y extrañas marcas negras.

—¿Qué es eso? ¿Esos son símbolos? —quería Chuck saber.

—A quién le importa. —Pete continuó moviendo la luz alrededor. Luego vio el pequeño escenario con la cortina púrpura cerrada, y una sonrisa se abrió en su boca.

Fijado a la cortina, había un cartel torcido con las palabras FUERA DE SERVICIO.

—Grandioso. Con suerte, todavía funciona.

Hipo.

—Pete… no deberíamos estar aquí. Podríamos meternos en problemas. Un gran problema. Como invadir, ¿sabes? Eso es contra la ley.

—Eso es contra la ley —Pete lo imitó con una vocecita—. Eres un nerd, ¿lo sabías? ¿Qué vas a ser de mayor, Chuck? ¿Un policía? Me aseguraré de comprarte una dona de camino a casa.

Pete iluminó la luz junto al escenario, revelando una caja de control oxidada en una mesa auxiliar. Se rompió la tapa de la caja.

—Esto va a ser tan bueno. —Arrastró a su hermanito al pie del escenario—. Disfruta el espectáculo.

—¡Basta, Pete!

Agarró a Chuck por la camisa y los pantalones, dándole un buen calzón chino mientras lo lanzaba al pequeño escenario. Chuck se estrelló contra la plataforma con un "ugh" y Pete corrió hacia la caja de control.

Golpeó con la palma de la mano un botón que decía INICIO. Una y otra vez. Sonó un zumbido bajo, seguido de un clic amortiguado y un ruido metálico.

—¡Oh, vamos! —gritó Pete cuando no pasó nada.

Finalmente, la pequeña cortina comenzó a abrirse.

Hipo—hipo—hipo.

Con un movimiento rápido, Chuck rodó hacia un lado.

—Chuck, ¡cobarde! —Pete corrió al escenario, agarrando a Chuck por sus zapatillas para mantenerlo allí. En los movimientos rápidos que sólo el miedo puede provocar, Chuck logró evadir a su hermano. Se puso de pie, saltó de la plataforma y corrió.

Fue lo más rápido que Pete había visto correr a su hermano. Si no hubiera estado huyendo de Pete, incluso podría estar impresionado. Pete se movió para recuperarlo, luego se detuvo frente al escenario cuando su camisa se enganchó en algo.

—Maldición —murmuró. Tiró de su camisa, pero estaba atrapada en un estúpido clavo.

Música entrecortada sonó en el aire cuando las cortinas se abrieron por completo. Pete se quedó congelado frente a un animatrónico Foxy fracturado que lo estaba mirando. Los ojos amarillos brillaron bajo las cejas rojas y un parche en el ojo se colocó sobre su ojo derecho. Una mandíbula con dientes afilados y puntiagudos colgaba flojamente mientras el gran zorro comenzaba a cantar una canción inconexa sobre convertirse en pirata. Un brazo tenía un gancho por mano y la otra mano estaba despojada de piel, mostrando su esqueleto robótico. Extraños sonidos de engranajes girando chirriaron y parecieron resonar en el silencio de la habitación. El pecho del robot apareció desgarrado, exponiendo más de su cuerpo mecánico. Foxy se movió despacio, inquietantemente. Aunque Pete sabía que era un robot, su cuerpo deteriorado parecía medio devorado por quién sabía qué.

Un escalofrío recorrió la espalda de Pete.

Se tragó el chicle.

No podía apartar la mirada de los ojos amarillos de Foxy mientras cantaba.

No sabía por qué… sólo era un viejo y tonto robot…

—¡Puedes ser un pirata, pero primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg!

—¡Primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg! —¡Primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg! —¡Primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg!

El antiguo animatrónico estaba atascado en la misma letra…

—¡Primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg!

Pete parpadeó cuando una extraña sensación se apoderó de él, como si una manta invisible, fría y pesada cubriera cada centímetro de su cuerpo, luego se hundiera a través de su piel y sus huesos.

—¡Primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg!

La habitación se quedó en silencio repentinamente, pero Pete permaneció allí de pie en la oscuridad. Inmóvil.

Parpadeó y miró a su alrededor, tratando de recordar dónde estaba. Estaba en la oscuridad. Solo. Su pulso se aceleró cuando dio un paso atrás. Luego vio que su camisa estaba atrapada en un clavo, y todo volvió a él. Se frotó los ojos, quitó la camisa del clavo y salió del escenario para buscar a su hermano.

—¡Maldita sea, Chuck!

☆☆☆

Pete vio a Chuck chupar una bocanada de su inhalador antes de sentarse a la mesa. Se dio cuenta de que los nervios de su hermano pequeño aún estaban disparados desde que Pete lo llevó a ver a Foxy el pirata. Chuck miró a Pete al otro lado de la mesa y se retorció. Pete no sabía por qué estaba tan molesto. El pequeño mocoso ni siquiera pudo ver la mejor parte del espectáculo. Se había escapado y se había pegado a sus amigos hasta que llegó el momento de volver a casa.

—¿Cómo estuvo Freddy Fazbear's Pizza, chicos? —preguntó su mamá mientras colocaba platos de jamón y papas frente a ellos.

—Bien —dijo Chuck, sin levantar la vista de su plato.

—Sí, simplemente genial —murmuró Pete, tragando puré de papas.

—¿Qué? ¿Paso algo?

—No, nada —dijeron los hermanos juntos.

Pete le dirigió a Chuck una mirada de advertencia. «Mejor no lo digas…»

Mamá arqueó las cejas mientras se sentaba.

—Okey. Bueno, yo tengo algo emocionante para compartir con los dos. Pensé que era hora de que hiciéramos algo como familia. Y algo que fuera bueno para el mundo.

Pete se mordió las palabras que probablemente herirían los sentimientos de su madre. «¿Qué familia?» Habían pasado casi seis meses desde que papá se había ido y rompió a su familia. ¿Y cuándo su madre se había convertido en una benefactora?

—Algo nuevo. Algo que representa un nuevo comienzo para los tres como unidad familiar. Algo que también podría darle a otra persona un nuevo comienzo. —Sacó un papel de una carpeta y lo dirigió hacia ellos.

Pete leyó las letras en negrita con incredulidad.

—¿Donantes de órganos?

Mamá asintió emocionada.

—Sí, seremos donantes familiares. ¿No suena genial?

La mirada de Chuck se encontró con la de Pete con asombro.

—¿Estas son tus emocionantes noticias? ¿De verdad quieres que renunciemos a partes de nuestro cuerpo? —Le preguntó Pete.

Hizo un gesto con la mano a Pete.

—¡Sólo si nos pasa algo, tonto!

Lo que obviamente no queremos. Pero si fuera así, podríamos ayudar a otras personas que están enfermas y necesitan un nuevo corazón o un riñón. Podríamos salvar la vida de alguien. Seríamos héroes.

—Seríamos héroes muertos —dijo Chuck.

Ella rio.

—¡Oh, Chuckles, me haces reír!

—Sí, Chuckles, eres un revoltoso —dijo Pete, inexpresivo.

Chuck arrugó la cara.

—Oye, mamá, ¿sabes lo que hizo Pete en la pizzería?

Pete miró a Chuck con los ojos entrecerrados. Sabía que el mocoso no podía mantener la boca cerrada.

—¿Qué hizo?

—Bebió demasiados refrescos. —Chuck sonrió, mostrando los dientes.

Mamá suspiró.

—Pete, vamos. Te dije lo que todo ese refresco le hace a tus dientes.

Pete se limitó a mirar a su madre. ¿Qué le pasaba últimamente? El mes pasado había comenzado a ver a alguien que se llamaba a sí misma una "entrenadora de vida". Luego, su madre comenzó a practicar yoga, se cortó el pelo largo y se sometió a una extraña limpieza con jugo. También había reunido un montón de sus cosas y las había regalado a organizaciones benéficas. Ahora… ¿ella quería donar partes de su cuerpo?

—Aquí, lee el volante, Pete —dijo mamá—. Te convencerá, seguro.

Pete agarró el papel que su madre le puso debajo de la nariz. La lista de donaciones de órganos era bastante larga: huesos, corazón, riñón, hígado, páncreas, piel, intestino, globos oculares…

Globos oculares.

Puedes ser un pirata, ¡pero primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg!

Pete volvió a mirar a Foxy. Se imaginó a Foxy saliendo repentinamente del escenario y acechando hacia él con su gran y afilado gancho. Sus pies mecánicos raspando el suelo.

El puré de papas de Pete hizo un lento giro en su estómago, y de repente se sintió mareado. Parpadeó la imagen.

—Qué idea más tonta, mamá.

—Pete, no es tonto. Y me duele que pienses eso.

Sí, a mamá también le gustaba expresar sus sentimientos últimamente. Empujó su silla lejos de la mesa y se puso de pie mientras su rostro brillaba frío, luego caliente.

—No lo voy a hacer, mamá.

—Pete.

—No quiero hablar de eso. Me voy a la cama. —Pete salió del comedor.

—¿Qué pasó? —escuchó a su mamá preguntar.

Chuck suspiró.

—Pubertad.

☆☆☆

—¡Date prisa, Pete!

A la mañana siguiente, Chuck golpeó la puerta del baño. Si Pete no salía pronto, Chuck llegaría tarde al autobús a la escuela secundaria W. H. Jameson. Si perdía el autobús, entonces tendría que andar en bicicleta cinco millas hasta la escuela y su madre se asustaría de que fuera solo. Era paranoica, algo le pasaría si Pete no estaba con él, lo cual no entendía, ¡ya que tenía casi doce años! (Bueno, once y medio.) Muchos de sus amigos se quedaban solos todo el tiempo, pero Chuck no. Pete siempre decía que era porque Chuck era el bebé y su mamá no podía dejar de pensar en él de esa manera.

Escuchó a Pete tirar el inodoro y Chuck dio un paso atrás y se encogió.

«Pete está enfermo». El labio de Chuck se curvó un poco. «Eso es lo que se merece por intentar asustarme ayer». Luego dejó ir ese pensamiento mientras Pete jadeaba de nuevo, retrocediendo y apoyándose contra la pared para esperar.

Chuck sabía que la partida de papá había cambiado a todos. Pete estaba enojado todo el tiempo. Mamá siguió buscando cosas nuevas para hacerla feliz. ¿En cuanto a él…? Sólo trató de mantenerse ocupado. Le gustaba pasar el rato con sus amigos, le gustaba jugar videojuegos en línea y estaba muy interesado en los rompecabezas.

Sí, la escuela secundaria apestaba, pero ir a la escuela era sólo una parte de la vida que tenías que atravesar. De vez en cuando, se sentía desafiado por un proyecto, luego lo completaba y se aburría de nuevo hasta que algo más llamaba su interés. Comprendió por qué Pete lo odiaba la mitad del tiempo, porque mamá hacía que Pete lo cuidara tanto. Trató de no ser molesto. Pero todo lo que salía de su boca parecía molestar a Pete. ¿Quizás era así con todos los hermanos? Chuck no lo sabía porque no tenía otro hermano con quien comparar.

El inodoro se descargó. Un minuto después, Pete abrió la puerta. Una oleada de mal olor se apoderó de Chuck y agitó una mano frente a su nariz. Pete no se veía tan bien. Su rostro estaba tan pálido que sus pecas se destacaban como pequeños insectos en sus mejillas. Su cabello oscuro se

levantaba en diferentes direcciones como si se atascara el dedo en un enchufe y se sorprendiera, y había círculos debajo de sus ojos.

—Vaya, Pete, ¿qué te pasa?

—Nada —escupió Pete—. Algo no me sentó bien. Probablemente algo de esa estúpida pizzería.

Chuck no lo creía.

—¿Quieres que llame a mamá?

Pete lo empujó a un lado.

—No, no soy un bebé como tú, Chuck el tonto.

Chuck sintió que se le ponían rígidos los hombros. Odiaba ese estúpido apodo.

—Lo que sea —murmuró. Cerró de golpe la puerta del baño detrás de él.

☆☆☆

Pete tomó una bebida energética con triple cafeína mientras corría hacia su clase de biología, pero aún se sentía agotado. Anoche había tenido algunos sueños bastante locos. No recordaba mucho, sólo que había mucha sangre. Estaba por todas partes, cayendo sobre él, bajando por su rostro y sobre su pecho y brazos. Cuando se despertó de un tirón, sus mantas estaban enredadas alrededor de su cuerpo. Se había caído al suelo tratando de desenrollar las mantas sólo para poder correr al baño.

Se estremeció de sólo pensar en eso, pero rodó los hombros y empujó ese no tan divertido recuerdo. Probablemente debería haberse quedado en casa, pero llamar a su madre al trabajo la habría asustado y le estaría haciendo un millón de preguntas. Había decidido pasar el día de alguna manera.

Entró en su salón de clases cinco minutos después de la campana.

—Señor. Dinglewood, llega tarde —dijo el señor Watson con voz aburrida.

—¿Lo siento?

Pete se quitó el gorro y negó con la cabeza. Se sentó en un taburete vacío en la estación de trabajo en el fondo, junto a un chico con una chaqueta de cuero negra y cabello morado. Pete se metió la cremallera del sombrero en la mochila y la dejó en el suelo, luego se secó un poco de sudor de la frente. Se movió torpemente en el taburete. ¿Por qué parece que no puede quedarse quieto?

—Como estaba diciendo, clase, hoy diseccionaremos una rana —dijo el Sr. Watson—. Todos ustedes han sido interrogados sobre las reglas de seguridad para las herramientas y el procedimiento. Trabajarán en equipo con un compañero para completar la hoja de laboratorio. Espero que todos sean jóvenes maduros. Sé que será difícil para algunos de ustedes, pero aquí no hay nada gracioso o fracasarán. No quieren fallar. Tienen treinta minutos a partir de ahora.

Cuando ambos se dirigieron hacia la rana muerta tendida frente a ellos, el tipo de la chaqueta de cuero se inclinó hacia adelante.

—Amigo… ¿qué te pasa?

Pete negó con la cabeza.

—Nada.

El tipo de la chaqueta de cuero le dio una mirada de está bien y tomó un pequeño bisturí.

Diez minutos después, Pete bostezó. Tenía la boca seca y su mano estaba empezando a temblar por el corte preciso.

El tipo de la chaqueta de cuero sonrió.

—Oye, mira esto —dijo, y le dio un golpe a la rana en el ojo con el bisturí. Un líquido extraño brotó—. Enfermo, ¿verdad? —Luego empujó la hoja en el brazo de la rana y la cortó. Cogió la pequeña mano y la agitó hacia Pete.

Pete negó con la cabeza.

—Necesito un descanso.

—Mira, lo siento. Te juro que dejaré de jugar. —Extendió la manita de rana—. Aquí, vamos a sacudirlo.

El chico se rio entre dientes cuando Pete se levantó del taburete y se dirigió a la fuente de agua del aula. Tomó un par de tragos largos. Maldita sea, tenía sed. ¡Y estaba hambriento! Su estómago decidió gruñir entonces, ya que se había saltado el desayuno tratando de llegar a la escuela a tiempo.

Se dirigía de regreso a su estación de trabajo cuando el Sr. Watson lo detuvo.

—¿Todo bien, Sr. Dinglewood? —preguntó.

El Sr. Watson era más bajo que él, con cabello blanco y bigote blanco.

Anteojos colgaban de la punta de su nariz roja, como si de alguna manera estuviera mirando a Pete, a pesar de que eso era físicamente imposible.

—Sí, las cosas están bien —espetó Pete.

El Sr. Watson frunció el ceño.

—Me alegra oírlo. Ahora, regrese a su laboratorio de disección. Tú de todas las personas no puedes permitirte el lujo de fracasar.

—Lo sé —murmuró Pete, dándose la vuelta.

Todo fue cuesta abajo desde allí.

Pete dio un paso rápido y largo y su pie aterrizó en la correa de su mochila en lugar de aterrizar de forma segura en el suelo. Fue entonces cuando resbaló, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Sintió que su dedo del pie se conectaba con el chico de la chaqueta de cuero de una manera brutal. El chico gritó y el Sr. Watson gritó algo en respuesta.

Pete aterrizó de espaldas y se quedó sin aliento. Parpadeó y cuando abrió los ojos vio el bisturí del chico en el aire. El cuchillo pequeño debe haber salido volando al impactar. Pero entonces, incrédulo, Pete vio que el bisturí perdía gravedad y caía hacia su rostro, la punta de la pequeña hoja se dirigía directamente a su ojo.

La adrenalina le recorrió el cuerpo. Con los rápidos reflejos que venían de años de jugar al fútbol, Pete golpeó la herramienta como un insecto mortal justo cuando la hoja estaba a punto de cegarlo. El bisturí golpeó el soporte de la estación de trabajo y cayó al suelo.

—Santo… —siseó el tipo de la chaqueta de cuero.

—Querido Señor, Peter, ¿está bien? —dijo el señor Watson, cerniéndose sobre él como un padre asustado—. No te muevas, llamaré a la enfermera. ¡Clase, quédense sentados! ¡Nadie se mueva! ¡Procedimiento de emergencia, por favor! ¡Fuera del camino!

La clase ignoró al Sr. Watson y se apiñó alrededor de Pete mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas. No creía que se hubiera golpeado la cabeza, pero se sentía mareado y un poco fuera de sí. Por no hablar de lo mortificado que estaba.

Alguien susurró—: Así se hace, Dingleberry.

Un par de chicos se rieron.

—Sí, qué perdedor. Ahora sabemos por qué fue expulsado del equipo de fútbol.

Pete se sentó lentamente mientras su rostro se sonrojaba. Maldita sea, no había duda de que debería haberse quedado en casa.

De alguna manera, Pete logró pasar el resto del día escolar. La enfermera lo había revisado, le había dado una bolsa de hielo y lo había dejado seguir su camino. Fue un alivio cuando sonó la campana final, caminó rápidamente alrededor de los niños que se movían lentamente, atravesó las puertas y bajó los escalones del frente de la escuela.

Cuando revisó su teléfono, vio que tenía un nuevo mensaje de texto de su madre. Se pasó una mano en la cara.

¿Ahora qué? ¿No podría pasar un día sin que ella le pidiera que hiciera algo? Sí, amaba a su mamá, pero ahora que ella no tenía a su papá para ayudarla, Pete siempre estaba de guardia. Será mejor que no le pida que vuelva a salir con Chuck. No lo haría. Él diría: No, lo siento, estoy enfermo. —Hizo clic en el texto:

Hola Pete, después de la escuela, ¿podrías pasar por el carnicero y recoger mi pedido de chuletas de cerdo?

Él respondió rotundamente: Bien.

Ella respondió: ¡Gracias! (Emoji de corazón).

Pete se metió un chicle de sandía en la boca y se dirigió a la carnicería, que estaba a un par de manzanas de su camino.

Quería obtener su licencia, y ese era el plan hace seis meses, antes del divorcio, pero ahora todos parecían haberlo olvidado.

Finalmente llegó a la tienda Barney's Butcher. No había coches aparcados delante, lo que era perfecto, porque podía conseguir la orden y salir rápido. Pete empujó la puerta de cristal y ni siquiera había nadie detrás del mostrador. Los precios de oferta estaban publicados en el cristal y en la parte de atrás se escuchaba algo de música rock antigua.

Caminó hasta la vitrina de carnes crudas, escudriñando a la izquierda, luego a la derecha.

—¿Hola? —gritó—. Tengo una orden para recoger.

No había una campana para sonar, así que se quedó un minuto esperando a que alguien lo ayudara. Golpeó el mostrador de vidrio un par de veces.

—¡Holaaaaaaa!

Finalmente, tomó el asunto en sus propias manos, caminando detrás de la alta vitrina.

—¿Hay alguien aquí o qué?

Al otro lado de la vitrina había una mesa larga de carnicero con un líquido rojo y aguado. El abrumador olor a carne y sangre hizo que sus tripas se agitaran de nuevo. La goma de mascar en su boca se volvió amarga. Se llevó una mano al estómago como para aliviarlo. «No vomitaré. No vomitaré». Miró a su alrededor para distraerse, pero todo lo que vio fueron fotografías de animales masacrados. Cuando giró la cabeza en otra dirección, estaba rodeado de hileras de cuchillos y cuchillas de aspecto letal que colgaban sobre su cabeza. Una nueva oleada de mareos se apoderó de él. Extendió la mano para mantener el equilibrio sobre la mesa de carnicero, sintió el líquido acuoso en las yemas de los dedos y empezó a sudar frío.

Un enorme cuchillo de carnicero se estrelló contra la madera y apenas le faltó la muñeca. Pete salió disparado hacia atrás, protegiendo su mano contra su pecho, golpeando la vitrina con su mochila. Contempló el cuchillo

de carnicero incrustado en la madera. El mango vibró en el aire como si la fuerza hubiera sido increíblemente fuerte. Su mirada se dirigió rápidamente hacia las herramientas colgantes.

Un gancho vacío se balanceaba lentamente. El cuchillo de carnicero se había caído del gancho. ¿Caído? No creía que algo pudiera caer con tanta fuerza por sí solo, pero ¿qué más podría haber pasado?

—Oye, ¿qué estás haciendo aquí atrás? —Un hombre mayor y rechoncho que vestía un delantal ensangrentado entró contoneándose en el área, secándose las manos con una toalla—. Sólo empleados. ¿No puedes leer las señales?

Pete señaló la cuchilla clavada en la mesa del carnicero.

—Yo, yo–

—Ah, no. No puedes jugar con mis cuchillos. ¿Estás tratando de meterme en problemas, chico? El departamento de salud se llevará mi licencia.

—Yo, yo…

—Escúpelo. ¿Qué pasa?

—No toqué nada. Simplemente se cayó.

El anciano entrecerró los ojos.

—De ninguna manera estos cuchillos se caen de esos ganchos, chico. Si ese fuera el caso, me faltarían muchos más dedos de los que ya corté. —El anciano levantó la mano izquierda para mostrar un meñique que faltaba y un dedo anular con la parte superior cortada. La piel se veía suave en los dos muñones de dedos de formas extrañas.

Cuando Pete comenzó a temblar, el hombre se rio.

—¿Asustado? ¿Nunca has visto a alguien a quien le faltan dedos? Bueno, mantén tus dedos y manos alejados de objetos afilados y estarás bien. Quizás. —Se rio de nuevo.

Pete tragó saliva.

—Vine aquí… para recoger un pedido de… Dinglewood.

El carnicero hizo un gesto con la mano hacia la trastienda.

—Sí, lo tengo en la nevera. Chuletas, ¿verdad? Enseguida regreso.

☆☆☆

Pete abrió la puerta principal de su casa y la cerró de golpe tan pronto como entró. Arrojó su mochila al suelo y se dirigió a la cocina, donde abrió la nevera, echó las chuletas y tomó un refresco. Cerró la puerta con la cadera y tragó toda la lata. La cola le calmó la garganta y la dulzura lo calmó un poco.

Qué día tan extraño.

Se quitó la gorra y se pasó la mano por la cabeza. Sólo necesitaba comer, descansar y olvidarse de todo lo demás. No más sueños locos, ni chicos raros con bisturí, y definitivamente no más carnicerías. Su madre iba a tener que recoger la carne ella misma de ahora en adelante. Miró por la ventana de la cocina cuando escuchó que la puerta del patio trasero se abría con un crujido. Chuck empujó su bicicleta y la apoyó en el costado de la casa antes de entrar por la puerta lateral.

Pete sintió que su irritación bullía.

—¿Estás loco? —le preguntó a Chuck—. Si mamá se entera de que fuiste en bicicleta a la escuela…

—Alguien acaparó el baño esta mañana y llegué tarde al autobús.

—Y no te recogí, estoy acabado.

—No lo diré.

—¡Sí claro! Siempre me delatas.

Chuck puso los ojos en blanco.

—No le dije que me obligaste a entrar en la sala de mantenimiento, ¿verdad?

—Aún no. Pero vi cómo querías contárselo anoche en la cena. Pensaste que eras muy gracioso.

Chuck levantó las manos exasperado.

—¡Bueno, no lo hice! Eso tiene que contar como algo.

Pete se encogió de hombros.

—Aun así, no se puede confiar en ti.

—¡¡Bien, debería decirle que te castigue!! ¿Qué tal eso?

—¿Ves? ¡Eres un soplón!

—¡Cállate, tú lo eres!

—¡Cállate, pequeño imbécil!

Chuck cedió.

—Lo que sea, idiota —murmuró. Agarró una barra de pan de la caja de pan, luego la mantequilla de maní de la despensa, luego la mermelada de la nevera. Sacó un cuchillo de mantequilla del cajón y empezó a prepararse un sándwich.

Cuando vio a Pete mirando su sándwich, arqueó las cejas.

—¿Qué? ¿Quieres uno?

Pete vaciló.

—No lo sé.

—Bueno, haz el tuyo.

Pete se llevó una mano al estómago, debatiendo si podría manejarlo.

—¿Sigues enfermo o algo así? —quería saber Chuck.

Él se encogió de hombros.

—Sólo ha sido un mal día.

—¿Por qué, qué pasó?

Pete espetó—: No te preocupes por eso. No es asunto tuyo. —De ninguna maldita manera le diría a nadie más sobre el vergonzoso incidente en la clase biológica y las cuchillas voladoras. Especialmente no a su hermano idiota que correría y le diría a mamá y la asustaría.

—Bien. —Chuck terminó de hacer el sándwich y lo deslizó sobre el mostrador hacia Pete. ¿Una ofrenda de paz?

Pete arqueó las cejas con sorpresa cuando Chuck comenzó a hacer otro.

—¿Sabes que mamá llenó el papeleo de donación de órganos por nosotros? —dijo Chuck, como si fuera una conversación casual.

Pete se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¿Por qué?

Chuck asintió, mostrando sus aparatos ortopédicos, luciendo casi complacido.

—Ella dijo que eventualmente entenderías la idea.

—¡Pero le dije que no lo hiciera!

—¿Desde cuándo mamá escucha lo que queremos? —Chuck le dio un mordisco a su sándwich y siguió hablando con la boca llena—. No es gran cosa, de todos modos. Estás muerto cuando te quitan los órganos. Tu vida o alma o lo que sea se ha ido. ¿Y a mí que me importa? ¿Por qué te preocupas tanto?

Pete ni siquiera sabía por dónde empezar. ¡Aquí estaba él, tratando de salvar partes de su cuerpo todo el día, y su mamá estaba tratando de regalarlas!

—¡Es… es una idea estúpida!

Chuck lo miró con curiosidad.

—Espera. Estás asustado, ¿no es así?

—¡No, cállate!

—Lo busqué. ¿Quieres saber cómo te cortan y te quitan los órganos? ¡Es tan bueno! Te abren, como en una incisión en "Y", luego tus tripas están colgando. Después lo quitan todo pieza por pieza. —Hizo una mueca, con los ojos en blanco y la lengua fuera—. Los intestinos son muy largos, así que simplemente los sacan como una cuerda larga de salchicha. —

Chuck hizo un movimiento con las manos como si estuviera sacando un largo trozo de cuerda de su estómago.

—¡Dije que te callaras! —Pete agarró el sándwich y huyó a su habitación.

☆☆☆

A la mañana siguiente, Pete tomó un sorbo de su bebida energética con triple cafeína mientras caminaba hacia la escuela. Salió el sol, lo que mejoró mucho la caminata. Hoy tenía que ser mejor que ayer, pensó. Anoche volvió a tener sueños extraños, pero afortunadamente los detalles se esfumaron tan pronto como se despertó. Y no había vomitado nada en el inodoro, así que eso era bueno.

Apenas había hablado con su madre anoche o esta mañana. ¿Por qué lo había inscrito como donante cuando él le había dicho que no lo hiciera? Ni siquiera quería comerse las chuletas de cerdo que había recogido anoche; todo lo que hicieron fue recordarle que casi había perdido la mano.

Cuando pasó por un sitio en construcción, se detuvo un momento. Miró al otro lado de la calle y decidió no cruzar con todo el tráfico; en cambio, pasaría justo debajo del andamio. Pete examinó las tablas sobre él, asegurándose de que no hubiera ninguna herramienta extraña que pudiera caer sobre su cabeza.

Escuchó sierras motorizadas y taladros sonando desde el interior del sitio, pero nada proveniente del andamio. Cuando pensó que estaba a salvo, se relajó un poco.

Por si acaso, caminó con cautela debajo de las tablas, con miradas rápidas por encima de él. Una cosa que había aprendido recientemente era que no podía ser demasiado cuidadoso. Mientras se acercaba al final del andamio, respiró aliviado.

«Es un juego de niños».

Desde el interior del sitio, escuchó un zumbido divertido y luego un sonido metálico. Los pelos de los brazos de Pete se erizaron.

—¡Qué diablos, cuidado! —gritó alguien.

Pete vio algo que se movía rápido en su visión periférica. Giró la cabeza a tiempo para ver una hoja de sierra circular volando en su dirección, recordándole un Frisbee volador con dientes afilados.

Su mandíbula se aflojó. Su adrenalina se disparó. Se zambulló hacia atrás mientras la hoja redonda volaba por el aire hacia él. Levantó la mano en defensa, como si pudiera atraparla, luego se dio cuenta de que era lo peor que podía hacer y trató de apartar la mano del camino de la hoja voladora. Pensó que estaba a salvo cuando sintió que le cortaba la carne justo por encima de la muñeca, seguido de un agudo ardor.

Se estrelló contra el suelo, su bebida se derramó sobre él. El aire brotó de sus pulmones. Sus ojos estaban muy abiertos cuando levantó el brazo, mirando en estado de shock como la sangre se derramaba por su piel.

—¡Oh hombre, chico! ¡Alguien llame al 911! —Un trabajador de la construcción corrió a su lado, agarrándose el casco como si no estuviera seguro de qué hacer con las manos—. Déjame conseguir un trapo limpio. ¡No te muevas! —El trabajador salió corriendo y otras personas comenzaron a reunirse alrededor.

—Niño, ¿estás bien? —Un hombre de traje se paró encima de Pete y se inclinó.

Tenía un teléfono pegado a la oreja.

—Hola, sí. Ha habido un accidente. Hay un adolescente, está sangrando. En el brazo. En un sitio de construcción en Willington y Salisbury. Dense prisa, por favor… no te preocupes, chico, la ayuda está en camino. Sí, está consciente…

Aturdido, Pete miró la herida abierta en su brazo. No era muy profunda.

Pero…

Podría haber muerto.

☆☆☆

—¡Pete! —gritó Mamá tan pronto como entró a la casa—. ¡Pete!

—En mi habitación —gritó. Estaba acostado en su cama, mirando al techo. Después de que el paramédico lo vendó en el sitio de construcción,

llamó a su madre y regresó a casa caminando. Ni siquiera quería esperar a que lo llevaran, quería alejarse lo más posible del sitio de construcción.

Ahora su energía se había gastado. Se había dado cuenta de que le dolía la espalda, así que fue al baño y se levantó la camisa frente al espejo. Como si su brazo cortado no fuera lo suficientemente malo, también tenía un montón de rasguños frescos en la espalda por caer en la acera.

Ayer, había tenido un par de situaciones difíciles, pero este último accidente fue más peligroso. Esta vez había sangre real.

Mamá entró en su dormitorio con una oleada de nervios.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh mi bebe!

Pete suspiró.

—Mamá, estoy bien. Es una pequeña herida. No necesitaba puntos de sutura. Todo está bien.

Ella agarró su mano, escaneando el vendaje en su brazo.

—¿Cómo pasó esto? —le tocó la mejilla, le pasó una mano por la cabeza y le dio un beso en la frente.

Pete miró su brazo y respondió con sinceridad.

—No lo sé, de verdad.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¿No estabas prestando atención? ¿El trabajador de la construcción estaba siendo negligente? ¿Necesitamos llamar a un abogado? Quizás deberíamos ir al hospital.

—No. ¿De acuerdo mamá? Relájate. —Si bien fue agradable tener toda su atención por una vez, su ansiedad lo puso nervioso.

—No, no puedo relajarme. Realmente podrías haberte lastimado. —Ella se enderezó y se cruzó de brazos con una mirada decidida en su rostro.

—Ya no iras caminando a la escuela. Puedes tomar un autobús o pedir que te lleven. Quizás pueda cambiar mi horario. Los llevaré a ti y a tu hermano a la escuela. Creo que puedo hacer que todo funcione. —Luego

puso sus manos en sus caderas como si de repente fuera la Mujer Maravilla y no hubiera nada que pudiera detenerla—. Haré que funcione.

—Mamá, detente. Fue sólo un… extraño accidente. —Lo que había estado teniendo mucho últimamente.

Hubo un golpe en la puerta principal antes de que se abriera.

Pete se disparó en su cama, sobresaltado.

—¿Quién diablos es?

—Pete, tu lenguaje.

—Hola, ¿hay alguien en casa? —gritó una voz familiar.

Pete miró a su madre acusadoramente.

—¿Llamaste a papá?

Ella respondió—: Por supuesto que llamé a tu padre. Por aquí, Bill. En la habitación de Pete.

Rápidamente, comenzó a recoger la ropa sucia que había tirado al suelo.

—Tengo que llamarlo cuando hay una emergencia. Dios, Pete, esta habitación es un desastre.

Como si eso fuera algo nuevo.

Papá llenó la puerta, vestido con pantalones cargo y una camiseta, con su chaleco de bolsillo y un sombrero de lona flexible. Había una sonrisa forzada enterrada bajo su barba desaliñada.

—Ahí está mi chico.

—¿Estabas pescando? —le preguntó mamá, sorprendida.

—No, aún no. Me tomé el resto del día libre. Haciéndolo un fin de semana temprano.

—Estoy aquí para llevar a mi primogénito al lago. ¿Cómo estás ahí, Pete? Veamos ese brazo. —Su padre se acercó a la cama, pateando botellas de agua mientras se alejaba. Su mandíbula se endureció, pero no dijo nada sobre el desastre.

Pete levantó el brazo para que su padre lo inspeccionara, sin saber qué pensar de su visita. No había visto a su padre en un par de meses. Sólo habló con él por teléfono unas cuantas veces. De repente estaba en casa, como realmente en casa. No había estado dentro de la casa en casi seis meses. Solía ser tan normal tener a mamá y papá juntos en casa y ahora… se sentía muy incómodo.

Papá hizo un sonido de humph.

—No se ve tan mal. Estarás como nuevo antes de que te des cuenta.

—Um, sí, bueno. No creo que pueda pescar hoy, papá. —De hecho, sabía que no estaba a la altura. Estaba adolorido y quería acostarse e irse a dormir. Pete le dio a su mamá una mirada suplicante. «Ayúdame».

Ella vaciló.

—Está cansado, Bill. Tal vez en otro momento. Está mañana ha sido una locura.

Papá hizo un gesto con la mano.

—Disparates. Él está bien. La pesca calma los nervios y relaja la mente. Vamos, prepárate para partir, Pete. Ya tengo los bocadillos empacados. Va a ser un gran momento, ya verás.

☆☆☆

El sol era brutal incluso a través de una bruma de nubes. Pete se reclinó en una silla plegable junto a su padre en un viejo muelle. Había una hielera entre ellos y una vieja caja de aparejos abierta a los pies de su padre. A Pete le dolía el brazo, por lo que no lanzó mucho el hilo de pescar. En cambio, se fijó en la escena.

Un puñado de botes pequeños estaban en el lago con gente, en su mayoría ancianos. Cada pocos minutos, el agua se agitaba con la fuerte brisa y traía consigo el aroma de peces y plantas en descomposición. Pete no recordaba a su padre pescando en el lago local. Se preguntó si alguien había atrapado algo aquí, alguna vez.

Parecía extraño pescar solo con su papá. Probablemente habían pasado un par de años desde que habían estado en el lago, y Chuck solía acompañarlos, llenando el silencio con un montón de preguntas para papá.

Chuck siempre tenía que saber cosas. Por qué algo funcionó o cómo funcionó o dónde se hicieron las cosas. Pete no estaba seguro de si Chuck realmente quería las respuestas o la atención, pero de cualquier forma estaba acostumbrado. A Chuck le gustaba hacer preguntas y a Pete no le importaba mucho hablar.

—Entonces, Pete, quiero saber cómo estás —dijo papá.

Pete se levantó el sombrero, se rascó la cabeza y volvió a ponerse la gorra.

—Estoy bien, papá.

—Tu madre dice que dejaste de jugar al fútbol y que no te llevas bien con tu hermano. —Su padre no usó un tono acusador, pero Pete podía sentir su desaprobación, al igual que lo había hecho con su habitación desordenada. Su padre siempre actuaba como si fuera culpa de Pete cuando las cosas iban mal.

Los eventos externos, como, por ejemplo, las acciones de los padres, no entrabann en la ecuación.

«Debe ser genial ser un adulto y tener razón todo el tiempo».

Pete se encogió de hombros a pesar de que su padre no lo estaba mirando.

—He terminado con el fútbol. Ya no es para mí. —Sopló la brisa y el hilo de pescar de alguien pasó volando junto a la cara de Pete. Se estremeció y miró a un tipo que flotaba en su bote a un par de metros de distancia, sin prestar atención a dónde estaba lanzando su línea.

—Está bien. Esa es tu elección. Pero eres el hermano mayor de Chuck, y no hay otra opción en eso.

Pete no necesitaba exactamente que se lo recordaran, pero su padre prosiguió.

—Y como hermano mayor, tienes cierta responsabilidad. Yo era un hermano mayor, de tu tía Lucy. Todavía lo soy cuando ella me necesita. Ahora tiene marido, así que ya no depende mucho de mí… —En el tema del marido, pareció sentirse un poco incómodo.

Pete apretó los dientes. Lástima que se olvidó de su chicle. Las conferencias siempre eran aburridas y una pérdida de espacio aéreo, pero al menos el chicle habría sido una distracción. Miró al otro lado del lago, esperando que algo pudiera romper este momento incómodo.

—Pero de todos modos… a veces la responsabilidad puede ser mucha para un niño —dijo su padre, aclarándose la garganta—. Ya sabes, con la escuela, las calificaciones y las chicas haciéndote sentir tonto. —Su padre lo miró de reojo—. ¿Tienes alguna pregunta sobre las chicas?

Las mejillas de Pete ardieron y sacudió la cabeza rotundamente en negativo.

—Está bien, bueno, mi punto es que si necesitas hablar con alguien, estoy aquí para ti, hijo. —Su padre se volvió hacia él completamente entonces, mirándolo como si estuviera esperando que Pete dijera algo grande.

Pete frunció el ceño.

—Uh, está bien.

Su padre se pasó una mano por la barba.

—O si es más fácil hablar con un extraño, puedo buscarte un consejero.

—¿Qué? No, no necesito un consejero.

—Bueno, con tu muñeca… —Sus ojos se posaron en el vendaje de Pete.

—¿Qué pasa con esto? Fue un accidente.

La mirada de su padre se volvió más intensa.

—¿De verdad, Pete?

Pete se echó hacia atrás.

—¿Crees que me hice esto a mí mismo?

—Escuché que el divorcio puede afectar a las familias de diferentes maneras.

—No me lastimé, papá. Demonios. —Pete se pasó una mano por la cara con frustración. Un hilo de pescar pasó por su cara de nuevo y se giró

hacia la izquierda para evitarlo. ¡Si tan solo los viejos vieran lo que están haciendo!

—No es un juicio, hijo, por si lo hiciste. Sólo quiero que recuerdes que siempre estaré aquí para ti y tu hermano.

Pete se rio de repente y con dureza.

—Sigues diciendo eso pero apenas te he visto desde el divorcio. No estás aquí por mí ni por Chuck. Tú y mamá esperan que yo ocupe tu lugar con él. —Pete pensó que se sentiría mejor después de decir la verdad, pero se sintió mal. Había una sensación extraña en su pecho, como si alguien pusiera una mano allí y empujara con fuerza.

Los hombros de papá se hundieron.

—Eso no es cierto, Pete. Vivo al otro lado de la ciudad y sabes que trabajo en horas extrañas. Estoy haciendo lo mejor que puedo. Tú y Chuck necesitan saber eso. Quiero decir… me esforzaré más. Los amo a ambos.

Sí, Pete escuchó mucho eso de sus padres, pero las palabras ya no eran suficientes. Si Pete quisiera, realmente podría llorar ahora mismo. Pero llorar dolía aún más que enojarse, así que se decidió por el enojo.

—Esto —Pete levantó su brazo vendado a la cara de su padre —fue un extraño accidente. Hubo testigos, ¿de acuerdo? A no ser que usara mi mente para hacer que una hoja de sierra volara hacia mí y tratara de arrancarme la mano… Sí, claro. No es posible. Sólo llévame a casa, papá. ¡Se acabó!

—Por favor, cálmate, Pete.

—Por favor, llévame a casa. —Pete se puso de pie tan rápido que su silla plegable se deslizó hacia atrás. Una ráfaga de viento sopló contra él, casi llevándose el sombrero. Lo agarró antes de que pudiera flotar. Luego escuchó un sonido muy débil antes de que algo afilado le atravesara la mejilla justo debajo del ojo.

Algo tiró de su rostro hacia adelante.

—¡Ahhhhh!

—¡Pete!

Dejó caer su caña mientras sus manos volaban a su rostro para encontrar un anzuelo clavado en su piel. El anzuelo estaba sujeto a un hilo de pescar, tratando de arrancarle la piel. Se inclinó hacia adelante, gritando. La conmoción y el dolor lo inundaron. Su corazón latía tan rápido que pensó que podría explotar fuera de su pecho.

La línea estaba tan apretada que Pete dio un paso adelante de nuevo para tratar de aliviar la presión. Sólo había agua oscura debajo de él y no podía detenerse.

«Primero voy a ir de cabeza al lago».

Sintió que el brazo de su padre lo rodeaba para evitar que se cayera.

—¡Quédate quieto! —Su padre sacó un pequeño cuchillo de caza y cortó la línea. La presión se liberó instantáneamente.

Pete se encorvó con un dolor intenso. La sangre goteó en el agua.

Su papá lo abrazó.

—Está bien, amigo, te tengo. —Lo apartó del borde del muelle.

—¡Lo siento! —llamó alguien—. ¿Él está bien? El maldito viento sopló mi caña hacia ustedes. ¡No puedo creerlo!

—Pete, mírame. Vamos, veamos el daño.

Su padre lo inclinó hacia atrás. Pete apenas podía ver el gancho que le sobresalía de la cara. Se le humedecieron los ojos, le corrían mocos por la nariz y las lágrimas se mezclaban con la sangre que le caía por las mejillas.

Papá dejó escapar un suspiro.

—Oh sí. Te hirió bastante, pero estarás bien. Tenemos suerte de que no te haya sacado el ojo.

☆☆☆

—Así que supongo que Pete tuvo un mal día.

Pete y papá llegaron a casa y mamá corrió hacia Pete. Su cara estaba toda vendada.

Los ojos de Chuck se agrandaron. ¡Vaya, casi se parecía a Frankenstein! Pero tendría que guardar ese apodo para otro día.

—¿Cómo pasó esto? —Mamá prácticamente chilló—. Oh, Pete, tu pobre cara.

—¡Hola, Chuck, muchacho!

—Hola, papá —le dijo Chuck, y saludó con la mano. Recordó cuando era pequeño y solía trepar por las piernas de su papá hasta que lo cargaba. Chuck se preguntó cuándo dejó de hacer eso.

Papá alzó las manos al aire.

—Ahora, Audrey, mantengamos la calma. Fue un accidente raro. Un gancho lo alcanzó en la mejilla. No estuvo tan mal, así que pude arreglarlo yo mismo.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Otro extraño accidente, el mismo día? ¿Cómo es eso posible?

Papá se pasó una mano por la barba.

—No estoy seguro. Creo que necesita quedarse en la cama, descansar un poco. Estoy seguro de que estos accidentes pasarán.

—Descansar era lo que se suponía que debía hacer —espetó mamá—. Fue tu brillante idea llevarlo al lago para que pudiera engancharse como un pez. ¿Por qué no lo estabas cuidando?

Papá se quitó el sombrero de lona y dejó al descubierto su cabeza calva.

—Audrey, esto no es justo. Estaba sentado a mi lado. Fue un día tormentoso. Una cosa rara…

Pete se derrumbó en el sofá. Parecía aturdido mientras veía a mamá y papá ir y venir, hablando de él. Chuck no estaba acostumbrado a ver a su hermano tan… vulnerable. Era más grande que él, bocón y siempre molesto. Ahora, sentado en el sofá, parecía pequeño y casi frágil.

Chuck fue y se sentó junto a Pete, mirando el rostro de su hermano.

—Te ves «como Frankenstein» mal, Pete. ¿Te duele?

—¿Qué crees? —murmuró.

Chuck asintió con la cabeza como si entendiera.

—Bastante mal día, ¿eh? Entonces… ¿qué crees que te está pasando? ¿Caminaste debajo de una escalera? ¿Rompiste un espejo? ¿Se te cruzó un gato negro?

Pete frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué hiciste para ganarte una racha de mala suerte?

Pete se limitó a negar con la cabeza.

—No es mala suerte y no soy propenso a los accidentes —insistió—. No sé qué es.

Chuck se humedeció los labios secos y se inclinó más hacia su hermano.

—Sin embargo, es algo extraño, ¿verdad? Primero, estabas enfermo y mamá me contó sobre el extraño accidente en el sitio de construcción y ahora la pesca. —Chuck había estado pensando en las cosas raras que se habían acumulado en la vida de su hermano; tenía todas las características de un rompecabezas realmente bueno—. Todo esto comenzó cuando trataste de asustarme en Freddy Fazbear's Pizza —señaló.

Pete intentó fruncir el ceño, pero hizo una mueca cuando el gesto le hirió la cara.

—¿Qué? ¿Ahora estás tratando de decir que esto es algo así como karma? De ninguna manera. No creo en esas cosas.

Chuck se encogió de hombros.

—No puedes negar que es extraño.

Pete guardó silencio un momento y luego dijo en voz baja—: No han sido sólo estas cosas.

Chuck arqueó las cejas, intrigado.

—¿Qué quieres decir?

Pete negó con la cabeza.

—No puedo hablar de eso ahora. Te diré después. —Señaló a sus padres con la cabeza como si no quisiera que lo escucharan.

Chuck fue a su habitación, se sentó en el suelo frente a su televisor y comenzó a jugar videojuegos. Realmente no creía que Pete le dijera nada más, pero un par de horas después, Pete entró en su habitación y se sentó en su cama. Tenía la mejilla hinchada debajo del ojo y los ojos inyectados en sangre.

Chuck detuvo su juego y sólo lo miró, esperando.

—Ayer en la escuela, resbalé y caí en la clase de biología. Pateé a un chico y su bisturí salió volando. Cuando golpeé el suelo, el bisturí iba a por mí ojo.

La boca de Chuck se abrió.

—De ninguna manera.

—Lo golpeé antes de que pudiera golpearme.

Chuck quedó impresionado.

—Pensamiento rápido.

Pete pareció complacido por un segundo.

—Sí, cuando tienes las habilidades…

—¿Qué más?

Pete se encogió de hombros.

—Fui a recoger las chuletas a la carnicería para mamá y no había nadie detrás del mostrador. Así que caminé por la parte de atrás tratando de encontrar a alguien. De la nada, una cuchilla cae de un gancho y se estrella contra el bloque del carnicero con mi mano.

—¡Santo cielo! ¡Eso estuvo cerca!

—Sí, muy cerca. Quiero decir, si creyera en cosas raras, pensaría que algo estaba pasando. Pero no creo en nada como…

—¿Maldiciones?

Pete frunció el ceño.

—Sé realista, Chuck.

Chuck suspiró. ¿Por qué tenía un hermano tan terco?

—¿Qué más puede explicar esto? ¿Cuatro veces? Tiene que ser algo. Vamos, Pete.

—Sea lo que sea, ya ha terminado. —Pete se aclaró la garganta—. Por si acaso, es por, ya sabes, arrastrarte para ver a Foxy. —Le tendió la mano a Chuck.

Los ojos de Chuck se agrandaron mientras lo miraba.

Más vale que así sea, pensó Chuck. Vacilante, tomó la mano de su hermano y la estrechó.

Pete retiró la mano e incluso se disculpó.

—Lamento intentar asustarte. Fue tonto. Hagamos una tregua entre nosotros, ¿de acuerdo?

Chuck sonrió.

—Está bien, tregua. Gracias, Pete.

Pete se puso de pie, vacilante.

—Volveré a la cama. Hasta luego.

—Hasta luego —murmuró Chuck, mientras su hermano salía de su habitación. Luego comenzó a pensar, rebuscando en su escritorio en busca de un cuaderno para escribir.

Es posible que su hermano quiera ignorar todas sus ideas, pero tenía que haber una explicación. Tenía que haberla.

☆☆☆

—¿Qué juego estás jugando? —le preguntó Pete a Chuck desde la puerta de su dormitorio. Había pasado la mayor parte del sábado en la cama y ahora sentía la necesidad de levantarse y caminar por la casa. Estar acostado en su cama le dio demasiado tiempo para pensar. Siguió repitiendo cada extraño accidente en su cabeza y no estaba bien.

—Sólo es un juego indie de aventuras. ¿Quieres echarle un vistazo?

Pete se encogió de hombros y se sentó con las piernas cruzadas con su hermano en el suelo. La habitación de Chuck era muy diferente a la de Pete. En primer lugar, Chuck usaba su cesto en lugar de dejar caer la ropa por el suelo. Su cama estaba hecha. Su escritorio estaba libre de papel extra. Tenía una estantería con libros sobre extraterrestres y teorías conspirativas. Un par de carteles de jugadores estaban pegados cuidadosamente en la pared.

Chuck explicó el juego.

—Verás, soy el mago, y tengo que buscar todos los ingredientes ocultos para hacer una poción para detener a un mago malvado. Él tiene mi aldea bajo un hechizo y necesito ayudar a romper la maldición con la poción y liberar la aldea antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué pasa si llegas demasiado tarde?

—Entonces los pierdo para siempre. Permanecen bajo el control del mago malvado. Y eso no está sucediendo.

Pete sonrió.

—Te gusta ser el héroe, ¿no?

—Es la única forma de ganar. ¿Quieres jugar conmigo?

—Seguro.

Los ojos de Chuck se iluminaron cuando agarró el otro controlador.

—Puedes ser mi aprendiz.

—¿Por qué soy el aprendiz? ¿Por qué no puedo ser el mago y tú el compañero?

Chuck negó con la cabeza.

—Tienes mucho que aprender.

Pete dirigió su mirada hacia su mamá, que estaba apoyada en la puerta. Estaba sonriendo.

—Hola, mamá —le dijo Pete.

—¿Necesitan algo? ¿Qué tal unas palomitas de maíz?

—Me vendrían bien, gracias.

—Y una caja de jugo para mí —dijo Chuck.

Pete jugó el juego durante un par de horas y luego volvió a la cama.

Tenía que admitir que era agradable volver a llevarse bien con su hermano pequeño. Después de estrechar la mano y pedir una tregua, fue casi como solía ser cuando eran pequeños. Cuando no les importaba nada en el mundo. Antes de los resentimientos, los insultos, el divorcio. Tenía que admitir que extrañaba esos días.

Antes de que Pete se diera cuenta, llegó la noche del domingo y empezó a prepararse para volver a la escuela. Para su alivio, la hinchazón de su rostro había disminuido. Se había quitado el vendaje del brazo, dejando al descubierto una costra reciente en la herida justo encima de su muñeca. Le hizo pensar en su padre acusándolo de hacerse daño. Claro, pensamientos de escapar de sus padres cruzaban por su mente a veces, pero no de la forma en que pensaba su padre.

Pete había pasado la mayor parte del día viendo televisión en exceso. No se había atrevido a salir de casa por miedo a tener otro extraño accidente. De todos modos, no es que su madre lo hubiera dejado salir. Ella lo había vigilado de cerca todo el fin de semana, realmente lo había apoyado. Tal vez le daría un respiro cuando empezara a acumular un montón de cosas para que él las hiciera de nuevo.

Si todos estos extraños accidentes hubieran sido algo extraño de karma, se había disculpado con Chuck, ¿no es así? Así que eso significaba que debería estar libre de lo que fuera. Pero todavía tenía una sensación que permanecía en sus entrañas como una enfermedad. Le preocupaba que no hubiera terminado todo.

Que tal vez nunca lo haría.

Entonces alguien llamó a su puerta.

—Adelante —gritó, y Chuck asomó la cabeza. Normalmente, le gritaba que saliera de su habitación, pero las cosas eran diferentes con la tregua. Molestar a su hermano pequeño ya no parecía tan divertido.

No es que él le fuera a decir eso.

—¿Sí? —dijo Pete.

Su hermano entró con un cuaderno en una mano y cerró la puerta detrás de él. Sacó su inhalador del bolsillo de sus pantalones cortos, dio una bocanada y luego se lo volvió a meter.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Pete.

—Estoy bien, supongo.

—¿Estás listo para volver a la escuela mañana?

—Sí, claro.

Chuck mostró sus aparatos ortopédicos y se pasó una mano por el pelo.

—Sólo estoy comprobando.

—¿Qué pasa con el cuaderno?

—Es algo en lo que he estado trabajando este fin de semana desde que me hablaste de los accidentes. —Chuck se acercó a Pete, abrió su cuaderno y le mostró una especie de gráfico escrito a mano. Había cinco cajas dispuestas en círculo, con flechas apuntando entre ellas. En la parte superior de la tabla había un recuadro etiquetado: FOXY EL PIRATA. Los siguientes recuadros decían: CLASE DE BIOLOGÍA, CARNICERÍA, LUGAR DE CONSTRUCCIÓN y LAGO. La última flecha apuntaba a FOXY EL PIRATA.

—¿Qué significa esto? —quiso saber Pete.

—Creo que el punto de origen, donde comenzó todo esto, fue en la sala de mantenimiento con Foxy.

—Sí, ya hablamos de eso.

—A partir de ahí, cada extraño accidente llevó al siguiente y ahora, para que todo esto termine, debes regresar y arreglar lo que hiciste en primer lugar.

—Lo hice. Me disculpé por la estúpida broma, ¿de acuerdo? Todo debería estar bien ahora. Me perdonas, ¿verdad?

—Sí, somos hermanos. Por supuesto que te perdono. Pero en todos los juegos que juego tienes que enfrentarte al villano definitivo. El villano. Al

igual que con el juego que jugamos anoche. El mago tuvo que luchar contra el mago malvado al final para liberar a la aldea con la poción.

Pete se obligó a reír mientras su estómago se encogía de miedo.

—¿Villano? ¿Quién? Foxy, ¿el animatrónico?

—Tal vez… pero… ¿qué pasó exactamente después de que salí corriendo de allí ese día?

Pete volvió a mirar su televisor, vislumbrando una película de acción.

—Nada, Foxy cantó una canción y luego me fui. No es gran cosa.

Puedes ser un pirata, ¡pero primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg!

El pulso de Pete se aceleró cuando escuchó las palabras en su cabeza.

—¿Cuál era la canción, Pete?

Sacudió la cabeza.

—Sólo una canción estúpida sobre ser un pirata.

—¿Cuáles fueron las palabras exactamente?

—¿A quién le importa cuáles fueron las palabras?

—Por favor, Pete, es importante.

—Bien. Algo sobre cómo si quieres ser pirata… tendrás que perder un ojo y un brazo. ¿Ves? ¡Estúpido!

Chuck se humedeció los labios secos. Luego tomó un lápiz del desordenado escritorio de Pete y comenzó a escribir.

—¿Qué estás haciendo?

—Espera un segundo.

Después de un minuto, puso el cuaderno en las manos de Pete. Chuck había escrito notas adicionales debajo de las casillas:

FOXY EL PIRATA: Canción pirata. Pierde el ojo. Pierde el brazo.

CLASE BIO: Ojo casi perdido.

CARNICERÍA: Casi se pierde el brazo.

LUGAR DE CONSTRUCCIÓN: Brazo casi perdido.

LAGO: Ojo casi perdido.

Pete negó con la cabeza.

—No —murmuró mientras comenzaba a temblar—. Te equivocas.

—No puedes ignorar los hechos, Pete. Foxy quiere que te conviertas en pirata y los accidentes son cada vez más peligrosos.

—¡No! —gritó en respuesta— ¡Foxy es un maldito robot! Está hecho de metal y engranajes.

Arrancó la página del cuaderno y empezó a triturarlo.

—Todo esto está inventado en tu desordenado cerebro de jugador. ¡Es fantasía! ¡Es irreal!

—¡Pete, detente!

—¡Cállate! ¡Sólo sal de mi habitación! —Empujó a su hermano y le arrojó su cuaderno.

Chuck se tambaleó hacia atrás en estado de shock, su rostro se puso rojo.

—¡Estoy tratando de ayudarte!

Pete clavó un dedo en el aire hacia Chuck.

—No, ¡estás tratando de asustarme por todas las veces que te he asustado! Siempre está ganando, ¿verdad? Bueno, ¡este no es un juego para que lo ganes!

—Yo sé eso. No intento ganar. ¡Estoy tratando de resolver esto!

Mamá apareció en la puerta.

—Chicos, ¿qué son todos los gritos? ¿Qué está pasando?

—¡Dile a Chuck el tonto que salga de mi habitación!

—¡No me llames así, cara de Frankenstein!

La cara de Pete se arrugó.

—Oh, has estado esperando para usar eso, ¿no es así? ¡Vas a pagar por eso! ¡Oficialmente la tregua ha terminado!

—¡Bien por mí! ¡Puedes tomar tu estúpida tregua y metértela en la nariz!

—¡Chicos, cálmense! —gritó mamá.

—Dije, ¡SAL DE MI HABITACIÓN!

—¡LO ESTOY HACIENDO! —Chuck recogió su cuaderno y salió corriendo.

Pete le dio la espalda a su mamá. Al cabo de un momento, con un suspiro exagerado, cerró la puerta.

Pete estaba tan malditamente enojado que comenzó a llorar.

☆☆☆

Pete dio vueltas y vueltas en la cama, ya que su mente estaba completamente despierta. Su pijama se sentía demasiado abrigado, sus mantas demasiado pesadas. Su dormitorio estaba oscuro excepto por la luz de la luna que se filtraba a través de la cortina de su ventana. Mientras miraba la cortina, creyó ver algo oscuro destellar detrás de la tela.

Pete se puso de pie y se acercó a la ventana, apartando la cortina.

El patio delantero estaba en silencio. Había un coche aparcado junto a la acera. Una hilera de árboles bordeaba la calle. Nada fuera de lo común. Giró los hombros para liberar la tensión y luego volvió a la cama. Golpeó su almohada un par de veces para ponerse cómodo. Luego miró al techo y miró un poco más. Todavía no podía conciliar el sueño.

Pasó un momento cuando vio que sus ojos volvían a la ventana.

«No te levantes. No mires».

Pero no pudo evitarlo, algo se sintió extraño. Estaba solo en su habitación, pero sentía que lo estaban observando. Lo cual era completamente estúpido. Suspirando, se puso de pie y caminó hacia la ventana, nuevamente empujando la cortina a un lado. Estaba a punto de

alejarse cuando captó un movimiento detrás de los árboles. ¿Había alguien ahí?

El pulso de Pete se aceleró.

Se frotó los ojos, parpadeó y buscó más movimiento, pero no había nada allí. Su mente estaba jugando con él. ¡Estaba malditamente paranoico! Respiró hondo y lo soltó. Probablemente era sólo el viento que soplaba las ramas. Se restregó las manos por la cara y se recostó en la cama. El viento aullaba y de alguna manera eso lo calmó un poco.

Entonces la puerta del patio trasero crujió.

La puerta debe haberse abierto con el viento… ¿verdad? Para estar seguro, Pete escuchó con atención. Un búho ululó. Una puerta crujió. Un segundo después, se enderezó de un tirón, su corazón latía con fuerza. ¿Era eso un crujido dentro de la casa? Se arrastró hasta la puerta de su dormitorio y la abrió lentamente. Buscó en el pasillo vacío. No había nadie.

Estaba empezando a asustarse. Mamá y Chuck estaban dormidos.

Nadie más estaba en la casa. «¡Sólo vete a dormir!» se dijo a sí mismo. Se acercó a la cama, se tiró al suelo y cerró los ojos con fuerza.

Creyó oír unos pasos.

«Sólo duerme».

El suelo crujió fuera de su puerta y un escalofrío le recorrió la espalda.

«No hay nadie más aquí».

Se dijo a sí mismo que era sólo su imaginación, pero el aire pareció cambiar a su alrededor. Se le erizaron los vellos de los brazos y ya no podía negar su malestar.

Cuando abrió los ojos, ¡Foxy estaba encima de él!

El terror absorbió el aire de los pulmones de Pete. No podía moverse. No podía hablar.

Los ojos amarillos de Foxy brillaron en la oscuridad de la habitación. Su mandíbula colgaba abierta, mostrando dientes afilados. Foxy levantó su anzuelo y cortó la punta afilada frente a la cara de Pete, con el metal

zumbando junto a su nariz. Pete se levantó de la cama, su cuerpo temblaba, pero no podía levantarse del suelo. Foxy se giró y se cernió sobre él. El cambio de engranajes llenó la habitación cuando Foxy se balanceó hacia arriba con su gancho.

Puedes ser un pirata, pero primero tendrás que perder un ojo y un brazo.

—No —suspiró Pete.

Foxy golpeó con el gancho en el ojo de Pete y se escuchó un chasquido audible.

La sangre brotó de la cuenca del ojo mientras Pete gritaba. El pie mecánico de Foxy se estrelló contra su brazo derecho, aplastando el músculo y aplastando contra el hueso.

Pete se convulsionó de dolor. Trató de apartar a Foxy de él. Pero era muy pesado. Muy fuerte.

El corazón de Pete latió con fuerza. Lágrimas y sangre corrían por su rostro.

Foxy atacó, su gancho se desgarró en la mano de Pete, astilló el hueso y desgarró el músculo hasta que fue arrancado por completo. Foxy levantó su anzuelo y vio la mano de Pete colgando, la sangre derramándose.

Pete gritó.

☆☆☆

Se despertó gritando en su almohada. Como le costaba respirar, se levantó de un salto, jadeando en busca de aire. El sudor le pegaba la camisa a la piel. La luz del sol se filtraba a través de su ventana. Estaba en casa. En su habitación. Extendió las manos, con los dedos abiertos, y vio que estaban unidas. Se llevó la mano a los ojos y ambos seguían allí. Estaba vivo y podía ver. Todas las partes del cuerpo estaban intactas.

Respiró hondo de alivio.

Sólo fue pesadilla.

«¿Por qué tenía que parecer tan real?»

Pete tragó saliva cuando su estómago se revolvió y empezó a temblar.

Se sintió como si hubiera tenido una versión del mismo sueño antes, pero esta vez recordaba cada detalle.

☆☆☆

Con una capucha puesta sobre su cabeza, Pete entró en North Hillside High School el lunes por la mañana y miró boquiabierto el enorme letrero que colgaba en el pasillo: ENCUENTRA TU TESORO EN ALTA MAR: CARNAVAL DE BIENVENIDA HOY EN EL ALMUERZO. Se dibujó una cabeza de pirata bajo el lema que decía: "¡Aye, Matey!" mientras mostraba un gancho por mano. Pete casi se dio la vuelta y caminó a casa. Pero sabía lo nerviosa que estaba su madre cuando lo dejó en la escuela.

—Todo va a estar bien, Pete —había dicho, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma.

—Sí, mamá, todo estará bien —la tranquilizó—. ¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—Eres una buena mamá.

Parpadeó rápidamente y sonrió.

—Gracias, hijo, me haces muy feliz.

La verdad era que esperaba que todo estuviera bien. Se dio cuenta de que todo lo que quería era que todo volviera a la normalidad, con clases aburridas y pruebas innecesarias e incluso cuidando a su hermano pequeño. Estaba listo para que todo terminara, y ahora podía ver que tenía una vida buena incluso si sus padres no estaban juntos. Sus padres lo amaban a él y a Chuck, a pesar de que a menudo estaban envueltos en sus propias preocupaciones y obligaciones. Tenía una casa agradable y cómoda. Unos pocos amigos. No era uno de esos chicos que sacaban lo mejor de la escuela secundaria, pero lo superaría como todos los demás. Caminó por el pasillo, mirando los carteles en las paredes.

Había barcos piratas, loros, calaveras y tibias cruzadas, y cabezas de piratas por todos lados. El consejo estudiantil siempre hacia todo lo posible por la semana de bienvenida.

Podía sentir a la gente boquiabierta ante el lío en su rostro, pero trató de no prestar atención mientras susurraban y señalaban. Caminó hacia su

casillero y giró el combo, teniendo cuidado de evitar a un niño con un disfraz de pirata y un parche en el ojo. Sacó algunas tareas atrasadas de su mochila y luego sacó su libro de biología para su primera clase.

—Amigo, ¿qué te pasó en la cara? —le preguntó Duncan Thompson.

Duncan era el vecino del casillero de Pete, un tipo bajo y rechoncho con la cabeza zumbada; solían jugar al fútbol juntos. Para su versión del espíritu escolar, tenía calaveras y tibias cruzadas pintadas en ambas mejillas.

Pete se encogió de hombros mientras cerraba su casillero.

—Accidente de pesca. No es la gran cosa.

—¿Cómo sucedió? ¿Te cortaron con un cuchillo o algo así?

Pete no quiso entrar en detalles.

—Algo así. Sin embargo, te hace lucir intimidante. Como si nadie debería meterse contigo. ¿Sabes a lo que me refiero? —Pete esbozó una sonrisa.

—Eso es genial.

—Te extrañaré en el juego de bienvenida esta semana, amigo. Te habrías visto bastante intimidante en el campo, luciendo una cicatriz fresca en tu rostro.

—Sí, gracias —dijo Pete.

Duncan sonrió y levantó el puño. Pete lo golpeó.

Se alejó de su casillero sintiéndose un poco mejor. Mantuvo la cabeza en alto mientras la gente lo miraba, ignorando las estúpidas decoraciones y disfraces piratas. Definitivamente, tenía la vibra de "no te metas conmigo" y le gustó.

☆☆☆

Las clases de la mañana de Pete transcurrieron sin problemas. No se atrevió a levantarse de su asiento durante la clase y se mantuvo alejado de cualquier objeto afilado. Cuando sonó la campana del almuerzo, se sintió sorprendentemente bien, como si realmente hubiera terminado con su

racha de accidentes. Ahora sólo necesitaba hacer las paces con su hermano menor…

La peor parte era que había arreglado todo antes de echarlo a perder gritándole a Chuck y echándolo de su habitación. Simplemente no quería creer lo que Chuck creía, que todo no había terminado todavía. Que tenía que volver a enfrentarse a Foxy.

Pete se estremeció. Se disculparía con Chuck y restablecería su tregua. Y Chuck lo entendería, estaba bastante seguro. Su hermano pequeño pareció perdonarlo fácilmente. Pete estaba realmente listo para empezar de nuevo, como solía decir su madre a veces. Sería como un nuevo comienzo. Él nunca entendió realmente lo que ella quería decir con eso hasta ahora.

Había salido el sol cuando salió al patio de la escuela donde se estaba celebrando el carnaval. Se instalaron y distribuyeron puestos de comida y juegos. Los niños deambulaban comiendo algodón de azúcar y comida chatarra. Había un tanque de agua con su subdirector y el Sr. Sánchez, esperando ser sumergido. Se organizó un concurso de comer pasteles, junto con una mesa de lucha libre, carreras de pistolas de agua y más. Un DJ tocaba música y regalaba camisetas. Pete se quitó la capucha y caminó esperando encontrar algo bueno para comer. No mucho después de que comenzara a caminar, se encontró con María.

Ella estaba trabajando en una cabina.

—¡Oh, hola, Pete! —le dijo ella. Llevaba un pañuelo rojo alrededor de la cabeza y pendientes grandes y redondos—. Whoa, ¿qué te pasó? —señaló su propia mejilla.

—Hola, María. —Pete se encogió de hombros—. Fue un tonto accidente de pesca.

—Ay, eso apesta. Parece que no has estado mucho por aquí.

Pete arqueó las cejas. ¿Ella lo había notado?

—Uh, sí, están sucediendo algunas cosas. Sin embargo, todo está bien.

Ella asintió con la cabeza como si entendiera.

—Entonces, ¿quieres ganar algo? Todo lo que tienes que hacer es meter la mano en esta caja y ver qué obtienes. —Ella asintió con la cabeza hacia una mesa grande con un agujero en el centro.

Pete metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No, es genial, pero estoy bien.

Ella sonrió.

—Vamos, es sólo por diversión. ¿No quieres un premio?

El estómago de Pete se estremeció cuando sacó su mano derecha, cerrando su agarre en un puño. Todas las cosas raras habían terminado, se aseguró a sí mismo. Ahora estaba a salvo.

—Está bien, supongo. —Vacilante, metió la mano en el agujero, y después de unos segundos estaba rodeada de algo.

—¿Qué demonios?

María soltó una pequeña risa.

—¿Qué obtuviste?

Tiró de su mano hacia atrás pero estaba atascada. Tiró más fuerte y el agarre de su mano se apretó. La inquietud lo invadió. El sudor brotó de su frente. Pete plantó los pies y tiró con tanta fuerza que la mesa comenzó a levantarse.

—¡Pete, detente! ¡Vas a romper la mesa!

—¡Mi mano está atascada!

—Lo sé, Pete, cálmate. —María golpeó la mesa con mucha fuerza—. ¡Está bien, detente! ¡Dije que pararas!

De repente, Pete sacó la mano y la sujetó a algo que parecía una trampa para dedos china, excepto que era lo suficientemente grande como para cubrir toda su mano. Pete la miró con incredulidad. Cuanto más fuerte había tirado, más se apretaba la trampa que había agarrado su mano.

María parecía culpable.

—Lo siento, Pete, es sólo una broma que les hemos estado jugando a los estudiantes. Ya sabes, sólo un poco de diversión. Todos los demás pensaron que era divertido.

—No soy todos los demás —espetó.

Un chico asomó la cabeza por el agujero de la mesa. Su cabello era puntiagudo y tenía un pendiente en la nariz

—Amigo, relájate. Es una broma, ¿por qué te alteras?

Pete ni siquiera sabía qué decir, estaba muy asustado.

—¡No es genial! —tartamudeó, tratando de quitarse la trampa de la mano. De alguna manera simplemente se apretó más fuerte, exprimiendo su circulación. Tragó saliva. Se sentía como pequeños cuchillos clavándose bajo su piel—. ¡Quítame esto de encima!

—Espera, te ayudaré. Sé cómo hacerlo. —María salió corriendo de la cabina hacia Pete y acercó la trampa a su mano para que finalmente se soltara—. Lamento que estés tan molesto.

—¡Sí claro! Sólo quítatelo ya —dijo, apenas conteniéndose.

—Lo estoy intentando, ¿de acuerdo? Está atascado por alguna razón. Espera. —Corrió alrededor de la cabina para agarrar algo.

No sólo estaba atascado, se apretaba cada vez más. Su mano comenzó a palpitar de dolor. «No de nuevo», fue todo lo que pudo pensar.

—Oye —se quejó el chico de la caja—. No lo cortes. Entonces no podremos usarlo más.

María regresó con unas tijeras.

—Tengo que hacerlo, no se va a soltar. —Cortó desde el extremo abierto de la trampa hasta que finalmente liberó su mano.

Para cuando se lo quitó, la piel de Pete se veía completamente morada y se sentía completamente entumecida. Abrió y cerró su agarre para que la circulación volviera a funcionar.

Los ojos de María se agrandaron.

—¡Oh, Dios mío, Pete! ¡Lo siento mucho! No puedo creer que esto haya pasado. Te ves como un…

—No lo digas —la interrumpió—. No deberías haber hecho eso. No deberías haber intentado engañarme. Pensé que nos llevábamos bien.

—Estamos… —Cuando sus mejillas se enrojecieron e inclinó la cabeza, a Pete se le hizo un nudo en la garganta—. Dije que lo siento, Pete.

—Mira, lo que sea. No es gran cosa. Me tengo que ir. —Luego, antes de que ella pudiera decir algo más, se marchó furioso, tratando de calmar sus nervios mientras se frotaba la mano. Qué broma más estúpida. ¿Cómo se suponía que eso fuera incluso divertido? Y era otra cosa extraña. Tragó saliva mientras su garganta se apretó aún más. No podía soportar más accidentes. Simplemente no podía o perdería la cabeza.

Una avalancha de niños de repente lo rodeó como una manada de ganado, empujándolo a través de la puerta de un laberinto de espejos mientras corrían hacia adentro.

—Oigan, tengan cuidado —gritó. Trató de salir de la manada pero había demasiados. Simplemente se apretó contra la pared cuando finalmente pasaron, riendo y gritando.

—Amigo, mira, ¡somos como veinte en los espejos! —gritó alguien mientras desaparecían.

Pete intentó volver a salir por la entrada, pero de alguna manera se encontró perdido en el maldito laberinto de espejos. Caminó en la dirección opuesta para llegar directamente a la salida. Sin embargo, llegó a un callejón sin salida, y un pirata apareció en el espejo, con un sombrero inclinado para cubrir su rostro y un gancho letal en su brazo. Cuando finalmente movió el sombrero, Pete pudo ver que el pirata tenía la cara de un zorro. Pete se estremeció. Miró detrás de él, pensando que el zorro pirata estaría parado allí, pero sólo había otro espejo.

Los latidos de su corazón se aceleraron y su cerebro se vació de todos los pensamientos menos uno: «tengo que salir de aquí». Dio media vuelta y recorrió pasillos estrechos, huyendo hacia la salida. Imágenes del pirata zorro y de él mismo se reflejaban en todos los espejos. Cuando corría, el zorro corría. El sudor goteaba por la cara de Pete. Todo lo que sabía era que no podía dejar que el zorro pirata lo atrapara.

Respiraba con dificultad cuando finalmente vio una luz al final de un pequeño pasillo con espejos. Pero antes de que pudiera llegar allí, el zorro pirata saltó frente a él, levantando su anzuelo.

Como por instinto, Pete retrocedió y golpeó al zorro pirata en la nariz. Entonces el pirata se tambaleó hacia atrás, con una mano en su máscara, mientras Pete salía corriendo.

Pete estaba prácticamente hiperventilando cuando regresó al carnaval. Estaba inestable y desequilibrado, como si acabara de salir de un carrusel. Los niños se rieron y miraron mientras las preguntas daban vueltas y vueltas en su mente. «¿A dónde voy? ¿Qué debo hacer?» Dio un paso atrás y chocó con alguien. Se dio la vuelta para ver a un payaso con un sombrero de pirata. El payaso saludó con la mano, pero Pete lo empujó y corrió hacia una tienda, empujando a través de las solapas de la pesada lona. Necesitaba salir del carnaval, pero estaba tan confundido que no sabía a dónde iba. Se encontró corriendo a una cabina con varios globos clavados en la pared.

Un dardo se acercó a él y le raspó la mejilla. Golpeó al siguiente con la mano.

Alguien gritó

—¡Oye, hay alguien ahí!

El propio Pete se adelantó para decirles que se detuvieran, pero ya era demasiado tarde. Fue entonces cuando el último dardo dio en el blanco, clavándose en la piel al lado de su ojo interior.

Gritó de dolor.

Los chicos jadearon. Alguien gritó.

Pete se estiró lentamente y sacó el dardo. Un hilo de sangre le resbaló por la cara. Lanzó el dardo y salió corriendo por el otro extremo de la tienda, preso del pánico. Corrió a otra tienda. Las aves exóticas estaban enjauladas dentro, tuiteando y graznando.

Un loro chilló—: ¡Pierde un ojo! ¡Pierde un brazo!

Pete se detuvo y dirigió su mirada hacia el pájaro. Su cuerpo estaba temblando.

—¿Qué dijiste?

—¡Squawk! ¡Squawk! —El pájaro era de un verde brillante con un pico negro. Agitó sus alas hacia Pete—. ¡Squawk!

Pete agarró la jaula y la agitó. Plumas se esparcieron. Todos los pájaros de la tienda empezaron a volverse locos.

—¿Qué dijiste, pájaro estúpido? Foxy, ¿estás ahí? —No, no tenía ningún sentido que Foxy estuviera dentro del pájaro, pero a Pete no le importaba. ¿Desde cuándo algo de esto tenía sentido? Lo que sea que le estaba pasando todavía le estaba pasando y ya había tenido suficiente—. ¡No vas a ganar! ¿Me escuchas? No. Vas. A. Ganar.

—¡Oye, chico, cálmate! —Alguien agarró a Pete por el hombro y le dio la vuelta—. ¿Qué te pasa?

Pete se apartó del hombre, un maestro de la escuela. Sr. Berk o algo así.

—No pasa nada. —Pete se secó el sudor de la frente y la sangre de la mejilla—. Nada.

Nada, excepto una cadena de accidentes extraños que implicó la pérdida de un ojo o un brazo. Nada excepto un zorro robótico que quería que se convirtiera en pirata, o se muriera, lo que ocurriera primero. Chuck tenía que tener razón. Tenía que volver a enfrentarse a Foxy para terminar esto de una vez por todas.

El Sr. Berk extendió una mano.

—No te ves muy bien. Estás sangrando por el ojo. Vayamos con la enfermera para que lo revise.

Pete se apartó.

—¡No! ¡Estoy bien! —insistió.

—Está bien, cálmate. ¿Qué le pasó a tu mejilla?

—Me han pasado demasiadas cosas. —Pete se limitó a negar con la cabeza—. Demasiadas.

¿Cómo podía empezar a explicar?

—Sólo quiero ayudar —dijo Berk—. ¿Cuál es tu nombre?

—No, no puede ayudarme. Nadie puede. Él está detrás de mí y nunca se detendrá. Ahora le creo, pensé que podría arreglarlo todo disculpándome. —Pete se rio amargamente—. Sí, es gracioso, ¿eh? Como si "lo siento" alguna vez arregla algo. Pero tenía que intentarlo, ¿verdad?

—¿Quién está detrás de ti, chico? ¿Cuál es su nombre? Podemos sentarnos con el director. Resolvamos todo esto. Sólo tienes que calmarte, respirar hondo…

—¡No lo entiende! ¡No hay que sentarse ni hablar! ¡Es un maldito robot!

Los ojos del señor Berk se agrandaron.

—¿Un robot? Ayúdame a entender. Sentémonos un momento. Puedes hablar conmigo, ¿de acuerdo? A veces pensamos que las cosas son peores de lo que realmente son. Pero una vez que nos detenemos y miramos el panorama completo, no es tan malo en absoluto. Créeme. Pasa todo el tiempo.

—No, está mal. Muy mal. Pero sé lo que tengo que hacer ahora. Todo terminará pronto. Tengo que volver al punto de origen, donde empezó todo. Tengo que enfrentarme al villano. —Antes de que el maestro pudiera detenerlo, Pete se escabulló.

☆☆☆

Lo reservó en el pasillo de la escuela, empapado en sudor. Un monitor del pasillo le llamó a gritos, pero Pete ignoró lo que estaba diciendo. Tenía que salir. Tenía que acabar con esto. Cuando abrió las puertas de un empujón, mirando hacia atrás por encima del hombro, el monitor del pasillo estaba hablando por su radio. Pete falló un paso y se cayó, tropezando por los escalones de la entrada de la escuela. Sus rodillas y palmas estaban raspadas, y su cuerpo se sentía magullado, pero se puso de pie para seguir corriendo.

Mientras corría por el césped de la escuela, sacó su teléfono y marcó el número de Chuck. Fue directamente al buzón de voz porque Chuck todavía estaba en clase.

Pete golpeó el teléfono, sin aliento.

—¡Tenías razón! Ha sido Foxy todo el tiempo. ¡Tengo que regresar para enfrentarlo! Todavía están sucediendo cosas extrañas, pero de ninguna manera va a ganar Foxy, Chuck. ¡De ninguna manera! ¡Siento no haberte creído, hermanito! ¡Reúnete conmigo allí tan pronto como puedas! ¡Podemos terminar esto juntos!

Presa del pánico ciego, Pete salió corriendo de la acera y salió a la calle. Sintió que algo se aceleraba hacia él y se volteó; fue entonces cuando un camión se estrelló contra él con extrema fuerza. Su cuerpo salió volando, sus extremidades se retorcieron, y un momento se sintió como una eternidad. Luego se estrelló, con su cuerpo golpeando el duro suelo. Sintió un crujido, luego un estallido. La fuerza le quemó la piel contra la carretera mientras rodaba y rodaba, dejando un rastro de sangre detrás de él. El dolor estaba en todas partes, luego todo se oscureció.

☆☆☆

¡Tenías razón! Ha sido Foxy todo el tiempo. ¡Tengo que regresar para enfrentarlo! Todavía están sucediendo cosas extrañas, pero de ninguna manera va a ganar Foxy, Chuck. ¡De ninguna manera! ¡Siento no haberte creído, hermanito! ¡Reúnete conmigo allí tan pronto como puedas! ¡Podemos terminar esto juntos!

Chuck colgó el teléfono, miró por encima del hombro y saltó ágilmente la valla de su escuela secundaria. Luego corrió. Tenía que llegar a Freddy Fazbear's Pizza. ¡Tenía que ayudar a Pete!

Movió los brazos con fuerza y rapidez para perderse de vista de la escuela. Cuando se sintió a salvo fuera su vista, sacó su inhalador, dio dos inhalaciones y caminó hasta recuperar el aliento. Aún le quedaban algunos kilómetros por recorrer. Deseaba tener su bicicleta, pero no la tenía y no defraudaría a Pete. No lo dejaría enfrentarse a Foxy solo.

Empezó a correr de nuevo, pero no duró mucho. No era un gran atleta. Chuck podía correr, pero por lo general eran distancias cortas; siempre lo hacía mal en la milla cronometrada en la clase de gimnasia. Miró a su alrededor y se puso rígido cuando vio un coche de policía. ¡Oh, no! Se metió en una tienda de donas y esperó a que se fuera. No estaba acostumbrado a romper las reglas y abandonar la escuela. Esta era la primera vez que hacía algo como esto. ¿Qué pasaría si mamá se enterara? ¿Lo castigaría? Pete probablemente se reiría de él por estar tan asustado.

Pero eso estaba bien, Pete podía reírse de él todo lo que quisiera una vez que todo esto terminara.

Estaba sin aliento cuando llegó a Freddy Fazbear's Pizza y tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor. Empujó las puertas delanteras y sintió alivio cuando el aire fresco y acondicionado golpeó su rostro. Los niños pequeños corrían de un lado a otro mientras se dirigía al pasillo que conducía a la sala de mantenimiento. Había una especie de gerente parado frente a la pasarela. «Maldita sea». Chuck saltó sobre sus pies, esperando que el tipo se alejara. Fingió jugar a un juego de árcade hasta que el chico finalmente siguió adelante.

Chuck caminó lentamente hacia la puerta, se deslizó y corrió por el pasillo hasta llegar a la puerta. Se abrió para revelar la oscuridad absoluta. Tragó saliva cuando entró y la puerta se cerró de golpe detrás de él. El miedo casi se lo traga por completo, pero sacó su teléfono del bolsillo para encender una luz.

Hipo.

Se llevó una mano a la boca para tratar de detener el hipo. Encendió la luz del teléfono hacia la izquierda y hacia la derecha. Sin fantasmas extraños, sin robots. Sacó su inhalador y dio una rápida bocanada mientras seguía mirando a su alrededor. Todavía las mismas mesas polvorientas con viejas cajas de suministros y sillas rotas, como la primera vez que lo habían visitado. Por alguna razón, eso se sintió como hace semanas.

—Pete —susurró—. ¿Dónde estás?

Hipo.

Cuando no hubo respuesta, se preguntó si Pete estaba tratando de asustarlo de nuevo. Luego apartó ese pensamiento. Pete había sonado realmente molesto en el buzón de voz. Había sido herido físicamente y finalmente creyó en la teoría de Chuck de que todo comenzó con Foxy. Finalmente estaban de acuerdo en algo.

Ahora Pete lo estaba tratando como a un verdadero hermano en lugar de ser un problema con el que tenía que lidiar todos los días.

—Pete. ¿Estás aquí?

Cuando le respondió el silencio, Chuck marcó el número de su hermano.

Sonó y sonó, finalmente fue al buzón de voz.

—Pete, ¿dónde estás? *Hipo.* Estoy aquí con Foxy, esperándote. Llámame. O simplemente date prisa y ven aquí. Sabes que este lugar me da escalofríos.

Hipo. Hipo.

Chuck terminó la llamada y dio un paso adelante, apuntando la luz del teléfono al pequeño escenario. Un escalofrío lo recorrió y se estremeció. El instinto le dijo que se alejara mucho, muy lejos del escenario. «Sal». Sin embargo, no pudo. No se trataba de sus miedos. Se trataba de su hermano. Tragando saliva, se acercó a la caja de control. Averiguaría qué le pasó a Pete ese día. Realmente necesitaba saber si Foxy de alguna manera perseguía a su hermano. Su mano estaba sobre el botón de INICIO cuando su teléfono sonó y saltó en el aire.

Hipo, hipo, hipo.

Respondió rápidamente.

—¿Pete?

—No hijo, es papá. ¿Dónde estás? Fui a la escuela a buscarte, pero no estabas allí.

De repente, Chuck tuvo miedo de meterse en problemas por escapar de la escuela. Su garganta se apretó.

—Um, lo siento, papá, *hipo,* Pete me necesitaba. Me tuve que ir. *Hipo.* No lo volveré a hacer nunca. Lo prometo.

—¿Pete? ¿Qué quieres decir? ¿Hablaste con él?

—Um, no exactamente. Me dejó un mensaje para encontrarnos. Pero aún no ha llegado. No sé dónde está. No contesta su teléfono. *Hipo.*

—Oh, hijo… —se le quebró la voz.

—¿Qué? ¿Qué pasa, papá? —Una oleada de pavor lo invadió—. ¿Por qué fuiste a recogerme a la escuela? *Hipo.*

—Chuck… ha habido un accidente.

☆☆☆

Papá recogió a Chuck en Freddy Fazbear's Pizza y condujo más rápido de lo normal hasta la escuela secundaria de Pete. No hizo ninguna pregunta sobre por qué se suponía que Chuck se encontraría con Pete allí. Dijo que mamá había ido directamente a la escuela cuando recibió la llamada de que Pete había sido atropellado por un camión.

—Por el momento, mantengamos la fuga de la escuela lejos de tu madre. Ella no necesita más en su plato en este momento.

Chuck sintió la culpa como un puñetazo en el estómago.

—Está bien, papá. Tienes que entender que fue por Pete. De lo contrario, nunca lo haría.

—Lo sé, hijo. No te preocupe demasiado por eso. Los hermanos se cuidan unos a otros.

Chuck asintió. Mientras se acercaban a la escuela secundaria, Chuck vio luces intermitentes. Los coches de la policía bloqueaban la calle y las barricadas retenían a los niños lejos de la acera.

Chuck tragó saliva.

—Pete va a estar bien, ¿verdad, papá?

Papá se detuvo a un lado de la carretera, a una cuadra de los vehículos de emergencia, y apagó el motor.

—Va a estar bien. —Pero su voz sonaba extraña, como si tuviera la garganta apretada. Sus ojos parecían asustados e inseguros, como si no creyera en sus propias palabras.

Chuck salió corriendo del coche con su padre. Se dirigieron hacia las luces intermitentes.

Un oficial de policía levantó los brazos.

—Lo siento, no puedo dejarlo pasar.

—Ese es mi hijo. Necesito verlo. Mi esposa está aquí.

—¿Apellido?

—Dinglewood. El nombre de mi hijo es Pete Dinglewood. Él es el que fue golpeado.

El policía asintió con la cabeza y los dejó entrar. Pasaron junto a más trabajadores de emergencia de los que Chuck podía contar, y un camión que fue detenido a un lado, con una gran abolladura en la parte delantera del parachoques. Chuck jadeó y esperaba que la abolladura no viniera de golpear a Pete. Había un hombre sentado en la acera, hablando con un oficial de policía. Tenía el sombrero en las manos y estaba llorando.

Chuck miró hacia el medio de la calle y se quedó paralizado cuando vio el zapato de Pete tirado allí. Era una simple zapatilla de deporte blanca, lo que hacía que la sangre salpicada sobre ella fuera horriblemente perceptible. Todo lo que podía pensar era que Pete necesitaba su zapato. Pequeños números negros en tarjetas de plástico dobladas estaban esparcidos por la carretera, como para una investigación. Chuck tragó saliva y siguió a su papá hasta que finalmente vieron a su mamá parada junto a una camilla. Estaba de espaldas a ellos y sus hombros temblaban.

—Ahí está mamá —dijo Chuck, aunque estaba bastante seguro de que papá ya la había visto. Papá corrió a su lado y la rodeó con el brazo.

Chuck se contuvo, temeroso de ver a Pete en esa camilla. Sacó su inhalador y dio una bocanada antes de acercarse. Detrás de las barricadas, había otros estudiantes de secundaria. Algunos rostros estaban en shock, algunos niños lloraban y otros vestían disfraces de piratas. A Pete probablemente le encantó eso. La idea hizo que los labios de Chuck se torcieran, pero no pudo obligarse a sonreír.

—Chuck —dijo papá, extendiendo una mano—. Ven aquí, hijo. —Él estaba llorando. Nunca antes había visto llorar a su padre.

Chuck no quería moverse. No quería caminar hasta la camilla. Si hubiera podido, habría ido en la dirección opuesta. Pero forzó un paso adelante y luego otro. Se sentía aturdido y en cámara lenta, como si estuviera caminando entre un almíbar espeso. Cuando finalmente alcanzó a su papá y mamá, se movió entre ellos en busca de apoyo.

Pete estaba acostado en la camilla. Tenía los ojos cerrados y se veía increíblemente pálido. Los rasguños del accidente de pesca se destacaban

como líneas rojas de enojo en su rostro, y tenía raspaduras recientes grabadas en su frente.

Chuck esperó a que abriera los ojos. Esperaba a que se moviera, parpadeara, lo que fuera.

—Se ha ido, Chuck —dijo papá entre lágrimas. Sus palabras hicieron llorar a mamá aún más fuerte.

Un hombre con una camisa de uniforme blanca se acercó a ellos.

—Siento su pérdida. Podemos reunirnos con usted en el hospital cuando esté listo.

Papá respondió—: Sí, gracias.

El hombre llevaba guantes azules. Agarró la gran cremallera del pecho de Pete y la subió, sellando a Pete en una gran bolsa de lona. Así, Pete se había ido.

☆☆☆

Pete se sintió congelado, como si no pudiera mover ninguna parte de su cuerpo. Curiosamente, no sintió frío ni calor ni dolor. Estaba rodeado de oscuridad. Hubo voces distantes… sonidos de movimiento…

¿Hola? ¿Dónde estoy? él se preguntó.

Extrañamente, no podía mover los labios.

¿Qué diablos? Parecía que había pasado mucho tiempo. Finalmente, escuchó algo como un sonido de cremallera, luego apareció una luz brillante a su alrededor. Había un hombre encima de él con gafas transparentes, una gorra de tela azul y una mascarilla que le cubría la nariz y la boca. ¿Era un médico?

Oye, amigo, tienes que ayudarme. Me siento raro.

Pete supuso que debía estar en el hospital. Lo había herido el camión. Recordó. Estaba tratando de llegar a la pizzería, pero se había olvidado de la regla que su madre le había inculcado desde que era pequeño. Mirar a ambos lados antes de cruzar la maldita calle. Bueno, ahora lo arreglarían con una cirugía. El alivio lo inundó. Lo arreglarían y luego él y Chuck se enfrentarían a Foxy juntos y luego todo terminaría. Finalmente.

Otro hombre apareció por encima de Pete, mirando hacia abajo con ojos tristes.

—Pobre niño. Tan joven.

—Sí, odio cuando son jóvenes así.

—Realmente es una lástima. A veces me da escalofríos.

—Por tus propios hijos, ¿verdad?

—Sí, me aseguraré de darles un abrazo extra cuando los vea.

—Yo también.

Los dos hombres levantaron el cuerpo de Pete y lo colocaron sobre una mesa dura.

Por alguna razón no puedo moverme. ¿Qué pasa conmigo? ¿Me dieron algo para adormecerme? Esto me está asustando un poco y he tenido una semana muy mala, ¿saben? Así que, por favor, díganme que todo está bien.

A Pete se le ocurrió una idea terrible. *Oh no, ¿el camión me lastimó las piernas? ¿Podré volver a caminar? ¿Es por eso que no puedo sentirlas? ¿Por qué no me hablan? ¡Necesito respuestas! ¡Necesito ayuda!*

Un hombre puso sus dedos enguantados sobre los ojos de Pete.

—Qué extraño.

—¿Qué?

—No puedo cerrar sus párpados. Es como si estuvieran congelados abiertos.

—Ha sucedido antes.

—Sí, pero no me gusta. Los quiero cerrados.

El otro hombre se rio.

—Qué más da. Tenemos trabajo que hacer. —Cogió una pantalla de mano—. Una cosa buena, aquí dice que el niño es un donante de órganos.

Espera. ¿Qué?

—Sí, partes de él irán a algunos destinatarios afortunados. Es joven, sus órganos están sanos. Sin embargo, tenemos que trabajar rápido.

¡No! ¡Hay un error! ¡Estoy bien! No estoy listo para renunciar a mis órganos. ¡Mamá! ¡Papá! ¿Dónde están? ¡No dejen que me hagan esto!

Los hombres agarraron unas tijeras grandes y comenzaron a cortarle la ropa. Unos minutos después, la música llenó la habitación.

Espera un minuto… ¿es esta otra pesadilla? ¿Estoy soñando? Por favor, que esto sea un mal sueño. Que esto no sea real. ¡Despierta ahora, Pete! ¡Despierta maldición!

—¿Tienes planes para esta noche?

—Sí, llevar a los niños a Freddy Fazbear's Pizza. Les encanta ese lugar.

—A mis hijos también les encanta ese lugar. Esas cosas animatrónicas me asustan un poco, pero a los niños les encantan. Lo que sea que los haga felices.

¡Deténganse! ¡Estoy vivo! ¡No puedes tomar mis órganos antes de que muera! ¡Alguien ayúdeme! ¡Por favor!

El primer hombre agarró un bisturí y colocó su punta en el pecho de Pete.

—Oh, espera un minuto —dijo el otro hombre, leyendo de nuevo en la pantalla.

—¿Qué pasa?

Oh, gracias a Dios. Dile que todo esto es un error. Dile que sigo vivo. ¡Dile que no me corte!

—Tenemos un caso urgente, que necesita los ojos y una mano. Aquí dice que el niño es una pareja exacta. La mano no tiene mucho daño. Funcionará, pero tenemos que poner todo en hielo rápidamente. El transporte estará aquí antes de que nos demos cuenta. Hagámoslo primero.

¡Noooooooo!

El hombre del bisturí miró a Pete.

—Buen trabajo, chico. Vas a ayudar a mucha gente. —Cogió unas pinzas pequeñas con la otra mano. El segundo hombre encendió una pequeña sierra circular y la hoja se convirtió en un borrón circular.

—Pongámonos a trabajar.

Pete comenzó a escuchar la música de Foxy en su cabeza…

Puedes ser un pirata, ¡pero primero tendrás que perder un ojo y un brazo! ¡Yarg!

Pete observó con impotente horror cómo el primer hombre se inclinaba para mirarlo a los ojos.

Cuatro semanas después…

Chuck fue en bicicleta a Freddy Fazbear's Pizza. Las nubes eran pesadas y oscuras, y había una ráfaga de frío en el aire. Cuando llegó a casa de la escuela, no había nadie. Aunque Chuck sabía que la casa estaba vacía, gritó—: ¿Hola? ¿Pete?

El refrigerador respondió con un leve zumbido.

La casa no era muy grande, pero a Chuck le parecía enorme y vacía. Solía querer tener la edad suficiente para quedarse solo en casa. Ahora que había cumplido su deseo, deseaba compañía.

Mamá finalmente pudo volver al trabajo después de semanas de llanto.

Papá también estaba trabajando. De alguna manera, el dolor de perder a Pete había reunido a sus padres, y papá se había mudado a casa después del funeral. Un día, Chuck los vio a ambos limpiar la habitación de Pete. Recogieron la ropa sucia, tiraron un poco de basura, le hicieron la cama y cerraron la puerta. No se había abierto desde entonces.

Chuck no se había reunido con sus amigos en un tiempo. Se suponía que debía estar en casa haciendo su tarea. Pero algo lo había estado impulsando a regresar… De vuelta a Freddy Fazbear's Pizza. Volver a ver a Foxy.

Nunca le había dicho a nadie lo que él y Pete realmente habían pensado sobre los extraños accidentes de Pete. Cómo creían que había comenzado el problema, o por qué habían planeado encontrarse en Freddy Fazbear's Pizza para enfrentarse a Foxy de una vez por todas.

Durante semanas, Chuck había sentido esta pesadez en el pecho, como si se suponía que debía hacer algo que nunca pudo hacer, como si tuviera un rompecabezas incompleto.

Había repetido el último mensaje de Pete una y otra vez desde el funeral.

¡Tenías razón! Ha sido Foxy todo el tiempo. ¡Tengo que regresar para enfrentarlo! Todavía están sucediendo cosas extrañas, pero de ninguna manera va a ganar Foxy, Chuck. ¡De ninguna manera! ¡Siento no haberte creído, hermanito! ¡Reúnete conmigo allí tan pronto como puedas! ¡Podemos terminar esto juntos!

La muerte de Pete fastidiaba a Chuck día y noche. A veces, cuando estaba sentado en clase, sonaba la campana y se daba cuenta de que el período había terminado antes de darse cuenta de que había comenzado. Se estaba quedando atrás en todos los temas.

Los profesores lo miraron, pero nadie dijo mucho. Todos sabían que había perdido a su hermano. Todos sabían que había cambiado. Chuck se sentaba solo durante el almuerzo, escribiendo en su cuaderno, llenándolo con notas, ideas y escenarios sobre lo que podría haberle sucedido a Pete y cómo pudieron haberlo detenido antes de que Pete… se fuera.

Bueno, se acabaron los "y si". Chuck había terminado de preguntarse.

Dejó su bicicleta en el portabicicletas frente a Freddy Fazbear's Pizza.

Cuando cruzó las puertas, el familiar aroma de pepperoni lo inundó. Los pings y los sonidos del juego musical vibraron a su alrededor. Caminó por la sala de juegos y vio a un grupo de niños apiñados alrededor de un juego.

Ese solía ser él. Siempre le había encantado este lugar, hasta ese fatídico día, cuando Pete lo arrastró por el pasillo hasta la sala de mantenimiento y todo había cambiado.

Caminó por el área de juegos y se acercó a las mesas de cumpleaños y observó a un par de familias sentadas frente al escenario. Todos parecían tan felices. Los niños pequeños estaban comiendo pizza, cautivados por el espectáculo de animatrónicos. Algunos cantaban con la boca llena. Los niños aplaudieron y vitorearon después de que terminó la canción.

Chuck caminó hacia el pasillo que conducía a la sala de mantenimiento. Miró por encima del hombro para ver si alguien estaba mirando, luego se

deslizó. Caminó lentamente por el pasillo oscuro, más allá de los viejos carteles, hasta que llegó a la puerta. Extendió la mano hacia el mango y le tembló la mano.

Respiró hondo y abrió la pesada puerta, entrando en la oscuridad.

La puerta se cerró de golpe en su espalda, el sonido resonó en sus oídos.

Sacó su inhalador mientras su respiración se debilitaba y tomó una bocanada. Luego se metió el inhalador en el bolsillo y apagó la luz del teléfono. Fue directamente al pequeño escenario y directamente a la caja de control abierta. No más pérdidas de tiempo.

Un escalofrío le recorrió la espalda, pero lo ignoró. Si dudaba, sabía que no lo haría y había estado repitiendo este momento una y otra vez en su cabeza. Tenía que hacerlo. Tenía que averiguar qué le pasó a Pete.

—Esto es por Pete —dijo en el cuarto oscuro—. Me enfrentaré al villano y ganaré el juego.

Se preparó y apretó el botón de INICIO.

Esperó a que la cortina se abriera… a que Foxy comenzara a cantar…

Pero nada pasó.

Todo lo que Chuck escuchó fue un completo silencio.

BAILA
CONMIGO

Las estrellas parecían pequeños puntitos de luz que brillaban a través de una sábana de terciopelo negro. Kasey yacía de espaldas sobre un muro bajo de piedra, mirando al cielo, sintiéndose maravillada por ser incluso una pequeña parte de un universo tan hermoso. Recordó una canción infantil de cuando era pequeña, había una hoja para colorear en el jardín de niños con las palabras de la canción infantil y una imagen de estrellas sonrientes. «Twinkle, twinkle pequeña estrella», pensó. «Cómo me pregunto… qué soy».

—¡Kasey! —la voz de Jack la sacó de su trance—. ¡Mira allá! —Kasey se sentó y miró el restaurante para niños brillantemente iluminado al otro lado de la calle, Circus Baby's Pizza World. Una mujer y dos niños pequeños estaban parados frente a su puerta roja. La mujer buscaba a tientas su bolso.

—Vamos —susurró Jack.

Kasey se puso de pie y cruzó la calle casualmente con Jack, metiéndose en el callejón junto al Circus Baby's, lo suficientemente cerca como para escuchar a la niña charlando con su madre.

—¡Creo que Circus Baby es bonita! —dijo la pequeña niña de cabello castaño. Llevaba una camiseta decorada con las espeluznantes mascotas de Circus Baby's Pizza World.

—Es bonita —dijo la madre, luciendo un poco aturdida, probablemente porque había pasado demasiado tiempo rodeada por las luces brillantes y los ruidos fuertes del emporio de pizzas para niños.

—¿Puedo usar coletas como Circus Baby? —preguntó la niña, tirando de dos puñados de su cabello en mechones. No podía tener mucho más de tres años, pensó Kasey. Cuatro, como máximo.

—Claro que puedes —dijo la madre—. Toma la mano de tu hermano mientras busco las llaves del auto.

—Sus manos están pegajosas por los dulces —se quejó el niño. Estaba en edad de asistir a la escuela primaria. Quizás tenía siete.

—Mami, tengo mucho sueño —dijo la niña—. ¿Puedes llevar mi bolsa de regalos? —Levantó una pequeña bolsa de plástico con el nombre del restaurante impreso.

La madre había encontrado sus llaves.

—Claro. La pondré aquí en mi bolso.

—¿Puedes cargarme? Tengo demasiado sueño para caminar.

La madre sonrió.

—Está bien, ven aquí, niña grande. —Su bolso colgaba de su antebrazo izquierdo mientras se inclinaba para levantar a su hija.

—¡Ahora! —ladró Jack al oído de Kasey.

Kasey se puso el pasamontañas por la cara y salió corriendo de su escondite en el callejón. Pasó corriendo junto a la madre y agarró su bolso con un movimiento rápido y seguro. Ella siguió corriendo mientras la mujer gritaba—: ¡Oye! —y la niña gritó.

Mientras Kasey corría, escuchó al niño decir—: ¡Atraparé al malo, mami!

—No —respondió la madre con firmeza—. Quédate aquí.

Si decían algo más, Kasey no se quedaría a escucharlo. Kasey sabía que era rápida y sabía que no había forma de que la madre pudiera alcanzarla a pie, no con dos niños pequeños en sus manos.

Después de que Kasey hubo puesto cierta distancia entre ella y la escena del crimen, se quitó el pasamontañas y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Aminoró la marcha y cargó el bolso con indiferencia, como si le perteneciera. Y ahora, supuso, lo hacía.

Se reunió con los chicos en su casa, o en lo que usaban como casa. Kasey, Jack y AJ se quedaban en un almacén abandonado. No había electricidad, tenían que arreglárselas con linternas para acampar. Pero había un buen techo y el edificio estaba bien aislado, lo que lo hacía más cálido que estar afuera. Dormían en sacos de dormir y calentaban la comida en una pequeña estufa de dos quemadores, del tipo que la gente usa en los

viajes de campamento. En realidad, vivir en el almacén era una especie de campamento interior. Esa era una forma de verlo, pensaba Kasey.

Se sentó en una de las cajas de madera que usaban como sillas, sosteniendo el bolso robado en su regazo.

—¿Cuánto obtuvimos? —preguntó Jack, inclinándose sobre su hombro. Tenía la nariz afilada y estaba nervioso, como una rata.

—Me gusta cómo dices "obtuvimos" a pesar de que fui yo quien asumió todos los riesgos —dijo Kasey, abriendo la cremallera del bolso.

—Ese es el código de la Guarida de los Ladrones —dijo AJ, sentado en la caja junto a ella. Era grande y corpulento, el musculoso del grupo—. Compartimos todo.

—Sí —dijo Jack—. Es como cuando los entrenadores dicen que no hay "yo" en "equipo". Excepto que no hay "yo" en "ladrón".

—Sí, pero en realidad hay un "yo" en "ladrón" —dijo Kasey, riendo. Se apartó las largas trenzas de la cara y miró dentro del bolso. Lo primero que sacó fue la bolsa de regalos de la niña. No era de extrañar que la niña hubiera gritado. No quería perder todos los dulces y la basura de plástico que había "ganado" en la pizzería. Kasey guardó la bolsa de regalos en el bolsillo de su chaqueta y luego encontró lo que estaban esperando: la billetera de la mujer.

—¿Cuánto? —preguntó Jack. Temblaba de anticipación.

—Mantén tus cabales —le dijo Kasey, desplegando la billetera y sacando todos los billetes. Ella contó—. Parece que… ochenta y siete dólares. —No es genial, pero tampoco terrible. La gente ya casi nunca llevaba dinero en efectivo.

—¿Qué hay con las tarjetas? —preguntó AJ.

—Estoy buscando. —Miró brevemente la licencia de conducir de la mujer y luego desvió la mirada. Siempre se sentía mal cuando pensaba que la víctima tenía una cara y un nombre, que tenía que esperar en la fila del DMV para obtener una nueva licencia. Sacó las tarjetas de plástico.

—Una tarjeta de crédito para gasolina, una tarjeta de crédito general.

La tarjeta de gasolina era de uso limitado ya que no tenían coche. Aun así, podrían usarla en las gasolineras. Y definitivamente podrían aprovechar la tarjeta de crédito antes de tener que deshacerse de ella. Kasey necesitaba urgentemente unos calcetines y un par de botas nuevas. Los que llevaba estaban maltratados y sujetos con cinta adhesiva, por lo que le dolían los pies todo el tiempo.

—Vamos a probar las tarjetas mañana —dijo Jack—. Mientras tanto, ochenta y siete dólares divididos en tres es —hizo un gran espectáculo haciendo las matemáticas, "escribiendo" en el aire como si estuviera resolviendo un problema en la pizarra en la escuela— Veintinueve dólares cada uno. Tomaré veinte de eso ahora, señorita Kasey. Voy a salir y ver cuánto puede festejar una persona con veinte dólares. ¿Vienen ustedes dos conmigo?

—Lo haré —dijo AJ—. Dame veinte también, Kasey. —Le tendió la mano.

—Creo que me quedaré aquí —dijo Kasey. Ella no era una fiestera como Jack y AJ. Su madre había salido mucho de fiesta y Kasey había crecido sabiendo que la tendencia de su madre a gastar todo su dinero en una noche sin preocupaciones significaba que tenían que vivir con las consecuencias hasta su próximo cheque de pago.

—¿Por qué? —preguntó Jack—. Eso no es divertido.

—Estoy cansada —volvió a guardar la billetera en el bolso robado—. Yo fui la que corrió, ¿recuerdas?

Después de que los chicos salieron, Kasey se puso encima de su saco de dormir y rebuscó en la bolsa de plástico de Circus Baby's Pizza World. Sacó un par de vasos de cartón con endebles lentes de plástico. El cartón estaba decorado con una imagen de una extraña bailarina robot. Kasey se puso las gafas brevemente, pero la hicieron sentir extrañamente mareada. Y si había algo que se suponía que debía estar viendo, estaba demasiado oscuro para verlo. Los guardó en el bolsillo de su chaqueta para más tarde.

Todo lo demás en la bolsa eran dulces. Kasey y sus compañeros ladrones comían para sobrevivir. Tenían hamburguesas baratas de comida rápida cuando tenían un poco de dinero, estofado de carne enlatada o

ravioles robados en tiendas de conveniencia cuando estaban en quiebra. Había pasado mucho tiempo desde que Kasey había comido un caramelo.

Encontró una piruleta roja, la desenvolvió y se la metió en la boca, disfrutando del dulce sabor a cereza artificial y sintiéndose como una niña de nuevo.

Una niña pequeña. Ella le había robado a una niña. A Kasey se le ocurrió un dicho: como quitarle un caramelo a un bebé. Eso es literalmente lo que había hecho hoy. Ella no estaba orgullosa de eso, pero al mismo tiempo, la mamá de la niña tenía buenos zapatos y un lindo bolso y un auto. Si tenía suficiente dinero para llevar a sus hijos a comer pizza y juegos de árcade, podría permitirse comprarles más dulces.

¿Por qué la vida de Kasey era como era y no como la de la mujer a la que robó? Kasey no había planeado ser una ladrona que dormía en un almacén. Dudaba que esos fueran los objetivos profesionales de alguien.

La mamá de Kasey no estaba loca por ser mamá. Trabajaba por las noches y dormía los días y, a menudo, cuando Kasey llegaba a casa de la escuela, su madre la miraba con una mezcla de sorpresa y molestia, como si pensara: Oh, lo olvidé. Tengo una hija, ¿no? La cena solía ser un plato de cereal o un sándwich antes de que su madre saliera a trabajar al club. Mientras su madre no estaba, Kasey hacía su tarea, se daba una ducha y miraba televisión hasta la hora de acostarse. Tenía instrucciones de ir al apartamento de la anciana de al lado si alguna vez había una emergencia, pero nunca la hubo. Kasey era buena para cuidar de sí misma.

Cuando Kasey era una adolescente, su madre consiguió un nuevo novio que parecía que iba a quedarse más tiempo que su anterior serie de novios.

Tenía un trabajo estable y podía ayudar a su madre con dinero. El único inconveniente era que no quería a una adolescente alrededor para "aprovecharse", como él lo llamaba. Dijo que se había mudado de la casa de sus padres y había conseguido un trabajo cuando tenía la edad de Kasey, y por eso tuvo tanto éxito. Cuando le pidió a su madre que eligiera entre él y Kasey, ella no se lo pensó dos veces. Kasey salió a la calle antes de cumplir los diecisiete años.

Los profesores de Kasey le habían suplicado que no abandonara la escuela secundaria. Sus calificaciones eran buenas y ella era una atleta, por

lo que existía la posibilidad de becas universitarias, dijeron. Pero ella no podía permanecer en la escuela y aun así ganar suficiente dinero para sobrevivir. Ella se retiró y pasó de un trabajo sin futuro a otro, trabajando muchas horas pero nunca ganando lo suficiente para cubrir el alquiler y los comestibles. A veces se quedaba en pequeñas habitaciones tristes que alquilaba por semanas; otras veces acampaba en los sofás de sus amigos hasta que se acababa su hospitalidad.

La primera vez que robó fue en Famous Fried Chicken, el restaurante de comida rápida donde trabajaba. Era un trabajo terrible. Se quedaba sudando sobre la freidora durante horas, y todas las noches se iba a casa sintiéndose como si la hubieran sumergido en una tina de grasa. Un día, cuando estaba barriendo el piso del comedor, notó que un tipo había ido al baño y había dejado su chaqueta colgando en el respaldo de su asiento. La esquina de un billete de veinte dólares se asomaba del bolsillo. Fue demasiado tentador.

Barriendo el suelo junto a la mesa, Kasey pellizcó el billete y lo escondió en su manga. Fue sorprendentemente fácil y de alguna manera estimulante. Sabía que el tipo nunca sospecharía de un robo. Simplemente pensaría que debería tener más cuidado.

Para ganar el salario mínimo, de pie junto a las freidoras, Kasey habría tardado más de dos horas en ganar el dinero que le tomó menos de un minuto robar. Había algo emocionante en eso: saber que se había salido con la suya, había vencido al sistema.

Pronto estaba robando en lugar de trabajar: robando carteras, robando bolsillos, robando comida y otras necesidades. Un día estaba en un festival callejero, sacando carteras y billetes sueltos de los bolsillos de la gente, cuando dos hombres se acercaron a ella. Al principio tenía miedo de que pudieran ser policías, pero no parecían policías. Uno era un tipo blanco escuálido e inquieto con muchos tatuajes; el otro era un tipo negro de anchos hombros con la apariencia de un ex jugador de fútbol de la escuela secundaria.

—Te hemos estado observando, y estás bien —dijo el delgado y aparentemente nervioso—. ¿Alguna vez has pensado en trabajar en equipo en lugar de volar sola?

—Nos cuidamos unos a otros —dijo el grandullón—. Y dividimos nuestra participación. Más gente trabajando, más dinero.

Se unió a Jack y AJ porque habían estado en las calles más tiempo que ella y estaban dispuestos a compartir sus conocimientos sobre cómo sobrevivir. Claro, eran más imprudentes que ella, y desperdiciaban el dinero que robaban, pero había seguridad en los números. A pesar de que los chicos la ponían de los nervios a veces, prefería tener su compañía antes que intentar salir adelante por su cuenta.

Kasey terminó la piruleta roja y se acurrucó en su saco de dormir. Se durmió con el dulce sabor aún en su lengua.

☆☆☆

Se despertó con la luz del sol que entraba por los tragaluces del almacén. Jack y AJ seguían durmiendo en sus sacos de dormir. Kasey no tenía idea de a qué hora habían llegado anoche. Se deslizó fuera de su saco de dormir y decidió que usaría dos dólares de la toma de ayer para comprar un desayuno barato en el Burger Barn. Una galleta de salchicha y un café pequeño con recargas gratuitas podrían durarle todo el día si fuera necesario. Kasey agarró su mochila y caminó hacia el brillante sol de la mañana.

El Burger Barn estaba a sólo media cuadra de Circus Baby's Pizza World, el lugar del atraco de ayer. Kasey se rio entre dientes, pensando en algo tan dramático como un atraco, ya que implicaba robarle una bolsa de dulces a una niña.

Entró al Burger Barn, hizo su pedido y luego se sentó en una cabina de vinilo naranja debajo de un mural de dibujos animados de animales de corral. Añadió crema y azúcar a su café, desenvolvió su bizcocho y se tomó su tiempo para desayunar.

Mientras mordisqueaba su galleta y sorbía su café, miró a los otros clientes. La mayoría de ellos estaban recibiendo órdenes para irse mientras se apresuraban a sus trabajos en oficinas, tiendas o sitios de construcción. Todos parecían estresados y con prisa.

Eso era algo bueno en la vida de Kasey. Podía tomarse su tiempo.

El único momento en que tenía que darse prisa era cuando se escapaba con el bolso o la billetera de alguien.

Comprar el desayuno en el Burger Barn le daba derecho a usar el baño de mujeres sin que la echaran. Este era un derecho que ella atesoraba. Después de terminar su comida, se dirigió al baño para arreglarse para el día. Se encerró en un cubículo y tomó una especie de baño de esponja con toallitas húmedas para bebés, luego se cambió los calcetines, la ropa interior y la camisa. Después de terminar en el cubículo, fue al fregadero, se lavó la cara y se cepilló los dientes.

Una mujer vestida con la camisa abotonada y los pantalones caqui de un trabajo de oficina le dio a Kasey una mirada desagradable, pero Kasey la ignoró. Tenía tanto derecho a estar allí como cualquier otra persona. Kasey llenó su botella de agua y la puso en su mochila. Ella estaba lista para su día.

A la luz del sol, con el estómago lleno de comida y café, Kasey se sintió bien.

Pensó que podría dar un paseo por el parque antes de volver al almacén para ver qué estaban haciendo los chicos. Mientras caminaba, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y palpó los vasos de cartón de la bolsa de regalos de la niña. Ella sonrió para sí misma y los sacó.

No se había dado cuenta de que un pequeño trozo de papel enrollado estaba pegado al auricular izquierdo de las gafas. Despegó la cinta con cuidado, desenrolló la hoja de papel y leyó: Ponte las gafas y Ballora bailará para ti.

Kasey se puso las gafas y sintió el mismo mareo que la noche anterior.

Miró por la acera hacia Circus Baby's Pizza World. Allí, a lo lejos, vio la imagen de una bailarina, con las manos sobre la cabeza, de puntillas y dando vueltas. No era una imagen muy nítida, azul y un poco borrosa. Un holograma. Así era como se llamaban este tipo de imágenes, recordó de repente. Pero incluso si estaba distante y borrosa, había algo fascinante en la extraña muñeca bailarina girando.

Una pirueta. Esa era la palabra para ese tipo de giro. Cuando era pequeña, Kasey había querido ser bailarina, al igual que muchas otras niñas. Pero no había dinero, y su madre le había dicho que incluso si hubiera

habido dinero, no lo desperdiciaría en algo tan inútil como las clases de baile.

Kasey se paró en la acera y miró la imagen como hipnotizada. Era hermosa y había poca belleza en la vida cotidiana de Kasey. Kasey se sintió abrumada por la tristeza, el anhelo y también por otro sentimiento… ¿arrepentimiento? ¿Se estaba arrepintiendo de la forma en que vivía? Una vida debería tener belleza, ¿no es así? La vida debería ser algo más que supervivencia.

Después de un rato, Kasey comenzó a sentirse mareada, como si ella fuera la que hiciera las piruetas. Temiendo estar enferma, se quitó las gafas y se apoyó contra el costado de un edificio para orientarse.

Miró el par de anteojos que tenía en la mano. Realmente, la bailarina era un efecto visual bastante impresionante para lo que parecía un juguete tan barato.

No es de extrañar que la niña se enojara cuando Kasey le arrebató su bolsa de regalos. Para una niña pequeña, estas gafas le parecerían francamente mágicas.

Kasey se guardó las gafas en el bolsillo. Decidió saltarse el parque y volver al almacén. Tenía que mostrarles a los chicos este loco juguete.

☆☆☆

Jack y AJ se estaban despertando cuando ella regresó.

—¿A qué hora llegaron anoche? —preguntó Kasey, sentándose en una caja.

—No sé. ¿Dos? ¿Tres? —Jack bostezó y apoyó en un codo en su saco de dormir—. No importa. No tengo que fichar nadie.

AJ abrió la cremallera de su saco de dormir y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Oye, estábamos diciendo que podríamos llevar la tarjeta de gasolina que has robado al Gas'n Go y ver si podemos usarla para comprar comida.

—Claro —dijo Kasey—. Sería bueno tener algo de comida en casa. Pero primero quiero mostrarles algo.

Fuera del almacén, junto a un contenedor de basura, Kasey sacó las gafas.

—Estas estaban en la bolsa de regalos de la pizzería. Pruébatelos. —Le tendió las gafas a Jack.

Jack se las puso, adoptó una pose "genial" y luego se rio.

—Mira frente a ti. ¿La ves?

—¿Ver a quién?

—A la bailarina.

—No veo a nadie. Simplemente hacen que todo se vea azul, eso es todo.

—Déjame probarlos —dijo AJ, tomando los lentes de Jack y poniéndoselos. Miró a su alrededor—. Yo tampoco veo nada.

—¿No ves a la bailarina? —preguntó Kasey. No tenía sentido. ¿Por qué no podían verla?

—No. Todo es azul, como dijo Jack. —AJ le devolvió las gafas a Kasey.

Kasey estaba confundida. ¿Quizás las gafas sólo funcionaban frente a Circus Baby's Pizza World? Pero eso tampoco tenía sentido. ¿Por qué alguien haría un juguete que sólo funcionara en un lugar?

Se puso las gafas y miró directamente al frente, al otro lado de la calle. La bailarina, Ballora, según las instrucciones, estaba allí, bailando en un callejón sembrado de basura entre dos almacenes. Pero pronto el mareo se apoderó de ella, y nuevamente sintió esa sensación de inquietud que había tenido antes.

—Bueno, la veo —dijo Kasey, quitándose las gafas antes de perder el equilibrio o vomitar—. Quizás hay algo mal en sus ojos.

—Quizás hay algo mal en tu cerebro —dijo Jack, riendo y dando un codazo a AJ, quien también se rio.

Kasey ignoró sus nervaduras y volvió a guardar las gafas en el bolsillo de la chaqueta.

Pero ella se preguntó. ¿Tenían razón? ¿Le pasaba algo?

En el Gas 'n Go, tomaron mucha más comida de la que la mayoría de la gente compraría en una tienda de conveniencia: una barra de pan gigante, un frasco de mantequilla de maní, seis bolsas de papas fritas, latas de ravioles y estofado de carne, y doce paquetes de refresco.

Kasey sabía que ella sería la que pagaría en la caja registradora porque Jack y AJ siempre decían que tenía una cara honesta. Además, era menos probable que las personas sospecharan que una mujer realizaba actividades delictivas.

La cajera parecía aburrida y con los ojos adormilados cuando llamó y empaquetó todos los artículos. Kasey escaneó la tarjeta robada en la máquina y contuvo la respiración.

Sólo tomó unos segundos, pero parecieron siglos hasta que la palabra "Aprobado" apareció en la pantalla.

Kasey, Jack y AJ agarraron las bolsas y esperaron hasta que estuvieron fuera de la tienda para reírse de su buena suerte.

—Bueno, no tendremos que preocuparnos por la comida durante unos días —dijo Jack—. Guarda esa tarjeta, Kasey.

Kasey puso la tarjeta en un pequeño compartimento de su mochila.

—Lo haré, pero no sé si seremos capaces de volver a usarla. —Por lo general, las compañías de tarjetas de crédito cancelaban rápidamente las tarjetas que sospechaban que habían sido robadas.

De vuelta en el almacén, se deleitaron con sándwiches de mantequilla de maní y papas fritas y refrescos que aún estaban fríos del refrigerador de la tienda. Jack y AJ todavía estaban drogados por la adrenalina de usar con éxito la tarjeta robada. Se reían y bromeaban, pero algo molestaba a Kasey y ella no podía identificar qué. Ella sonrió ante las bromas de Jack y AJ, pero algo que se sentía como preocupación estaba molestando en el fondo de su cerebro. Lo extraño era que, aunque lo sentía, no sabía realmente de qué estaba preocupada.

Siempre existía la preocupación del ladrón de ser atrapado. La preocupación de ser arrestado, juzgado, encarcelado. Esa preocupación nunca desaparecía, pero este sentimiento era otra cosa. De alguna manera tenía que ver con las gafas, con el hecho de que ella podía ver a la bailarina

mientras que Jack y AJ no podían, con la extraña forma en que mirar a la bailarina que giraba la hacía sentir.

Después de que terminaron de comer, Kasey agarró una de las bolsas de plástico de la tienda.

—Pongan su basura aquí —les dijo a Jack y AJ— y la llevaré al contenedor de basura.

—Siempre limpiando. Como una pequeña ama de casa —dijo Jack, dejando caer su botella de refresco vacía en la bolsa.

—Oigan, no puedo evitarlo si ustedes son unos vagos. No quiero tener un problema de bichos aquí.

Kasey había crecido en una serie de apartamentos cada vez más miserables. Su madre era desalojada por no pagar el alquiler y luego se mudaban a otro lugar que era más pequeño y sucio que el anterior. Siempre había cucarachas y en verano un desfile interminable de hormigas.

Cuando Kasey creció, lavaba los platos y sacaba la basura que su mamá dejaba amontonada. La limpieza ayudó en algo, pero los insectos seguían llegando de los apartamentos de otras personas, como los fiesteros que buscan comida y bebida gratis. Kasey siempre pensó que cuando creciera, tendría un pequeño apartamento propio, limpio y libre de insectos. A diferencia de su madre, ella pagaba el alquiler a tiempo todos los meses.

El almacén no era exactamente lo que tenía en mente, pero al menos podía hacer su parte para mantener alejados a los insectos. Sacó la bolsa de basura y la arrojó al contenedor de basura.

Tal vez saldría a caminar. Sintió una repentina necesidad de estar sola. Sabía que, dentro del almacén, Jack y AJ harían planes para la noche. Como era viernes, probablemente querrían ir al centro, donde estaban los clubes. Si esperabas lo suficiente hasta que la gente había estado de fiesta durante horas, era fácil. Kasey podía pasar junto a un grupo de chicos y levantar tres de sus billeteras sin que ninguno de ellos se diera cuenta.

Los bolsos siempre eran más complicados porque no se podían agarrar sin que el propietario se diera cuenta. Pero Kasey era rápida. Había estado en atletismo antes de dejar la escuela secundaria. No había forma de que una chica borracha con tacones pudiera atraparla.

Por lo general, a Kasey le gustaba planificar el trabajo de la noche con los chicos. A ella le gustaba elaborar estrategias sobre cómo hacer la mayor toma posible, cómo maximizar sus posibilidades de éxito. Era como resolver un rompecabezas.

Pero ahora mismo no tenía ganas de juntar piezas de un rompecabezas. Tenía ganas de caminar, aclarar su cabeza de los pensamientos confusos que se arremolinaban en su interior.

Remolino. Remolino rimado con remolino. ¿Por qué no podía quitarse de la cabeza esa muñeca bailarina que giraba?

Caminó hasta el parque. Los trabajadores de oficina en sus pausas para el almuerzo se sentaban en bancos y comían sándwiches. Un paseador de perros estaba de alguna manera paseando a cuatro perros de diferentes tamaños sin que se enredaran las correas. Kasey sonrió al pequeño Yorkie que lideraba la manada como si fuera el perro más grande de todos.

En el patio de recreo, los niños pequeños trepaban, se deslizaban y se balanceaban, gritando y riendo. Sus mamás los vigilaron, asegurándose de que estuvieran a salvo. Kasey envidiaba a esos niños ¿Cómo debe ser, se preguntaba, jugar a gusto y saber que cada vez que tienes hambre o sed, tu madre sacará de su bolso unas galletas y un zumo frío? ¿Saber que, cuando estuvieras cansada, podrías irte a casa y tu mamá te acomodaría en tu agradable y suave cama para tomar una siesta?

Incluso cuando era una niña, Kasey nunca había conocido ese tipo de seguridad.

Caminó hacia la zona más boscosa del parque porque le gustaba la sombra y la soledad. Las hojas otoñales, rojas, doradas y naranjas, caían a la deriva de las ramas de los árboles. Las hojas que ya habían caído crujían bajo sus pies.

Era la cosa más extraña. No quería ver a Ballora. No le gustó la forma en que se sintió al ver a Ballora. Sin embargo, sintió que alcanzaba las gafas de cartón y se las ponía. Sintió el mareo familiar, se apoyó contra un árbol y miró hacia el bosque frente a ella, donde la luz del sol brillaba a través de los huecos de las ramas.

Allí estaba Ballora, haciendo piruetas entre las coloridas hojas otoñales. Mientras giraba, las hojas brillantes fueron absorbidas por su vórtice.

Volaron a su alrededor, al principio suavemente, luego más rápido, como si estuvieran atrapadas en un torbellino.

Durante unos segundos, Kasey admiró la belleza, pero luego pensó: Espera.

Si Ballora es sólo una imagen, un holograma, ¿cómo está manipulando a los objetos que la rodean? No tiene sentido.

Además, ¿no estaba Ballora más cerca de Kasey que ayer? Parecía que sí. La imagen era más clara, por un lado. No tan borrosa, podía ver las articulaciones en los brazos y piernas de la figura parecida a una muñeca, podía ver los ojos azules y los labios rojos en la cara blanca. La cara pintada parecía un payaso, pero a diferencia de la mayoría de los payasos, Ballora no sonreía. Los ojos azules vacíos no parpadeaban, pero de alguna manera Kasey sintió que la estaban mirando. Ballora estaba mirando a Kasey y no le gustó lo que vio.

De repente, Kasey no pudo recuperar el aliento. Se dobló, temiendo desmayarse. ¿Por qué estaba asustada por un estúpido juguete? Se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Estaba siendo ridícula y tenía que detenerse. Si quería sobrevivir, tenía que mantener la cabeza fría en todo momento.

Debería volver al almacén y hablar con los chicos. Necesitaba conocer los planes para esta noche.

☆☆☆

Después de la medianoche, Kasey, Jack y AJ fueron a los clubes. No entraron en ellos, sino que se escondieron en la oscuridad del exterior. Los chicos habían apuntado a un par de bares diferentes, y Kasey estaba esperando en el callejón afuera de un club de baile frecuentado por muchos estudiantes universitarios, con los bolsillos y las carteras llenas con el dinero de su mamá y su papá.

Vio a su objetivo. La chica llevaba un vestido corto de color rosa claro con tacones rosas increíblemente altos. Su bolso era de diseñador, del mismo tono de rosa que el vestido y los zapatos, colgaba de una correa delgada que le colgaba del hombro. La chica de vestido rosa estaba hablando en voz alta y riendo con su novio.

Kasey tenía una herramienta para trabajos como estos, un par de tijeras fuertes que podían cortar la correa de un bolso de cuero como si solo estuviera hecho de papel. Sacó las tijeras y se interpuso entre la multitud. Se deslizó detrás de la chica y colocó las tijeras para cortar la correa. Mientras cortaba, alguien chocó con ella por detrás. Ella resbaló y la punta de las afiladas tijeras encontró carne. Cuando Kasey agarró el bolso, vio un corte superficial pero ensangrentado en el brazo de la chica.

—¡Ay! ¿Qué pasó? —gritó—. Oye, mi bolso…

Kasey corrió.

Corrió hasta estar segura de que había puesto suficiente distancia entre ella y su víctima, luego redujo la velocidad a un paseo casual, metiendo el bolso de noche rosa dentro de su chaqueta.

En su mente, Kasey seguía viendo el brazo de la chica cortado por las tijeras, la sangre roja vívida contra la piel pálida.

Kasey no había tenido la intención de lastimarla. Claro, que te arrebaten el bolso podría asustarte un poco, podría ser un inconveniente, pero no causa ningún daño físico.

Kasey había robado a docenas, tal vez incluso cientos, de personas, pero nunca había lastimado a nadie físicamente hasta esta noche. Derramar sangre cambió las cosas.

«Fue un accidente», pensó Kasey. ¿Pero realmente lo fue? La chica no se habría cortado si Kasey no se hubiera abalanzado sobre ella con las tijeras. Kasey no había tenido la intención de cortarla, pero no podía decir exactamente que fuera inocente.

Kasey golpeó a los otros chicos para que regresaran al almacén. Agarró una linterna y se sentó en su saco de dormir para ver lo que había anotado. Abrió el bolso rosa y sacó su contenido: una licencia de conducir, un lápiz labial y un billete de veinte dólares que, de acuerdo con las reglas del Den de los Ladrones, tendría que dividirse en tres.

Kasey volvió a guardar los artículos en el bolso y suspiró. No había valido la pena el esfuerzo ni el derramamiento de sangre. Se acomodó en su saco de dormir, pero pasó mucho tiempo hasta que se durmió.

☆☆☆

Al día siguiente, Kasey, Jack y AJ caminaron hacia el centro, buscando posibles lugares para un trabajo. Pasaron por el parque donde Kasey había visto a Ballora.

Kasey miró hacia un bosquecillo de árboles y vio que las hojas se elevaban y giraban como lo habían hecho alrededor de la muñeca bailarina. Se puso las gafas y ahí estaba Ballora, más cerca que antes. Ella se estaba acercando cada día. Si Kasey pudiera hacer que los chicos vieran la muñeca, se sentiría mucho mejor. Kasey se quitó las gafas y se apresuró a alcanzar a Jack y AJ.

—Esperen, chicos —dijo Kasey. Ella le tendió las gafas—. Ponte esto y mira allí, justo en medio de esos árboles.

—¿De nuevo? —preguntó AJ—. Yo no veo nada. Te quiero como a una hermana, Kasey, pero he terminado con esta rareza.

Jack puso los ojos en blanco pero dijo—: Está bien. Dámelos a mí. —Se los puso y miró hacia donde apuntaba Kasey—. Nada.

—¿Nada? —el corazón de Kasey se hundió.

—Nada —dijo Jack—. A mi modo de ver, hay dos soluciones a este problema. Uno es encerrarte en una habitación blanda, y el otro es… esto. Dejó caer las gafas en un bote de basura cercano—. Problema resuelto. ¿Okey?

Kasey sintió una oleada de alivio invadirla. Jack tenía razón. Sin gafas, no había problema.

—Okey. —Incluso sintió que sonreía un poco—. Gracias, Jack.

—De nada —respondió Jack—. Ahora tienes que enfocarte. La Guarida de los Ladrones necesita tu ingenio rápido y tus dedos ágiles. No más locuras por cosas raras.

Kasey asintió. No podía creer que se hubiera dejado desmoronar por culpa de un juguete barato.

—Ingenio rápido y dedos ágiles. Los tengo —dijo Kasey, moviendo los dedos—. ¿Por qué no tomamos el autobús al All-Mart y vemos si podemos hacer funcionar la tarjeta de crédito de esa señora?

—Excelente idea —dijo Jack—. ¿Ves? Ya estás mejor.

Los chicos se dirigieron hacia la parada del autobús, pero Kasey vaciló. Las gafas fueron lo que le hizo ver a Ballora. Al deshacerse de ellas, no vería a Ballora. Pero eso no significaba que Ballora no estaría allí. Todavía podría seguir a Kasey, acercándose a ella todos los días, pero Kasey no tendría forma de saber dónde estaba. La idea de una Ballora invisible era más aterradora que la idea de una visible. Kasey metió la mano en el bote de basura, recuperó las gafas y se las guardó en el bolsillo antes de correr hacia la parada del autobús.

En la gran tienda, Kasey eligió un nuevo par de botas: pesadas, cómodas y prácticas. Todos agarraron paquetes de calcetines, ropa interior y camisetas. Comprar demasiadas cosas despertaría sospechas, por lo que trataron de limitarse a las cosas que más necesitaban.

Como siempre, Kasey fue la que hizo la compra por su rostro honesto. Sin embargo, su rostro no importaba mucho, porque la cajera llamó a los artículos sin mirarla y luego preguntó robóticamente—: ¿Débito, crédito o efectivo?

—Crédito —dijo Kasey, sosteniendo la tarjeta robada.

La mujer escaneó la tarjeta en la máquina, frunció el ceño y volvió a intentarlo.

—Lo siento, señora. Esta tarjeta ha sido rechazada. ¿Tiene otra tarjeta que le gustaría usar hoy?

—No gracias. —Kasey agarró la tarjeta inútil, abandonó sus intentos de compra y caminó rápidamente hacia la puerta principal donde Jack y AJ estaban esperando—. Rechazada.

—Bueno, eso apesta —dijo Jack mientras salían por la puerta. AJ negó con la cabeza. La señora debe haber denunciado que se la robaron. Qué pena. Tenía muchas ganas de estrenar calcetines y ropa interior nuevas.

—Sólo queda una cosa por hacer —dijo Kasey. Sacó sus grandes tijeras, cortó la tarjeta en pequeños pedazos y esparció el confeti en el bote de basura más cercano.

De regreso al almacén, pasaron por el parque. Kasey escuchó el susurro de las hojas y miró hacia arriba para verlas arremolinándose, pero eso no significaba que Ballora estuviera allí, se dijo a sí misma. Apretó los puños para evitar sacar las gafas del bolsillo. El remolino de hojas sólo significaba que era un día ventoso de otoño. Eso era todo.

☆☆☆

El trabajo de esta noche tenía que compensar su racha de mala suerte. Se sentaron acurrucados en el almacén, comiendo ravioles enlatados con las manos y tratando de pensar en su próximo movimiento.

—Podríamos probar la pizzería de nuevo —dijo Jack—. La gente lleva dinero en efectivo a esos lugares.

—No. —La respuesta de Kasey fue automática y contundente.

—¿Por qué no? —preguntó Jack—. ¿Tienes miedo de que acabes con algún juguete poseído aterrador?

—No es eso —respondió Kasey. Probablemente se merecía la burla. Había dejado que la cosa de las gafas se saliera de control—. Simplemente no me gusta involucrar a los niños, ¿de acuerdo?

—No hemos ido a la estación de tren en un tiempo —dijo AJ—. Es muy fácil mezclarse con la multitud allí y apoderarse de algunos bolsillos. Podría ser una buena forma de recuperar tu confianza, Kasey.

—Sí, hagámoslo —dijo Kasey. Eso era lo que necesitaba. Un trabajo sencillo.

☆☆☆

Ni siquiera tuvieron que entrar a la estación, sólo esperaron hasta la hora punta cuando un grupo de personas salieron por la salida de la estación y luego se metieron entre la multitud sin ser vistos. Kasey se abrió paso entre la masa de gente, buscando hombres de negocios de aspecto próspero con bultos en forma de billetera en los bolsillos traseros. Ella acababa de encontrar uno y lo estaba alcanzando cuando alguien la agarró

del brazo. Se sobresaltó, luego vio que era Jack. Él articuló la palabra *Vamos*. Cuando vio las luces azules parpadeantes, lo entendió.

Un coche de policía se había detenido junto a la acera. Kasey, AJ y Jack caminaron con la multitud, agradable y casualmente, como si ellos mismos acabaran de bajarse del tren. Kasey no respiró tranquilamente hasta que la luz azul estuvo detrás de ellos.

—¿Pudo haber sido peor este día? —preguntó Jack una vez que estuvieron de vuelta en el almacén.

—La mala suerte siempre viene de tres en tres —dijo AJ, levantando tres dedos.

—Así que tenemos dos abajo y uno para ir.

—No creo en la superstición —dijo Jack—. Nada de gatos negros o espejos rotos. Nada de eso.

Hacía frío en el almacén, era más cálido que afuera, pero todavía no hacía calor.

Kasey decidió dejar su chaqueta puesta. Cada vez hacía más frío por las noches, y sus manos estaban frías. Pronto tendría que comprar o robar unos guantes. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta para calentarse. Allí estaban las gafas. ¿Dónde estaba Ballora? ¿Ballora estaba a punto de atraparla? ¿Era esa la tercera mala suerte? Su corazón latía con pánico, y pasó corriendo junto a Jack y AJ, fuera del almacén. Ahora el frío era la menor de sus preocupaciones.

Afuera, se llevó las manos a la cabeza y se paseó de un lado a otro. Finalmente, con una mano temblorosa, metió la mano en el bolsillo y sacó las gafas.

Como no pudo evitarlo, se las puso. Allí, bajo el rayo de luz de una farola a sólo unos metros de distancia, Ballora dio vueltas. Estaba más cerca de lo que nunca había estado antes. Kasey podía ver cada articulación de su cuerpo, cada detalle de su rostro, torso y tutú. Era hermosa y horrible al mismo tiempo, y definitivamente se estaba acercando.

Kasey se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo. Se sentó en la acera fría y húmeda y trató de pensar. Cada vez que había visto a Ballora, había

estado un poco más cerca. ¿Qué iba a pasar cuando Ballora se acercara lo suficiente para tocarla? ¿Podría Ballora atraparla?

Kasey sintió que estaba esperando un castigo. No sabía si sería rápido y seguro o largo y tortuoso. Ella no quería saber.

Tiene que haber una forma de escapar, pensó Kasey. Ballora había aparecido por primera vez afuera del Circus Baby's Pizza World, en la escena en la que Kasey había robado los vasos. Desde entonces, Ballora la había acechado por toda la ciudad. Tal vez, pensó Kasey, Ballora sólo podría seguirla en la ciudad donde había ocurrido el crimen. Tal vez si pudiera irse, ir a otro lugar, podría dejar a Ballora atrás.

Valia la pena el intento.

Kasey esperó hasta que Jack y AJ se durmieron, luego se coló en el almacén y silenciosamente enrolló su saco de dormir, agarrando su mochila de pertenencias. Ella tomó su parte del dinero del escondite de la Guarida de los Ladrones y dejó a Jack y AJ el resto. Ella no les robaría. Habían sido como hermanos para ella, molestos a veces, pero buenos a su manera.

Fue un largo paseo hasta la estación de autobuses. Miró la lista de salidas.

El siguiente autobús que salía se dirigía a Memphis a las 6 a.m. Ella supuso que iba a Memphis. Compró un boleto, que le costó la mitad de todo su dinero, luego se instaló en un banco para intentar dormir un par de horas. Se despertó a las 4:30, consciente de que había alguien cerca de ella. Agarró su mochila para proteger sus pertenencias de personas como ella.

—Lo siento. No era mi intención despertarte. —La voz pertenecía a una anciana de cabello gris y piel un par de tonos más oscura que la de Kasey.

Llevaba un vestido de flores de color amarillo mantequilla y un sombrero a juego. Parecía que iba a la iglesia.

—Está bien —dijo Kasey—. Necesitaba despertar de todos modos. Mi autobús sale en una hora y media.

—¿A dónde te diriges? —La dama se sentó junto a Kasey.

Por un segundo, Kasey se preguntó si debería decírselo, pero el tono de la anciana era tan amable que no vio el daño en eso.

—Memphis.

—Oh, no será un viaje demasiado largo —dijo la señora—. Me voy a Chicago para ver a mi hijo, a mi nuera y a mis nietos. Será una visita agradable una vez que llegue allí, pero será un largo viaje en autobús. ¿Tienes familia en Memphis?

—No, señora. Sólo estoy buscando un nuevo comienzo. —No era como si pudiera decirle a la anciana que estaba huyendo de una muñeca bailarina que posiblemente quería hacerle daño. Eso haría que la anciana se moviera del banco muy rápido.

—¿Tienes un trabajo preparado? —preguntó la anciana.

—No, pero encontraré algo. Siempre lo hago.

—Bien por ti —dijo la dama, acariciando el brazo de Kasey—. Me gusta ver a una persona joven con algo de coraje. —Cogió una gran bolsa de paja y empezó a rebuscar en ella—. ¿Tienes hambre, cariño? Empaqué suficiente desayuno, almuerzo y cena para un ejército. No hay forma de que esté pagando la comida de la estación de autobuses. Es caro, sabe mal y es mala para para la salud.

Kasey tenía hambre. No se había dado cuenta hasta que la dama mencionó la comida.

—Sólo un poco, sí. Pero no tiene que compartir si no…

—Tengo mucha, cariño. —De la bolsa sacó una pequeña botella de jugo de naranja, frío y húmedo por la condensación. Luego le entregó a Kasey algo envuelto en papel de aluminio—. Galleta de jamón. No eres una de esas jóvenes que no comen cerdo, ¿verdad?

—No, señora. Me comeré cualquier cosa que me pongan delante. Gracias. —La galleta era casera y esponjosa, y el jamón tenía la cantidad justa de dulce y salado. Era la mejor comida que Kasey había comido en mucho tiempo—. Está delicioso.

—Me alegro de que te guste. —La anciana le dio una palmada en el brazo a Kasey una vez más y luego se levantó rígidamente del banco. Será mejor que vaya al baño de mujeres antes de subir al autobús. Esos baños en el autobús no son divertidos. Me gusta un baño que se queda quieto.

Kasey se rio.

—Estoy de acuerdo. —Fue la conversación más agradable que recordaba haber tenido en mucho tiempo.

La anciana miró a Kasey durante un largo rato.

—Escucha, sé que no soy nadie para ti, pero ya que no voy a volver a verte, podría decir lo que pienso. Pareces una joven que está huyendo de algo. En mi experiencia, a veces, si intentas huir de tus problemas, esos problemas simplemente terminan siguiéndote. ¿Lo entiendes?

Kasey asintió. No podía mirar a la dama a los ojos.

—Es mejor construir puentes que quemarlos, cariño. Recuérdalo.

La anciana se alejó tambaleándose y Kasey sintió un escalofrío ante la perspectiva de que sus problemas la siguieran. De Ballora siguiéndola. Esperaba con todo su corazón que la anciana estuviera equivocada.

Kasey durmió durante la mayor parte del largo viaje en autobús, despertando ocasionalmente para mirar por la ventana el paisaje que pasaba. Este era el viaje más largo que había hecho en su vida, así que bien podría disfrutar del paisaje.

Cuanto más viajaba, más esperanzada se sentía. Un nuevo comienzo. Eso es lo que le dijo a la anciana, y tal vez realmente sería así.

No más robar, no más vivir con miedo, no más ser acosada por una muñeca bailarina espeluznante que gira.

☆☆☆

Kasey salió de la estación de autobuses y se sumergió en el sol de Memphis. El letrero en un motel de color aguamarina en ruinas llamado Best Choice Inn anunciaba habitaciones por $29,99 la noche. Kasey dudaba seriamente que fuera la mejor opción, pero era mejor que dormir en la calle y tenía cuarenta dólares en el bolsillo.

Entró en la oscura oficina del motel y entregó un diez y un veinte a una mujer demacrada que vestía bata de casa y pantuflas.

La habitación tenía paneles baratos de décadas de antigüedad y una alfombra que alguna vez estuvo bronceada manchada por huéspedes

descuidados de muchos años. Pero había una cama doble y televisión por cable y un baño que Kasey podía tener para ella sola.

El primer paso en su nuevo comienzo era una ducha.

Kasey dejó que el agua caliente le golpeara el cuello y los hombros. No recordaba la última vez que se había lavado el cabello y usó todo el frasco de champú que le había dado el motel para enjabonarse las trenzas y el cuero cabelludo. Se enjabonó de la cabeza a los pies y dejó que los chorros de agua caliente la enjuagaran.

Era el cielo. Kasey siempre trató de mantener su higiene, viviendo en la calle, pero no había forma de que las toallitas para bebés y el lavabo de un baño de comida rápida pudieran compararse con una verdadera ducha caliente.

Después de secarse, se cepilló los dientes y se puso la ropa más limpia que tenía. Era hora de encontrar su nuevo comienzo.

Caminando por las calles de Memphis, se encontró con un antiguo restaurante llamado Royal Café que tenía un letrero escrito a mano en la ventana que decía: SE BUSCA AYUDANTE. El café no era mejor que el motel donde se alojaba, pero era la mejor opción, tenía que ser realista.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había tenido un trabajo de verdad?

No desde su época en Famous Fried Chicken, donde había robado esos veinte dólares y había comenzado su vida delictiva.

Dentro del Royal Café, una camarera rubia teñida que podría haber tenido entre treinta y cinco y sesenta y cinco años dijo—: Siéntate donde quieras.

—Estoy aquí por el trabajo.

La camarera giró la cabeza y gritó—: ¡Jimmy!

Un hombre de piel aceitunada y ojos cansados salió de la cocina secándose las manos con una toalla. Su delantal estaba manchado con grasa de varias edades.

—¿Sí?

—Ella está aquí por el trabajo —dijo la camarera. Su tono implicaba que no creía que Kasey fuera una buena candidata.

—¿Alguna vez has limpiado las mesas y has lavado los platos? —preguntó el hombre, presumiblemente Jimmy.

—Por supuesto —dijo Kasey. No lo había hecho, pero ¿qué tan difícil podría ser?

—Esas bandejas y platos pueden ser bastante pesados. ¿Crees que puedes manejarlos? Eres una cosa diminuta.

—Soy pequeña, pero soy fuerte.

Él sonrió un poco.

—¿Tienes un nombre?

—Kasey.

—¿Cuándo puedes empezar, Kasey?

No fue una entrevista muy exigente. Ni siquiera le había dicho su apellido.

—¿Cuándo me necesitaría?

—¿Qué tal ahora?

No era como si tuviera otra cosa que hacer. Bien podría empezar a ganar dinero de inmediato.

—Me parece bien. ¿Pero no necesito entrenamiento o algo así?

Jimmy la miró como si acabara de hacer una pregunta estúpida.

—Tienes una bandeja. Quitas los platos de las mesas y los pones en la bandeja. Llevas los platos a la cocina, los enjuagas con agua caliente en el fregadero, luego los colocas en el lavavajillas y lo enciendes. Cuando los platos están limpios, descargas el lavavajillas y apilas los platos en los estantes. ¿Lo tienes?

—Sí, señor.

—Bien. Ese fue tu entrenamiento. Es el salario mínimo, que se paga en efectivo al final de la semana. De siete a dos de lunes a viernes, con una comida gratis por turno. ¿Te parece bien?

—Sí, señor. —La paga era baja, pero saldría del trabajo a las dos y una comida caliente gratis todos los días la ayudaría mucho.

—Bien. Ponte a trabajar.

☆☆☆

El trabajo no estuvo tan mal. Jimmy gritó mucho, pero nunca fue nada personal. Kasey pudo alquilar su habitación en el Best Choice Inn por una semana. Aprovechó el lavadero, la ducha y la televisión por cable, y una gran comida al día en el restaurante contribuyó en gran medida a mantenerla alimentada. Además, Jimmy era un buen cocinero. Dijo que estaba demasiado delgada y que sus platos azules especiales de pastel de carne, pavo y aderezo comenzaban a ponerle un poco de carne en los huesos. El trabajo era físicamente duro pero lo suficientemente absurdo como para poder soñar despierta con lo que quisiera.

Su único problema en el trabajo era que Brenda, la mesera que había conocido la primera vez que entró al lugar, parecía no haberle gustado.

—¿Es ese tu verdadero nombre, Kasey? —le preguntó Brenda un día mientras Kasey estaba recogiendo una mesa.

—Lo es. —Ella no miró hacia arriba, simplemente siguió cargando platos en la bandeja.

—Me lo preguntaba porque ni siquiera le diste a Jimmy tu apellido. Puede que él no tenga sentido común, pero yo sí.

—¿Eso es verdad? —preguntó Kasey, tirando los cubiertos en la bandeja con estrépito.

—Me pareces sospechosa —le dijo Brenda, mirándola con los ojos entrecerrados—. Es como si estuvieras escondiendo algo.

—Todo el mundo esconde algo —dijo Kasey a la ligera, recogiendo la pesada bandeja—. Incluso si es sólo su ropa interior vieja y perforada debajo de la ropa.

Llevó la bandeja del autobús llena a la cocina. No había manera de que Brenda pudiera averiguar sobre el pasado de Kasey como ladrona. Afortunadamente, no tenía registros de arrestos ya que nunca la habían capturado. Aun así, Brenda hizo que Kasey se sintiera como si la estuvieran observando, y era una sensación que a Kasey no le gustaba.

Una tarde, cuando Kasey estaba recogiendo mesas, vio dos billetes de cinco dólares debajo del salero y el pimentero.

Los dos cinco dólares le recordaron ese billete de veinte que levantó con tanta facilidad en el Famous Fried Chicken.

Le picaban los dedos.

Brenda había salido a tomar un descanso de cinco minutos y Kasey estaba segura de que no había visto el dinero.

Con un movimiento rápido, tomó un billete y dejó el otro donde estaba.

En realidad, no era un robo, decidió Kasey. Simplemente dividía la propina cincuenta por ciento entre la persona que servía al cliente y la persona que limpiaba los desechos del cliente. La limpieza también era más difícil. Los clientes eran desordenados. Dividir la propina era perfectamente justo.

Kasey se prometió a sí misma que no tendría el hábito de aceptar propinas.

Y no lo hizo, en realidad no. Sólo robaba cuando Brenda estaba en un descanso o mirando hacia otro lado, y nunca tomaba toda la propina. Si un cliente dejaba tres dólares, Kasey tomaba uno. Si un cliente dejaba siete, Kasey tomaba dos. No era mucho, pero le ayudaba con las pequeñas cosas: lavar la ropa en el motel, comprar bocadillos y refrescos para comer cuando miraba la televisión.

Y además, Brenda siempre era mala con ella. Tomar un poco de su propina era como recibir un pago extra por un trabajo peligroso.

☆☆☆

Hoy, Kasey se sintió inusualmente hambrienta cuando caminaba hacia el trabajo. Ignoró las hojas otoñales que se arremolinaban cerca de ella y dejó sus gafas en el bolsillo de su chaqueta.

Se obligó a no pensar en Ballora, sino en la comida.

Por lo general, tomaba una comida gratis por turno en el almuerzo, pero hoy pensó que podría pedir el desayuno en su lugar. Decidió pedir el desayuno especial. Tres tortitas de suero de leche, dos huevos por encargo, tocino y patatas fritas caseras. Esta mañana iba a salir temprano, así que tendría tiempo de comer antes de que llegaran los primeros clientes.

Cuando entró al restaurante, Jimmy y Brenda estaban sentados juntos en un reservado, como si la estuvieran esperando. No parecían felices.

—Kasey, me alegro de que hayas llegado temprano —dijo Jimmy, haciéndole un gesto para que se sentara frente a ellos—. Necesitamos hablar.

Según la experiencia de Kasey, cuando alguien decía que tenían que hablar, las palabras que venían después no iban a ser buenas. Nadie nunca decía: Necesitamos hablar. Entonces, ¿qué tal un aumento y este plato de galletas calientes?

Con una sensación de hundimiento, Kasey se sentó.

Jimmy cruzó las manos frente a él.

—Brenda me ha dicho que, desde que empezaste a trabajar aquí, ha estado recibiendo mucho menos dinero en propinas. ¿Sabes algo sobre eso?

El hambre en el estómago de Kasey fue reemplazada por miedo.

—¿Cómo se supone que voy a saber lo que Brenda gana en propinas?

—Bueno, los clientes dejan sus propinas sobre la mesa y, a veces, el dinero todavía está sobre la mesa cuando la limpias, así que–

—¡Sé que has estado robando mis propinas de la mesa! —Interrumpió Brenda. Su rostro estaba rojo de rabia—. No todo el dinero, pero lo suficiente para que pienses que no me daría cuenta. ¡Pero me doy cuenta! Conozco a mis clientes habituales. Sé lo que piden y sé cuánto dan de propina.

Kasey recordó la primera regla de la guarida de los ladrones: si se sospecha o se descubre, niega, niega, niega.

—Mira, Brenda, sé que no te agradaba desde el momento en que entré por la puerta. Y está bien. No es necesario que te agrade, pero eso no significa que tengas derecho a acusarme de cosas de las que no sé nada.

—¿Ves? —Brenda le dio un codazo a Jimmy—. Como dije, lo evade. ¿No vas a despedirla?

Jimmy cerró los ojos y se masajeó las sienes como si tuviera el peor dolor de cabeza del mundo.

Estuvo callado tanto tiempo que Kasey finalmente rompió el silencio y dijo—: ¿Me estás despidiendo, Jimmy?

Jimmy abrió los ojos.

—No estás siendo despedida. Estarás siendo vigilada. Si lo que dice Brenda es verdad, deja de hacerlo o serás despedida. Ahora vuelve al trabajo.

—Sí, señor.

—¿Dejar de hacerlo? —preguntó Brenda—. ¿Eso es todo?

—Como dije, la estaré vigilando —respondió Jimmy, luego miró hacia la puerta.

—Aquí viene la multitud de la madrugada. Será mejor que te pongas a trabajar también.

☆☆☆

De camino a casa, Kasey pasó por una zona cubierta de hierba donde las hojas otoñales se elevaban y formaban un círculo. Bien, se dijo a sí misma, y se puso las gafas. Allí estaba Ballora, girando más cerca que nunca. Claramente, no había forma de escapar de ella.

El mareo se apoderó de Kasey.

—¿Por qué? —gritó ella—. ¿Por qué sigues siguiéndome? —Varias personas se voltearon a mirarla como si estuviera loca. ¿Estaba loca? Ella ni siquiera estaba segura.

Esa noche, Kasey soñó que estaba sentada en un asiento de terciopelo rojo en un hermoso teatro con un techo abovedado dorado. El teatro

estaba vacío excepto por Kasey. Las luces se apagaron, enviando la habitación a la oscuridad, y la música orquestal aumentó.

Las luces se encendieron en el escenario y Ballora bailó de puntillas. Bailó hacia el lado izquierdo del escenario, y una enorme pancarta de salín púrpura y oro se desenrolló del techo. Estaba impresa en letras elegantes con la palabra MENTIROSA. Ballora se llevó las manos a las mejillas como asustada y luego levantó los brazos para hacer una larga pirueta. Bailó hacia el lado derecho del escenario, donde se desenrolló otra gran pancarta púrpura y dorada. Esta estaba impresa con la palabra LADRÓNA. Ballora se llevó las manos a las mejillas de nuevo, luego bailó hasta el centro del escenario, giró y miró directamente a Kasey. La señaló y una pancarta más se desplegó en el centro del escenario. Ésta decía: TÚ. Kasey se despertó jadeando, sudando frío. Se levantó, se puso algo de ropa, abrió de un tirón los cajones de la cómoda y metió el resto de la ropa en la mochila junto con la lata de café con el dinero que había ahorrado trabajando en el Royal Café. No podía volver allí. La habían descubierto.

Dejó un par de billetes en la mesita de noche para cubrir el resto del alquiler y luego caminó hacia la estación de autobuses.

El aire fresco la calmó un poco. Metió las manos en los bolsillos.

Allí estaban las gafas. Decidió echar un último vistazo. Esta vez, ella realmente estaba dejando atrás a Ballora. Con mano temblorosa, los sacó y se las puso.

Ballora estaba bailando a pocos metros de ella. Kasey podía ver cada bisagra, cada pequeño defecto en el trabajo de pintura. Si caminaba veinte pasos, las dos estarían lo suficientemente cerca como para tocarse. Kasey se estremeció y se quitó las gafas.

«Está bien, lo entiendo. Realmente no comencé de nuevo. Robé y mentí al respecto. Pero si puedo alejarme, alejarme de ella, realmente empezaré de nuevo. Seré una ciudadana modelo».

El próximo autobús que salía de la ciudad iba a Nashville. «Nashville. ¿Por qué no? Una nueva ciudad, un nuevo trabajo, un nuevo comienzo. De verdad esta vez».

Una vez que se acomodó en el autobús, Kasey se hundió en un sueño sin sueños.

☆☆☆

El Music City Motel, donde Kasey alquiló una habitación, tenía los mismos paneles baratos y la misma alfombra manchada que el motel de Memphis, pero costaba cinco dólares más la noche. Tumbada en el colchón lleno de bultos, mirando los anuncios de búsqueda en el periódico, Kasey se dijo a sí misma que necesitaba hacer una vida real. Necesitaba vivir en lugar de simplemente sobrevivir. Necesitaba un trabajo que pudiera darle algún tipo de futuro. Necesitaba hacer algunos amigos, ahorrar algo de dinero y conseguir ese pequeño apartamento con el que había soñado cuando era niña. Tal vez podría volver a la escuela por la noche y obtener su diploma. Y podría conseguir un perro. Ella todavía quería un perro.

Al examinar los anuncios de búsqueda, uno le llamó la atención:

NO SE REQUIERE EXPERIENCIA

OPORTUNIDADES PARA AVANZAR

Responda a las llamadas entrantes de una importante empresa minorista.

Debe poder comunicarse bien.

Debe poder trabajar en un entorno ajetreado y acelerado.

Comience con $12 dólares por hora con aumentos basados en el mérito.

Entrevistas abiertas lunes hasta el viernes, de 9:00 a. m. a 2:00 p. m.

Sonaba mejor que lavar los platos. Pero Kasey no tenía nada que ponerse para una entrevista de un trabajo de oficina. Recordó una clase de comunicación empresarial que había tomado en la escuela secundaria. El libro de texto tenía un capítulo completo sobre cómo vestirse y presentarse para una entrevista de trabajo. Los jeans rotos y descoloridos y las botas viejas reparadas con cinta adhesiva definitivamente no estaban en la lista de prendas aceptables.

Kasey sacó la lata de café de donde la había escondido en el cajón de la cómoda. Dejó todo su dinero en la cama y lo contó. $229,76.

Cuando apartó lo que tendría que pagar por la habitación y los pocos comestibles que compraría, eso la dejó con 44,76 dólares. Seguramente podría comprar algo para ponerse con eso.

Salió a pie en busca de una tienda. Supuso que las bonitas tiendas de ropa no estarían en este lado de la ciudad, con sus moteles baratos, casas de empeño y oficinas de fianzas. No quería gastar su escaso dinero en un viaje en autobús al centro comercial. Además, de todos modos, no podría pagar nada en una de las bonitas tiendas.

Después de una hora de caminar, le dolían los pies con sus botas maltratadas, encontró una tienda llamada Unique Fashions. En la ventana, maniquíes calvos, blancos y sin rostro modelaban coloridos vestidos. Seguramente una tienda en este vecindario no sería demasiado cara.

Kasey abrió la puerta y se sobresaltó un poco cuando sonó una campana. Pasó junto a un espejo que le llegaba hasta el suelo y se vio a sí misma como debía verse para otras personas: su ropa era vieja, holgada y mal ajustada, con su rostro cansado para su edad. No parecía pertenecer a esta tienda con sus luces brillantes y elegantes estantes de vestidos, blusas y faldas. Quizás debería irse.

—Dime si hay algo en lo que pueda ayudarte, cariño —dijo la mujer detrás del mostrador. Tenía alrededor de la edad de la madre de Kasey, vestía un vestido amarillo canario con una bufanda brillante y maquillaje perfectamente aplicado.

Kasey se preguntó si alguna vez se vería tan ordenada.

—No gracias —dijo.

Kasey hojeó los estantes de ropa, sin estar segura de qué sería lo mejor para una entrevista de trabajo, ni siquiera estaba segura de qué talla era. Finalmente, encontró un vestido carmesí salpicado de flores color crema. Recordó que una vez un chico lindo en la escuela secundaria le había dicho que el rojo era su color. Sabía que le quedaría bien.

La vendedora que había estado en la caja registradora apareció a su lado como por arte de magia.

—¿Quieres probártelo, cariño?

Kasey asintió.

—El problema es que no me he puesto un vestido durante tanto tiempo que ni siquiera sé qué talla soy.

La dama la miró de arriba abajo.

—Bueno, eres igual de pequeña como una niña. Probaría con un seis. —Kasey sonrió—. Ha pasado mucho tiempo desde que tenía seis años, ¡Fue hace unos tres niños!

—Apuesto a que todavía no tienes ninguno, ¿verdad?

—No, señora, todavía no. —Kasey se aferró al vestido y trató de imaginar un futuro con un trabajo estable, un lugar cómodo para vivir, tal vez incluso un esposo e hijos. ¿Podría ese tipo de vida estar en las cartas para alguien como ella? Era difícil siquiera imaginar cómo sería.

—Los probadores están allá —dijo la vendedora—. Sólo grita si necesitas algo.

—Gracias. —Kasey se encerró en una de las pequeñas habitaciones y se quitó las botas, la chaqueta, los jeans y la camiseta. Se pusó el vestido por la cabeza y se miró en el espejo. La vendedora tenía razón. Kasey era talla seis. El vestido le quedaba perfectamente, ni demasiado holgado ni demasiado ajustado, y el estampado carmesí y crema complementaba su tono de piel. Ella parecía respetable. Como una persona normal que va a una entrevista de trabajo habitual.

Excepto que se había olvidado de una cosa.

De pie frente al espejo, Kasey se miró los pies descalzos, que ciertamente no eran aceptables en un trabajo de oficina. No podía llevar botas maltrechas y encintadas con su bonito vestido nuevo. Había olvidado que necesitaría zapatos, y los zapatos eran caros.

Sintiéndose desanimada, se quitó el vestido y se puso su ropa vieja y raída. Sacó el vestido del probador.

Había una pequeña sección de zapatos en la parte trasera de la tienda. Pensó que también podría ver cuánto costaría un par. Había unos zapatos bronceados de aspecto decente de su talla a la venta por 21,97 dólares, pero tampoco podía pagar los zapatos y el vestido, incluso con el precio con descuento.

Desesperada, presa del pánico, Kasey miró alrededor de la tienda. No había cámaras de seguridad visibles y la vendedora estaba ocupada ayudando a otra clienta, una anciana probándose una chaqueta de traje rosa.

Esta sería la última vez, se prometió Kasey a sí misma. Sólo lo estaba haciendo para poder ir a la entrevista de trabajo. Enrolló el vestido lo más pequeño que pudo y lo metió en su mochila. Respiró hondo, agarró la caja de zapatos con los zapatos planos y se dirigió a la caja registradora. Cuando la vendedora vino a verla, dijo—: ¿Decidiste no comprar el vestido?

—Sólo esto por hoy —dijo Kasey, entregándole a la vendedora un billete de veinte y diez.

Al menos estaba pagando los zapatos y no robándolos también, pensó Kasey. Además, habría sido difícil meterlos en su bolso.

La vendedora le dio a Kasey su cambio, metió la caja de zapatos en una bolsa y se la entregó.

—Gracias, cariño. Espero que vuelvas pronto a vernos.

Cuando Kasey se acercó a la puerta principal, un zumbido horrible llenó la tienda. El estómago de Kasey se hizo un nudo de miedo. El vestido debía tener algún tipo del dispositivo antirrobo que activó la alarma. La habían atrapado. Nunca antes la habían atrapado.

—Espera un segundo, cariño —llamó la vendedora—. No debí haber escaneado esos zapatos correctamente.

Kasey estaba a punto de huir, pero afuera de la puerta principal de la tienda, cientos de hojas otoñales se arremolinaron furiosamente como un mini tornado.

Kasey no tuvo que ponerse las gafas para saber que Ballora estaba en el centro de la tempestad. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

Kasey sabía que si salía disparada por la puerta, chocaría directamente con Ballora.

Ella estaba atrapada. De una forma u otra, la atraparon. Al menos si se quedaba en la tienda, tendría alguna idea de cuáles serían las consecuencias.

Si se entregaba a Ballora, no tenía idea de lo que sucedería.

Seguía imaginando las uñas largas y afiladas de Ballora. Sus dientes.

El zumbido de la alarma lastimó sus oídos, haciéndole imposible pensar con claridad.

—¿Hay algún problema, Helen? —Otra mujer bien vestida, probablemente la directora, había salido de la parte trasera de la tienda.

En segundos, el gerente y la vendedora estaban al lado de Kasey.

—Déjame ver tu bolsa por un segundo —dijo la vendedora.

Kasey se lo entregó, esperando que no se dieran cuenta de lo fuerte que estaba temblando.

La vendedora le mostró el recibo al gerente.

—Mira, ella pagó por su compra.

El gerente miraba a Kasey como si pudiera ver todas las fechorías que Kasey había cometido.

—Creo que será mejor que revisemos su mochila también. —Se dirigió hacia Kasey—. Señorita, necesitamos que abra su mochila y nos deje mirar adentro. Si todo está bien, podrá ir con nuestras disculpas por las molestias.

Kasey miró hacia afuera. Las hojas se arremolinaban más cerca y más fuerte, golpeando contra el vidrio de la puerta.

Ella tragó saliva. No había elección.

Kasey abrió su mochila. El carmesí del vestido metido dentro era tan brillante como la sangre.

—¡Ese es el vestido que se probó! —dijo la vendedora. Ella sonaba como si el robo de Kasey fue una traición personal.

El gerente agarró a Kasey del brazo.

—Bueno, eso es todo. No tengo más remedio que llamar a la policía.

Kasey miró hacia afuera, a los remolinos de hojas, luego volvió a mirar los rostros severos de las dos mujeres. Sus ojos se llenaron de lágrimas, lo cual era extraño porque Kasey no recordaba la última vez que había

llorado. Pero ahora lloraba por todas las cosas que había perdido, por todas las cosas malas que había hecho y todas las cosas buenas que nunca había experimentado.

—Por favor —dijo Kasey, sollozando—. No llame a la policía. Yo… necesito el vestido y los zapatos para una entrevista de trabajo, pero no tenía suficiente dinero para los dos.

—¿Entonces pensaste que robar el vestido era una buena solución a ese problema? —El gerente todavía sostenía a Kasey del brazo.

—Sabía que no era una buena solución —dijo Kasey entre lágrimas—. Fue la única solución que se me ocurrió. Lo siento mucho. —¿De dónde venían todas estas lágrimas? Era como si fuera una cascada humana.

—Tengo una solución. —Una voz vino de detrás de ellos. Era la anciana a la que la vendedora había estado ayudando antes. Su cabello estaba perfectamente peinado y vestía elegantemente con un traje pantalón color crema—. Le compraré el vestido a la señorita.

—Señora Templeton, no podríamos dejar que hicieras eso —dijo el gerente.

—Por supuesto que puede —dijo la Sra. Templeton—. Gasto mucho dinero en esta tienda. Soy un buen cliente y el cliente siempre tiene la razón. Sonrió al gerente y a la vendedora—. ¿Verdad?

—Bien —dijo el gerente, pero sonaba reacio.

—Bien. —La Sra. Templeton abrió su bolso y sacó su billetera.

—Ahora no es necesario llamar a la policía, y esta joven puede ir a su entrevista de trabajo.

—¿Qué pasa si no hay una entrevista de trabajo? —dijo el gerente—. ¿Y si ella es mintiendo?

La Sra. Templeton miró a Kasey de arriba abajo.

—Bueno, ese es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Pero creo que está diciendo la verdad. Tiene un rostro honesto. Simplemente estaba en una situación desesperada y no usó su mejor juicio.

—Gracias —dijo Kasey, las lágrimas aún fluían—. Le devolveré el dinero cuando pueda.

—Disparates. —La Sra. Templeton rechazó la oferta de Kasey—. Simplemente ayuda a alguien más cuando lo necesite.

Kasey salió de la tienda entre las hojas arremolinadas.

Mientras caminaba por la calle, todavía lloraba y atraía miradas preocupadas de los transeúntes. No podía explicarlo, pero sentía que estaba cambiando, como si algo duro dentro de ella se ablandara y se rompiera.

Se detuvo en un parque para descansar unos minutos. Estaba cansada de tanto caminar, de todo el estrés y el miedo. Se sentó en un banco y su mano se metió en el bolsillo para coger las gafas antes de saber siquiera lo que estaba haciendo. ¿Había perdido a Ballora después de que la mujer de la tienda había arreglado las cosas?

No. Ella estaba ahí.

Ballora se paró frente a ella y giró, a sólo un poco más de la distancia de un brazo. Pareció mirar a Kasey con sus ojos azules en blanco, y luego giró y giró, creando una brisa que Kasey podía sentir en su rostro. Ella estaba lo suficientemente cerca para tocarla.

—¿Por qué? —gritó Kasey—. ¿Por qué no puedo deshacerme de ti? —Se metió las gafas en el bolsillo y echó a correr. Se escapó de Ballora a pesar de que en su corazón sabía que Ballora estaba allí con ella. Corrió al Music City Motel y cerró la puerta detrás de ella, jadeando.

Las palabras de la anciana en la estación de autobuses le volvieron de repente a su mente: *«A veces, cuando intentas huir de tus problemas, esos problemas terminan siguiéndote».*

Rascar, rascar. El sonido venía de la ventana. Kasey corrió la cortina y no vio nada. Luego se puso las gafas. Ballora estaba pegada a la ventana. Su rostro, bonito desde la distancia, era aterrador de cerca, dividido por la mitad, con una boca roja abierta y ojos brillantes, ojos que Kasey pensó que veían directamente en su alma. Las largas uñas pintadas de azul de Ballora rasparon el cristal con un horrible chirrido metálico. Kasey se apartó de la ventana.

—Está bien, Ballora. Por favor. Déjame ir primero a esta entrevista de trabajo. Sé lo que tengo que hacer.

Ballora no dijo nada, sólo observó con sus brillantes ojos azules.

Kasey se sentó en la cama y buscó en su mochila hasta que encontró lo que estaba buscando: la licencia de conducir de la mujer cuyo bolso había robado afuera de Circus Baby's Pizza World.

☆☆☆

Sarah Avery. Ese era el nombre en la licencia de conducir. Y aquí, donde Kasey estaba parada con su nuevo vestido carmesí y zapatos planos color canela, estaba la dirección de Sarah Avery. Era una casa suburbana de dos niveles, no demasiado elegante, pero mucho más agradable que cualquier otro lugar en el que Kasey hubiera vivido.

No había sido fácil llegar aquí sin tarifa de autobús, pero finalmente Kasey conoció a un conductor de camión de largo recorrido que se dirigía hacia aquí y estaba dispuesto a dejarla viajar. Kasey se había puesto las gafas una vez durante el viaje y había visto la cara de Ballora presionada contra la ventana del lado del pasajero, todavía mirándola.

Mientras Kasey estaba de pie en la pasarela frente a la casa, reuniendo el coraje para ir y tocar el timbre, las hojas otoñales se arremolinaban a su alrededor. No se puso las gafas, pero sintió a Ballora detrás de ella, compartiendo el espacio en el ojo del pequeño tornado. Ballora estaba lo suficientemente cerca para tocarla, esperando a que Kasey tuviera los nervios de punta.

Kasey respiró hondo, se acercó a la puerta y tocó el timbre. Las hojas volaron junto a ella con un zumbido gigante, y sintió una repentina y desconocida sensación de calma y paz.

Una mujer de cabello castaño abrió la puerta. Llevaba pantalones deportivos y una camiseta de una carrera de 5 km con fines benéficos.

—¿Hola? —dijo, sonando un poco perpleja.

—Hola. —La voz de Kasey tembló—. No me conoce, y esto es realmente incómodo. Uh… ¿recuerda esa vez hace un par de meses cuando le robaron el bolso afuera de Circus Baby's Pizza World?

—Por supuesto. Fue terrible. Nadie olvida algo así. —Frunció el ceño y miró a Kasey—. ¿Eres… una policía?

Estaba tan desviada que Kasey no pudo evitar sonreír.

—No, en realidad, soy la ladrona que robó su bolso. Ex-ladrona, eso.

La mujer se quedó boquiabierta.

—¿Tú? Pero te ves tan bien… ¿Por qué viniste aquí?

—Vine porque quería darle esto. —Sacó la billetera de Sarah de su mochila—. Estoy segura de que ya ha reemplazado su licencia, pero la anterior está ahí. También hay veinte dólares allí, mi primera cuota para devolver lo que te quité. Tengo un trabajo ahora. Empiezo el lunes. Le enviaré más dinero después de recibir mi primer cheque de pago.

Sarah tomó la billetera.

—Esto es increíble. ¿Qué te hizo decidir hacer esto?

Kasey pensó en Ballora girando salvajemente.

—Supongo que alguien finalmente me asustó para que hiciera lo correcto. He cambiado. Quiero decir, todavía estoy cambiando. Y quería decir que lo siento y preguntar si alguna vez podría perdonarme.

—Por supuesto que puedo. Tan poca gente admite que ha hecho mal. Es reconfortante recibir una disculpa real. Considérate perdonada. De hecho, sólo estaba haciendo un poco de té. ¿Te gustaría entrar y tomar una taza conmigo?

—¿Yo? —preguntó Kasey, como si Sarah pudiera estar hablando con alguien más—. ¿No tienes miedo de que robe en su casa o algo así?

—De hecho, no. Adelante.

Sarah mantuvo la puerta abierta y Kasey entró en la casa luminosa y soleada. Un gran perro marrón la saludó moviendo la cola.

En la cocina, la niña que Kasey recordaba de esa noche estaba sentada a la mesa coloreando un dibujo con crayones. Primero miró a Kasey, luego a su mamá.

—Mami, ¿conocemos a esta señorita? —preguntó ella.

—No, cariño, pero la estamos conociendo —le respondió Sarah, vertiendo agua caliente en tazas para el té.

Kasey sonrió. De alguna manera, sintió que se estaba conociendo a sí misma.

—Soy Kasey —le dijo a la niña.

—Soy Isabella —dijo la niña. Sus ojos eran grandes y azules, pero brillantes y vivos, no en blanco como los de Ballora.

—Isabella, creo que tengo algo que te pertenece —dijo Kasey.

Isabella saltó de su silla.

—¿Qué es? —Kasey metió la mano en su bolso, sacó las gafas de cartón y las sostuvo frente a Isabella.

Los grandes ojos azules de Isabella se abrieron aún más. ¡Son mis gafas Ballora! ¡Son mis gafas Ballora las que me robaron, mami!

Sarah puso dos tazas de té y una taza de jugo sobre la mesa.

—Estás en lo correcto. Dale a Kasey gracias por devolverlas.

—Gracias por devolver mis gafas, Kasey —dijo Isabella, sonriéndole.

Kasey le devolvió la sonrisa.

—No hay de qué. —Kasey sabía que ya no las necesitaba. Y además, realmente siempre habían pertenecido a Isabella.

Isabella se puso las gafas y dejó escapar un pequeño grito de sorpresa.

—¡Ahí está ella! —dijo Isabella. La niña se quedó quieta un momento con las gafas puestas y la boca abierta de asombro. Y luego empezó a bailar.

REGRESANDO A CASA

Susie escuchó el crujido de la grava bajo los neumáticos de la vieja minivan de su familia mientras su madre maniobraba para pasar junto a Oliver, el gran roble frente a su casa. Susie fue quien nombró a Oliver. Su hermana, Samantha, pensó que nombrar un árbol era una estupidez. Sus padres dijeron que normalmente no se hacía, pero eso no significaba que no pudiera hacerlo. Entonces ella lo hizo.

Oliver era realmente grande. El padre de Susie dijo que Oliver era mayor que su casa, y eso era muy viejo. La tatarabuela de la mamá de Susie había nacido en esta casa hace más de 150 años, y para entonces Oliver ya estaba allí.

—Tan pronto como tengamos los comestibles guardados —dijo la mamá de Susie —empezaré con la cena—. Habló lentamente, con espacios extraños entre algunas de sus palabras.

Susie pensó que sonaba como si alguien estuviera tratando de evitar que su mamá hablara y su mamá estaba trabajando muy duro para hablar de todos modos.

Susie pensaba en las voces como colores. Su madre solía ser de color naranja brillante.

Ahora era de un marrón opaco. Había sido este nuevo color durante mucho tiempo. Susie extrañaba el color antiguo.

—¿Suenan bien los espaguetis? —preguntó la mamá de Susie con la misma voz inquietante.

Susie no respondió a la pregunta porque no le importaba la cena y sabía que a Samantha le importaría. Samantha se preocupaba por todo; le gustaba ser la jefa.

—Creo que deberíamos comer esos fideos curlicue en su lugar —dijo Samantha.

Susie sonrió. ¿Ves?

La voz de Samantha también había cambiado de color. Nunca había sido brillante, su voz solía ser una especie de azul pálido, pero ahora era gris.

Susie se volteó y apretó la nariz contra la ventana lateral de la minivan para poder ver a Oliver con más claridad. Frunció el ceño. Oliver parecía triste, incluso más de lo que solía estar en esta época del año. Esparcidas en una corona irregular alrededor de la base de su tronco grueso y nudoso, hojas de color amarillo pálido y rojo opaco revoloteaban sobre sus raíces expuestas en la brisa de la tarde. Más de la mitad de las ramas de Oliver estaban desnudas, incluida la rama gruesa que suspendía el columpio de Susie. El resto de las ramas que se sostienen tenían hojas del mismo color que las que yacían en el suelo.

Oliver siempre perdía todas sus hojas en otoño. Tres años antes, cuando Susie tenía cuatro años y Samantha tres, Susie se molestó mucho por las hojas que caían del roble. Le dijo a su mamá que el árbol estaba llorando. Y si el árbol lloraba, se sentía mal, y si se sentía así, necesitaba un nombre. Fue entonces cuando lo llamó Oliver. Samantha, aunque era un año más joven, dijo que nombrar un árbol era "frívolo". Frívolo fue una palabra que aprendió de Jeanie, su madrina. A Samantha le gustaba aprender palabras. Le gustaba aprender, y punto. No le gustaban las cosas frívolas como a Susie.

La mamá de Susie explicó que Oliver no estaba llorando cuando perdió las hojas. Se estaba preparando para el invierno. Tenía que soltar las hojas para poder alimentar su tronco durante los meses fríos. Luego, después de los meses fríos, le crecían hojas nuevas.

—Tiene que soltarse antes de poder volver a crecer. Todos tenemos que hacer eso a veces.

Susie entendió esto, pero todavía pensaba que Oliver estaba triste. Lo único que la hacía sentir bien con las hojas que caían eran sus hermosos colores. Normalmente, las hojas que caían de Oliver eran de color amarillo dorado y rojo brillante.

Mientras la madre de Susie tiraba de la minivan por un lado de la casa, Susie se movió para mirar a Oliver. Sus hojas se veían diferentes este año. Más apagadas y secas.

Susie se preguntó si tendría algo que ver con los elfos que vivían en su tronco. Ella sonrió. Sabía que Oliver no tenía elfos en su tronco; ella sólo estaba siendo tonta. Pero una vez le dijo a Samantha que sí, sólo para molestarla.

Tan pronto como la minivan se detuvo en las escaleras a la izquierda del porche envolvente, Samantha se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta.

Samantha siempre tenía prisa.

La mamá de Susie no se movió, incluso después de apagar el motor. Hacía mucho esto, había notado Susie. Su madre se quedaba atascada, como si fuera un juguete de cuerda que no se enrolla lo suficiente. Simplemente se detenía en medio de hacer algo y miraba a lo lejos. Asustaba a Susie, porque no estaba segura de sí su mamá todavía estaba allí. Parecía que sí, pero se sentía como si hubiera dejado su cuerpo atrás, una especie de marcador para mantener su lugar mientras sus pensamientos llevaban el resto de ella a otro lugar.

El motor del coche hizo tictac un par de veces antes de quedarse en silencio. Susie olió las cebollas en una de las bolsas de la compra en la parte trasera de la minivan. Ella también olió algo más. No, no olía. No era su nariz lo que le dijo que algo estaba en el aire. Fue… ¿qué? ¿Sus otros sentidos? ¿Qué sentidos?

Jeanie le dijo una vez a Susie que ella era especial, que Susie tenía una habilidad que la mayoría de los demás no tenían. Estaba "conectada", dijo Jeanie. Susie no tenía idea de lo que eso significaba, pero le gustaba cómo sonaba. Jeanie dijo que esa era la razón por la que Susie sentía cosas que otras personas no sentían. En ese momento, Susie sentía que algo andaba mal. Ese algo era como un olor, como el olor de algo… ¿pudriéndose? ¿Se está volviendo rancio? Susie no estaba segura.

Susie quería decir algo para que su madre se moviera de nuevo, pero luego notó que Samantha estaba parada junto a la minivan, mirando por la ventana de Susie. Samantha tenía esa expresión en su rostro, la mirada que solía usar últimamente. Susie no entendía la mirada. Estaba en parte enojada, en parte triste y en parte asustada.

La mamá de Susie finalmente se movió. Suspirando, negó con la cabeza y sacó las llaves del encendido. Cogió su bolso y abrió la puerta.

—Necesitamos llevar estos comestibles adentro. Podría llover.

Susie miró a través del parabrisas hacia las nubes grises que colgaban más allá del empinado techo verde de la vieja casa. Las nubes eran pesadas y oscuras.

☆☆☆

La casa grande tenía mucho espacio, así que Susie y Samantha tenían cada una su propia habitación. Sin embargo, a Susie le gustaba pasar el rato en la habitación de Samantha. Pensaba que Samantha preferiría que no lo hiciera, pero aunque a Samantha le gustaba mandar a la gente, no era mala. A ella y a Susie les gustaba que la gente fuera feliz. Entonces, como a Susie le gustaba jugar en la habitación de Samantha, Samantha la dejaba.

Sin embargo, Samantha no era tan buena compartiendo otras cosas. Como juguetes. Ella insistía en que Susie y ella jugaran con sus propios juguetes.

Susie siempre deseó que ella y Samantha pudieran hacer cosas juntas, no sólo estar una al lado de la otra. Cuando Susie consiguió su genial juego de hornear para Navidad hace un par de años, el que tiene todos los alimentos de plástico divertidos y las ollas y sartenes y el delantal rosa fuerte, quería jugar al restaurante con Samantha. Pero Samantha no lo hizo. Ella insistió en jugar en su lugar con su propio kit de construcción. Incluso si ambas estaban jugando con muñecas, Samantha quería mantener sus muñecas separadas.

Como ahora. Susie se sentó en la gruesa alfombra azul que yacía en el suelo junto a la gran cama de Samantha. La alfombra hacía juego con las cortinas de la ventana que miraba a Oliver. Susie lo miró. Parecía que se le habían caído algunas hojas más. Las que le quedaban colgaban sin fuerzas a la tenue luz gris del atardecer.

Frente a ella, las muñecas de Susie estaban dispuestas en bloques dispuestos en semicírculo. Era un coro, y ella los iba a dirigir, pero primero tenía que asegurarse de que todos estuvieran en el lugar correcto. Movió las muñecas, decidiendo quién cantaría qué parte de la canción, tarareando mientras lo hacía.

Normalmente no tarareaba, su madre lo hacía. Pero no había oído a su madre tararear en mucho tiempo.

En el lado opuesto de la alfombra, Samantha tenía sus propias muñecas encaramadas frente a cajas. Las cajas eran "estaciones de trabajo", dijo Samantha. Susie no estaba segura de sí las muñecas estaban en la escuela o en el trabajo. De cualquier manera, estaba bastante claro que las muñecas de Samantha no se divertirían tanto como las de Susie. ¿Samantha también veía eso? Tal vez por eso seguía mirando las muñecas y los bloques de Susie.

Susie cruzó las piernas y miró a su alrededor. La habitación de Samantha estaba muy organizada, con contenedores de lona azul claro apilados cuidadosamente en estantes blancos, un gran escritorio blanco con una lámpara de escritorio de metal súper brillante, la gran cama con su simple marco de metal y sus cuadros azules y blancos perfectamente hechos, colcha, las dos ordenadas mesitas de noche blancas con sus pequeñas lámparas azules, y el asiento de la ventana cubierto con su sencillo y fino cojín azul. La habitación de Susie, que podía ver a través de una puerta comunicante, estaba llena de color y caos. También tenía un asiento junto a la ventana, grueso, con mechones y cubierto de terciopelo púrpura. Estaba lleno de almohadas con flores. Sus estantes de color púrpura no tenían contenedores. Susie odiaba los contenedores. Le gustaba ver sus juguetes, libros y animales de peluche porque la hacían sentir feliz. Todos se quedaban al aire libre en los estantes, como si estuvieran celebrando una gran fiesta.

Samantha volvió a mirar las muñecas de Susie. Apretó los labios con tanta fuerza que hizo que la piel alrededor de su boca se frunciera. La expresión la hacía parecer un perro pequinés enojado. Uno de esos perros solía vivir en la casa de al lado y la primera vez que Susie lo vio se rio porque le recordaba a Samantha.

Susie se preguntó si alguna vez se parecería a un perro. Ella no lo creía. A pesar de que ella y Samantha tenían un cabello similar y básicamente los mismos ojos, no se veían iguales. El cabello castaño claro de Susie le caía por la cara; El de Samantha estaba apretado en una cola de caballo. Susie parecía salvaje y traviesa, y Samantha parecía una buena chica. Los ojos marrones de Susie generalmente estaban muy abiertos, mientras que los de Samantha a menudo entrecerraban los ojos, por lo que Susie parecía

ansiosa y Samantha parecía cautelosa. Susie tenía una nariz y una boca más pequeñas y por lo general se le llamaba linda. Samantha tenía la nariz y la boca más grandes de su padre, y Susie una vez escuchó a su abuela decir sobre Samantha:

—Ella crecerá en su apariencia y se convertirá en una mujer hermosa.

Samantha volvió a mirar las muñecas de Susie antes de reorganizar las suyas propias para colocarlas en sus "estaciones". Pobres cosas. Cuando Samantha terminara con sus muñecas, tendrían que volver a sus contenedores.

—¿Tus muñecas quieren estar en mi coro? —preguntó Susie.

Samantha no respondió.

Susie resopló. Ella arrugó la nariz. El aire olía a salsa de espagueti y pan de ajo. También tenía ese otro olor, el que ella no entendía.

Pues bien. No necesitaba las muñecas de Samantha para tener un buen coro.

Haciendo un último ajuste, Susie tomó una regla y la golpeó en el bloque que había colocado frente a sus muñecas. Luego comenzó a agitar la regla de un lado a otro de la forma en que había visto a los directores hacerlo.

Antes de que Susie pasara por tres olas, Samantha de repente se levantó y pateó las muñecas de Susie de sus bloques. Luego también pateó los bloques. Todas las muñecas y los bloques cayeron sobre la alfombra mullida y chocaron contra el suelo de madera oscura más allá. Susie hizo una mueca. Ahora tendría que montar un hospital con los bloques y curar a sus muñecas.

Samantha miró a Susie antes de salir corriendo de la habitación. Susie pensó en gritarle, pero pelear con Samantha nunca llegaba nada. Había aprendido que era mejor estar callada y dejar que las cosas pasaran.

Aun así… La mamá de Susie apareció en la puerta. Alta y delgada con cabello castaño oscuro, la mamá de Susie solía verse como si pudiera ser modelo. Susie recordó cuando el cabello de su madre era realmente brillante y elástico, cuando los grandes ojos de su madre siempre estaban maquillados con largas pestañas postizas y su boca ancha siempre estaba pintada con un atrevido lápiz labial rojo. Ahora, su mamá no usaba

maquillaje y parecía cansada. Vestida con jeans descoloridos y una camiseta azul arrugada, la mamá de Susie miró los juguetes en la alfombra.

Susie se levantó y se acercó a ella.

—¿Mamá? —Su madre seguía mirando los juguetes—. ¿Estás bien? —Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas y Susie sintió como si alguien le apretara el corazón—. Siento que algo anda mal —le dijo a su mamá—. Sucedió algo malo, pero no sé qué es.

Susie realmente quería que su mamá le dijera que todo estaba bien, pero su mamá se tapó la boca con la mano y dejó que las lágrimas le cayeran por los ojos. Susie sabía que su madre no respondería ahora. A ella nunca le gustaba hablar cuando lloraba. ¿Y no eran las lágrimas una respuesta de todos modos?

Normalmente, después de la cena, su mamá iba al tercer piso y trabajaba.

Ella tenía un gran estudio allí porque era una artista textil, hacía grandes edredones modernos y mantas tejidas que la gente nunca usaba en sus camas. Las mantas de su mamá estaban colgadas en las paredes, lo que Susie pensó que era extraño, pero a su mamá le gustaba hacerlas y, según su mamá, las bonitas mantas "pagaban las cuentas". Lo cual era algo bueno, porque papá ya no estaba aquí. Susie no entendió por qué se fue. Pero se fue. ¿Eso era lo malo?

Susie envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas. No. Ella no lo creía. Ella pensó que era otra cosa.

Se preguntó si debería intentar abrazar a su mamá. Probablemente no. A su madre no le gustaba que la abrazaran cuando lloraba.

Susie se quedó allí parada, esperando que su mamá se detuviera para que pudieran hablar.

Pero su mamá no dejó de llorar. Ella simplemente se apartó de la jamba de la puerta y caminó por el pasillo silencioso.

☆☆☆

Samantha estaba afuera, deambulando por el patio delantero y haciendo burbujas. Cualquiera que la viera pensaría que se estaba divirtiendo, pero

Susie sabía que Samantha no hacía burbujas para divertirse. Lo hacía para estudiar las corrientes de aire.

Susie sabía que era mejor no preguntar si ella también podía hacer burbujas. Samantha diría que no; estropearía su "investigación".

Pero Susie quería estar cerca de su hermana, así que se acercó a Oliver, le dio unas palmaditas en su tronco áspero y húmedo y se metió en el columpio negro descolorido.

Empujándose desde el suelo, puso en marcha el columpio, luego echó la cabeza hacia atrás para mirar hacia el cielo sombrío mientras el columpio giraba en un círculo perezoso.

El aire de la tarde era frío, pero no demasiado frío, y tenía ese olor otoñal que Susie había oído a otros describir como fresco. No sabía a qué olía "fresco". Pensó que el aire otoñal era un olor de dos caras: agrio y almizclado al mismo tiempo. Y, por supuesto, el aire otoñal alrededor de su casa todavía tenía ese otro olor que no le gustaba.

Susie cerró los ojos y refrescó su giro. Podía oír a Samantha trotando por el patio; Las hojas secas de Oliver crujieron bajo sus pies.

Entonces Susie escuchó voces. Abrió los ojos y se volteó para poder ver la acera.

Hace mucho tiempo, su casa era una granja que se encontraba en medio de una gran cantidad de tierra. Pero a medida que pasaron los años y todas esas bisabuelas pasaron de ser niñas a ancianas, la familia tuvo que vender parte de la tierra, así dijo la mamá de Susie. Finalmente, la abuela de Susie vendió lo último del terreno a alguien llamado "urbanizador", y el urbanizador construyó una gran subdivisión que rodeaba la casa. Las casas nuevas se construyeron para parecerse un poco a la antigua granja; la madre de Susie dijo que todas eran victorianas. Pero las casas nuevas no tenían la personalidad de la casa antigua. Las nuevas estaban todas en colores serios como gris, bronceado y crema. La casa de Susie tenía muchos colores divertidos. Principalmente era amarilla, pero el ribete, y había muchos ribetes, era morado, azul, rosa, gris, naranja y blanco. La mamá de Susie llamó al adorno "pan de jengibre", lo que no tenía sentido para Susie porque el adorno no estaba hecho de galletas… aunque deseaba que lo fuera. Susie siempre pensó que parecía que su casa estaba bien

vestida para salir, y las otras casas usaban ropa de trabajo de todos los días todo el tiempo.

La acera frente a las casas nuevas era amplia y estaba más cerca de la casa de lo que la mamá de Susie quería. A Susie no le importaba eso. Le gustaba ver pasar a la gente, especialmente desde el columpio de los neumáticos. Un gran seto de laureles a lo largo de la parte delantera de su jardín bloqueaba la vista de la parte inferior del tronco de Oliver y el columpio de los neumáticos. A Susie le gustaba quedarse allí y jugar a "espiar", mirando a la gente a través del seto sin que se dieran cuenta de que ella estaba allí.

El grupo que pasaba ahora era de cinco Estaba bastante segura de que estaban en la clase de Samantha. Había tres chicas, caminaban en bicicleta. Un cuarto chico, un chico alto, estaba jugando en una patineta, y el último, un chico más pequeño, estaba en una scooter. No parecía que supiera exactamente cómo usarlo.

—Date prisa, Drew —le espetó una de las chicas al chico.

Era rubio y tenía el pelo recogido por toda la cabeza.

—Sí —dijo otra de las chicas. Ambas chicas tenían cabello oscuro y vestían jeans y sudaderas con capucha azules—. Este lugar es espeluznante.

Susie redujo la velocidad del giro de los neumáticos y escuchó a los chicos. ¿Escalofriante? ¿Ellos también sintieron esa cosa que Susie no entendió?

—¡Hola, profesora! —gritó la tercera chica. Esta chica tenía el pelo rojizo y su chaqueta de cuero negro colgaba abierta para mostrar una camisa rosa claro debajo.

Susie sabía que la "profesora" era Samantha. Incluso si la palabra no se había dicho en un tono sarcástico, Susie sabía que se suponía que era un insulto. Desde que Samantha comenzó la escuela primaria, sus compañeros de clase se habían burlado de ella por ser demasiado seria. Susie odiaba que hicieran eso, y la primera vez que sucedió, trató de defender a Samantha.

—¿Qué hay de malo en ser inteligente? —les gritó a las personas burlándose de su hermana—. ¡Están celosos de que ella sepa más que ustedes!

Susie había pensado que Samantha agradecería este apoyo, pero

Samantha se molestó.

—No necesito que me cuides —le dijo a Susie—. Tengo que estar de pie sobre mis propios pies.

Susie sabía que Samantha había sacado esa expresión de su abuela, pero no discutió. Y nunca más intentó detener a nadie de sus burlas.

Así que no habló ahora cuando una de las chicas gritó—: ¡Fenómeno!

—Vamos, Drew —le dijo el chico de la patineta al chico del scooter.

—Odio pasar por esta casa —dijo la chica de la chaqueta de cuero.

—Sí —asintió una de las otras chicas, temblando.

La tercera chica dijo—: Solía jugar con ella cuando estaba en el jardín de infancia. Siempre hablaba en serio —señaló a Samantha— pero al menos hablaba. Ahora es como si estuviera… —Se encogió de hombros—. No sé.

Los jóvenes habían pasado la casa, pero Susie se volteó para mirarlos y siguió escuchando.

—Realmente no puedes culparla —dijo un chico.

—Vamos, Drew —dijo la chica de la chaqueta de cuero—. Vamos a pasar, ¿eh?

☆☆☆

Cuando llegó la noche, cayó sobre la casa como si alguien en el cielo arrojara abruptamente una manta negra sobre todo. Las chicas se prepararon para irse a la cama como de costumbre y, como de costumbre, Samantha no protestó cuando Susie se metió en la cama.

Sabía que Susie odiaba dormir sola.

Aun así, Samantha siempre dormía de espaldas a Susie, y siempre dormía lo más lejos posible de ella, especialmente ahora. Susie miró hacia la ventana. Aunque la ventana tenía una sombra, nunca se abrió. La mamá de Susie dijo que la casa debería tener la mayor cantidad de luz posible: luz del sol o de la luna.

A Susie le gustaba estar despierta y mirar la forma en que la luz de la luna daba vida a las cosas en la habitación. El espeluznante resplandor proyectaba sombras sobre los contenedores de Samantha, haciéndolos parecer como grandes bocas tratando de devorar la luna. También le gustaba mirar las estrellas y nombrarlas.

Esta noche, las estrellas se estaban escondiendo, y sólo el más leve destello de la astilla de la luna logró atravesar las nubes. La única luz que entraba en la habitación llegaba tenuemente desde las luces del porche sobre las puertas delantera y trasera.

La habitación estaba fría y el frío molestaba a Samantha más que a Susie. Así que las chicas se acostaron bajo dos mantas gruesas y suaves. Susie apartó las mantas de su boca.

—¿Estás despierta? —le preguntó Susie a su hermana. Mantuvo su voz en un susurro.

Samantha no respondió. Eso no era inusual. No le gustaba hablar de noche. Pero eso no detuvo a Susie.

—Sigo teniendo ese mal presentimiento, como si algo estuviera mal —susurró Susie. Ella no esperó una respuesta—. El mundo huele raro. —Torció la boca, tratando de describir el olor—. Me recuerda un poco a cuando dejamos las sobras en un recipiente demasiado tiempo y luego mamá nos dice que las limpiemos y tenemos que taparnos la nariz y hablar así. —Se tapó la nariz y habló con la voz divertida que resultó. Ella se rio de sí misma.

Samantha permaneció en silencio. Nunca pensó que las voces divertidas de Susie fueran tan divertidas. Y tal vez ella estaba realmente dormida. Susie se quedó quieta para que las suaves sábanas azules de Samantha no hicieran ese sonido de silencio que hacían cuando te movías en la cama. Se centró en la respiración de Samantha. Era profunda y uniforme.

Susie jaló las piernas con más fuerza y apoyó la cabeza más en la almohada.

—Y las hojas de Oliver no son del color correcto. No son lo suficientemente brillantes.

Samantha respiró… inhalaba y exhalaba.

—Y mamá está actuando de manera extraña. ¿Sabes?

Samantha no respondió.

Susie suspiró. Cerró los ojos y trató de dormir.

☆☆☆

Golpe.

Los ojos de Susie se abrieron de golpe.

¿Se había quedado dormida? ¿Soñó con ese sonido amortiguado que acaba de escuchar?

Permaneció perfectamente quieta, escuchando.

Golpe… golpe… golpe.

No, ella no lo soñó. Alguien… o algo… caminaba por el porche. El sonido era el de un gran pie golpeando las tablas de madera.

Susie se sentó, agarrando las suaves sábanas y las suaves mantas blancas de Samantha.

Ella ladeó la cabeza para escuchar con atención. Fue entonces cuando escuchó los golpes entre los golpes.

Golpe… golpe… golpe… golpe… golpe.

Susie no se movió, pero de repente Samantha se sentó. Inmediatamente pasó las piernas por el borde de la cama, pero no se puso de pie. Ella simplemente se sentó allí, con la espalda rígida.

—Tú también lo escuchaste —susurró Susie.

Samantha no respondió, por lo que Susie decidió que tenía que hacer algo por su cuenta. Se obligó a soltar las mantas y luego dejó caer las

piernas fuera de la cama. Ignoró el aire frío que golpeaba sus tobillos, salió de la habitación y bajó las escaleras hacia la cocina.

Susie se detuvo junto a la isla y miró el destello amarillo pálido que se colaba por la ventana de la cocina. Irradiaba de la luz del porche sobre la puerta trasera.

El reloj digital sobre la estufa brillaba en rojo en la habitación oscura: 11:50.

El frigorífico zumbaba. El grifo goteaba. Susie sabía que había goteado durante bastante tiempo: un goteo cada diez segundos.

Esperó durante dos goteos mientras escuchaba la secuencia de golpes continuos afuera en el porche. Cuando los sonidos se desvanecieron lo suficiente como para hacerle pensar que lo que sea que estaba haciendo el sonido estaba en el lado opuesto de la casa, fue a la puerta trasera, respiró hondo y la abrió.

En ese momento, Samantha extendió la mano por encima del hombro de Susie y cerró la puerta de golpe.

Susie se dirigió hacia su hermana. Los ojos de Samantha eran enormes. Tenía los labios comprimidos. Y por primera vez desde que le dio las buenas noches a su madre, Samantha habló—: No hay nada ahí fuera. Regresa a la cama. —Se volvió y salió de la cocina, dejando muy claro que se suponía que Susie la seguiría.

☆☆☆

La voz de Jeanie era tan cálida y fuerte que, aunque llegaba a través de la línea telefónica, sonó como si estuviera en la habitación.

—Eres más que la mamá de Susie, Patricia —dijo.

Patricia se llevó el teléfono a la oreja con una mano mientras se cepillaba el cabello lacio con la otra. Se sentó en el borde de la cama tamaño king, la cama que era demasiado grande para ella sola. Pero había sido demasiado pequeña para ella y su esposo. Por eso tuvo que irse… para que pudieran dejar de entrometerse en el espacio del otro. Aunque nunca le quedó claro por qué habían necesitado todo ese espacio.

—Y más que la mamá de Samantha —continuó Jeanie—. Eres tú, y te encontrarás a ti misma de nuevo. Finalmente.

Patricia suspiró.

—Samantha no me habla, excepto para darme órdenes.

Jeanie se rio.

—Ella es su propia mujer.

Patricia no estaba segura de sí reír o llorar por eso. La idea de que su hija de ocho años actuara como una mujer era divertida. Pero la idea de que su hija se hubiera visto obligada a convertirse en una mujer diminuta no era nada divertida.

—Se pondrá mejor —dijo Jeanie—. Siempre lo hace.

Patricia asintió con la cabeza a pesar de que Jeanie no podía verla. Jeanie sabría que había asentido.

Patricia y Jeanie eran amigas desde la edad de Samantha.

Juntas, habían pasado por la escuela, la universidad y la escuela de posgrado, ambas en arte.

Cuando Patricia se casó con Hayden, Jeanie era su dama de honor, y cuando Patricia tuvo a sus hijas, Jeanie se convirtió en su madrina. Jeanie era como la hermana que Patricia nunca tuvo.

—No sé si estoy haciendo esto bien —dijo Patricia.

—No hay ninguna pauta a seguir —dijo Jeanie.

Eso hizo que todo fuera más difícil de alguna manera.

—Ojalá… —Se detuvo y se congeló.

¿Qué acababa de oír? ¿Venía de fuera o de dentro?

—¿Estás ahí? —preguntó Jeanie.

Patricia se quedó en silencio, escuchando.

—¿Patricia?

Patricia negó con la cabeza. Ella estaba imaginando cosas.

Ella soltó aire.

—Estoy aquí.

☆☆☆

Susie había seguido a su hermana de regreso a la cama, pero ahora se estaba alejando.

Esta vez, se detuvo un segundo fuera de la habitación de su madre. Probablemente estaba hablando por teléfono con Jeanie. Hablaban casi todos los días, ya sea en persona o por teléfono. Si Jeanie estaba en la ciudad, vendría, pero viajaba mucho por su trabajo. Su trabajo consistía en comprar arte para la gente. Susie pensó que sonaba como un trabajo muy divertido.

Susie acechaba en el pasillo, esperando oír reír a su madre. Pero una risa nunca llegó.

En cambio, los pasos volvieron a sonar. *Golpe… golpe… golpe… golpe.*

Susie echó los hombros hacia atrás y se volvió hacia lo alto de las escaleras.

Descendiendo lentamente, deteniéndose en cada escalón, Susie miró por encima de la barandilla de roble encerado hacia la ventana con cristales en la parte delantera de la casa. Las cortinas transparentes desdibujaban el contorno de las barandillas del porche y, más allá de ellas, la sólida presencia de Oliver; estaba de pie como un guardia incansable en medio del patio delantero.

Pero las cortinas transparentes no pudieron bloquear la forma que Susie vio acechando más allá de las ventanas del porche delantero. La forma era demasiado grande para esconderse. Todo lo que podían hacer las cortinas era distorsionarlo y disfrazar lo que era.

La forma se movió lenta, pero deliberadamente, dando bandazos en sincronía con el sonido de su paso: *golpe… golpe… golpe… golpe.* Mientras se movía, su cabeza giró. Cada pocos pasos, Susie podía ver el reflejo de ojos agudos mientras registraban el interior de la casa. Cada vez que esos ojos miraban en su dirección, Susie se convertía en piedra, deseando desaparecer en el fondo.

Aunque quería esconderse, Susie no volvió a la cama. No podía. Lo sabía.

Así que continuó bajando las escaleras, logrando un paso por cada seis pasos que escuchaba en el porche delantero. Cuando llegó al primer piso, la forma pasaba por la última de las ventanas altas del lado izquierdo de la casa. Susie se adelantó de puntillas y, al meterse en lo que solía ser la oficina de su padre, vio la forma que pasaba por la ventana de la oficina y se dirigía hacia el lado de la cocina de la casa. Dudando sólo un momento en la habitación vacía llena de estantes polvorientos, Susie empujó el marco de la puerta y fue a la cocina por segunda vez esa noche.

Se agachó detrás de la isla mientras la forma atravesaba la luz amarilla fuera de la ventana de la cocina. Una vez que se hubo movido, dirigiéndose hacia la parte delantera de la casa, Susie se puso de pie. Apretó los puños y luego los soltó. Y fue a la puerta principal.

La puerta de entrada era tan antigua como la casa. Construida con madera gruesa y manchada tantas veces que la puerta siempre quería quedarse pegada cuando intentabas abrirla, la puerta de entrada tallada le recordó a Susie que el tiempo no se podía detener, sin importar cuánto quisieras que pasara.

Los pasos se detuvieron.

Susie escuchó. No escuchó nada en absoluto.

Cogió el pomo de la puerta delantera y abrió la puerta.

Abrió la puerta en incrementos. Dos pulgadas. Seis pulgadas. Un pie. Respiró hondo, dio paso alrededor de la puerta… y miró hacia arriba.

Esperó. Como siempre lo hacía. Cada noche. Asustada. Familiar. Persistente.

Susie no se estremeció ni tembló ni saltó hacia atrás, a pesar de que hubiera sido razonable para ella hacer alguna o todas esas cosas. En cambio, ella dijo—: ¿Es hora de volver ya?

Chica extendió su mano amarilla. Su boca no se movió.

Susie sabía que Chica no respondería porque Chica no hablaba con ella.

Susie se apartó del pollito animatrónico del tamaño de un hombre que estaba frente a ella. Miró hacia las escaleras. Anheló.

Pero el anhelo no servía de nada.

Susie volvió a mirar al pollito animatrónica. Ignorando la boca abierta de metal con todos los dientes, Susie se concentró en el cuerpo amarillo brillante de Chica y el gran babero blanco que colgaba de su cuello, el que decía: Let's Eat! Luego miró el cupcake que sostenía. Susie pensó que el cupcake daba más miedo que Chica. Tenía ojos, dos dientes de conejo, y una vela se levantaba directamente desde el medio. Susie no sabía por qué era la vela. ¿Un día? ¿Un año? ¿Un niño?

Dejando que Chica la tomara de la mano, Susie se alejó de su casa. Cada paso la hacía sentirse menos ella misma. Cuando pasó por delante de las hojas de Oliver, que seguían cayendo, estaba perdida.

☆☆☆

Patricia miró a través de la puerta principal abierta al roble que estaba dejando caer sus hojas por todo el césped delantero. Tenía la sensación de que se había perdido algo importante.

Varios minutos antes, había escuchado el sonido de nuevo. Esta vez, no pudo convencerse a sí misma de no hacerlo.

Salió de su dormitorio y salió al pasillo. Cuando miró por las escaleras, la puerta principal estaba abierta de par en par.

Con el corazón acelerado, había corrido a la habitación de Samantha y miró dentro. Una mirada redujo su ritmo cardíaco. Bueno. Su peor pesadilla no se estaba desarrollando.

Pero, ¿por qué estaba abierta la puerta? Agarrando un par de agujas de tejer y sosteniéndolas frente a ella como un cuchillo, se arrastró por la casa, buscando un intruso. No había nada.

Patricia cerró la puerta, giró el pestillo y apretó las manos contra la puerta, empujando con todas sus fuerzas como si pudiera apartar la realidad, tal vez presionarla en alguna otra forma.

Retiró las manos bruscamente y contuvo el aliento. Había algo que no había considerado. ¿Y si alguien hubiera entrado por la puerta aún abierta mientras ella registraba la casa?

Se volvió y subió corriendo las escaleras hasta la habitación de Samantha.

Casi se derrumba de alivio. Todo estaba bien.

Samantha estaba despierta. Se sentó en la cama, con las sábanas hasta el cuello, los puños apretados y los nudillos completamente blancos. Las lágrimas le hacían brillar los ojos a la tenue luz de la lámpara de su mesilla de noche.

Patricia se sentó junto a su hija. Quería tirar de Samantha en un fuerte abrazo, un abrazo de nunca dejar que te vayas. Pero a Samantha no le gustaría eso. Todo lo que toleraba era el más mínimo toque.

Así que Patricia puso brevemente su mano sobre el hombro de Samantha antes de decir—: Sé que la extrañas. Yo también la echo de menos.

Samantha parpadeó y dos lágrimas escaparon de sus ojos, serpenteando por sus delgadas mejillas. No se molestó en limpiarlas.

Patricia se sentó junto a Samantha durante mucho tiempo, pero ni madre ni hija volvieron a hablar. Finalmente, Patricia se puso de pie, besó la coronilla de su hija y regresó a su enorme cama.

☆☆☆

Samantha esperó a que su madre se fuera antes de moverse. Se tumbó de espaldas mirando la luz y las sombras jugando al gato y al ratón en el techo.

Si Susie estuviera aquí, inventaría alguna historia sobre las sombras y la luz, sobre ellas peleándose o bailando o algo así. Ella siempre estaba inventando cosas.

Susie sacó eso de su padre. A pesar de que su mamá era la artista y su papá era el que iba a trabajar con traje y corbata y hacía cosas para "negocios" que ni Samantha ni Susie entendían, él era el que amaba las historias. En su tiempo libre, siempre estaba leyendo un libro o viendo una

película. También podía inventar buenas historias. Cuando estaba en casa, las niñas siempre habían tenido una historia original a la hora de acostarse. Su madre ni siquiera intentaría inventar una historia. *«Te leeré una historia en su lugar»* decía cuando su padre estaba fuera de la ciudad. Ahora ella no decía, "en su lugar". Ella sólo preguntaba qué libro estaría leyendo esta noche.

Una de las historias que inventó su padre fue sobre un niño pequeño que tenía un lugar secreto en una habitación escondida de su casa. Desde esa habitación, pudo resolver todos sus problemas, sin importar cuáles fueran. Contó cientos de estas historias, inventando un nuevo problema para que el niño lo resolviera cada vez.

Susie estaba convencida de que estas historias significaban que había una habitación secreta en su casa. Siempre le preguntaba a su papá sobre eso. Su respuesta era siempre la misma; fingía cerrar los labios y tirar una llave invisible.

Susie dijo que pensaba que el camino a la habitación secreta estaba en la oficina de su padre en la parte trasera de la casa. Samantha pensó que era sólo una historia, y se alegró de que la oficina estuviera siempre cerrada para que Susie no pudiera convencerla de que se metiera en problemas buscando la habitación secreta.

Ahora, la oficina no estaba cerrada porque su padre se había ido. Pero Susie ya no hablaba de buscar una habitación secreta.

Samantha apretó los labios, disgustada consigo misma por pensar en Susie y la estúpida habitación secreta. Luego pensó en los sonidos que escuchaba por la noche. Trató de convencerse a sí misma de que los imaginaba. Eso tenía que ser cierto, porque cuando miraba hacia afuera, nunca veía nada en absoluto.

Pero yaciendo aquí sola en el silencio, en la extraña tierra a mitad de camino de la noche, no podía convencerse a sí misma de que lo había inventado todo.

Estaba bastante segura de que algo había estado afuera, pero ¿qué? ¿Y por qué?

☆☆☆

En el fresco aire de la madrugada, Patricia y Jeanie se sentaron una al lado de la otra en el columpio del porche acolchado con cojines florales amarillos. Patricia era consciente de que, para cualquier transeúnte, ella y Jeanie eran parte de una escena idílica: ambas mujeres, con sombreros de paja de ala ancha para protegerse la cara del sol que se inclinaba hacia el porche, bebían té para protegerse del frío otoñal. Probablemente parecían lo más relajadas posible. No lo estaban. O al menos Patricia no lo estaba.

Patricia estudió a su amiga. Jeanie era casi su opuesto perfecto en tamaño y color. Mientras que Patricia era alta y delgada con cabello oscuro, Jeanie era baja y regordeta con cabello rubio. A pesar de estas diferencias, ambas mujeres solían tener una cualidad en común: ambas sonreían y reían con facilidad.

Patricia ya no podía hacer eso.

Patricia tomó una respiración temblorosa.

—Me pregunto si debería llevar a Samantha a otro consejero. —Se encogió por la forma en que su voz parecía marcar el aire—. Rhonda es agradable, y a Samantha le gusta, creo, honestamente, es difícil de decir. —Ella apartó una mosca—. Pero hablé con Rhonda la semana pasada, y dice que Samantha está estancada. Samantha claramente se está guardando algo para sí misma, pero nada de lo que esté haciendo Rhonda la hará hablar.

—Samantha siempre ha hecho las cosas a su manera —señaló Jeanie. Sonrió.

—Esa niña tiene una opinión sobre todo. —Patricia intentó sonreír, pero solo llegó a la mitad.

—¿Recuerdas cómo arengaba implacablemente a Susie sobre el nombre de ese árbol? —Jeanie señaló el viejo roble—. ¿Cuál es su nombre?

—Oliver. —Patricia se echó a llorar.

Jeanie dejó su té y tomó la mano de Patricia.

—Lo siento. Eso fue insensible.

Patricia se secó los ojos y negó con la cabeza.

—Ha pasado un año. Yo debería…

—No hay ningún deber cuando se trata de perder a un hijo. ¿No es eso lo que te dijo tu consejero?

Patricia asintió.

—No hay libro de reglas.

Bebieron té en silencio durante varios minutos. Patricia vio a Oliver soltar otra docena de hojas. La persistente brisa de la noche anterior se había llevado cientos de las hojas restantes de Oliver. No le quedaban muchas en sus ramas nudosas. Muy pronto, necesitaría su bufanda.

Jeanie le dio unas palmaditas en la rodilla a Patricia.

—Estás pensando en la bufanda de Oliver.

A Patricia le dolía literalmente pensar en cómo Susie, de cuatro años, había entrado corriendo después de que Oliver dejara caer su última hoja ese primer año que ella lo nombró. Cuando regresó, sostenía uno de los pañuelos de cuello que Jeanie le había tejido.

Patricia miró a Oliver y sintió que podía ver la escena de tres años antes desplegándose frente a ella ahora. La escena era un poco confusa en algunos lugares, pero por lo demás era casi real.

Con los bracitos cruzados y el ceño fruncido, Susie dijo—: Va a tener frío porque no tiene hojas. —Estaba vestida con su chaqueta naranja brillante.

Cuando Susie descubrió que la bufanda no era lo suficientemente grande para Oliver, se le rompió el corazón… hasta que Patricia sugirió que Susie le pidiera a su madrina que teja una bufanda específicamente para Oliver. Ahora, Jeanie tejía una bufanda nueva para Oliver cada año.

—Ya la he tejido —susurró Jeanie.

Las lágrimas se derramaron por las mejillas de Patricia. Estaba sorprendida de que todavía tuviera lágrimas para llorar.

—Ella siempre estaba antropomorfizando —dijo Patricia—. Nunca vi un problema con eso.

—No hubo ningún problema con eso. Era una niña empática con una imaginación vívida.

—Por eso fue atraída tan fácilmente… —Patricia no reconoció su propia voz. Normalmente suave, ahora era tan dura y áspera como el tronco de Oliver—. Debería haber desanimado sus vuelos de fantasía. Debería–

—¡Para! —Jeanie se movió para mirar a Patricia—. No todos los niños asesinados eran como Susie. No sabes que hubiera sido diferente si ella hubiera sido un tipo diferente de niña. No puedes seguir intentando encontrar razones para culparte.

Patricia miró hacia abajo.

—Odiaba ese lugar —susurró—. Siempre me pareció espeluznante. Pero a Susie le encantó.

Jeanie frunció el ceño.

—¿Estás segura de que quieres repasar esto de nuevo?

—Necesito–

—No, no es así.

—Sí. No puedo simplemente olvidar.

—¿Por qué no? ¿Cómo ayudas a Susie torturándote con los detalles una y otra vez?

Patricia quería gritarle a Jeanie que se callara, pero no tenía energía.

Jeanie tomó las dos manos de Patricia.

—Tú hija fue asesinada por un asesino en serie. Fue atraída a su muerte en un lugar donde debería haber estado a salvo. Listo. Lo hemos desenterrado de nuevo. ¿Te sientes mejor?

Patricia tiró de sus manos hacia atrás y comenzó a ponerse de pie. Jeanie la agarró del brazo y la mantuvo en su lugar, con su agarre pellizcando la piel de Patricia.

—¡No huyas! —gritó Jeanie. Luego bajó la voz pero la mantuvo firme, un poco tímida para regañar—. No se puede desenterrar el pasado y luego huir de él. Si insistes en sacarlo para torturarte regularmente, al menos

deberías hacerlo de frente. Si no lo haces, estarás huyendo toda tu vida y nunca podrás dejar ir a Susie.

Un coche pasó velozmente por la carretera, con el motor en marcha. El olor a escape llegó hasta el porche. Algo en el olor borró la ira de Patricia.

—Llevaba su suéter favorito, el que tú tejiste para ella.

—Magenta con rayas rosas —dijo Jeanie.

—Quería lentejuelas.

—Y no me dejaste poner nada en el suéter.

—Así que le pusiste pedrería en sus jeans.

Jeanie se rio.

—Estabas realmente enojada conmigo.

Patricia se secó los ojos.

—Es una estupidez por la que estar enojada.

Jeanie apretó suavemente el brazo de Patricia y luego la soltó.

Una brisa llegó al porche desde el patio y Patricia se estremeció.

☆☆☆

Susie vio a Samantha apoyarse en un rastrillo y fruncir el ceño a Oliver.

—No es su culpa —dijo Susie—. No puede evitar que sus hojas caigan al suelo cuando las deja ir.

Samantha suspiró.

Susie trató de no enfadarse.

—Dije que yo lo haría —le recordó a Samantha.

Justo después de llegar a casa esa tarde, su madre dijo—: Tal vez puedas rastrillar un poco antes de la cena.

Susie había dicho—: Lo haré.

Pero antes de que Susie pudiera llegar al rastrillo, Samantha lo agarró y ahora no lo soltó. Prefiere "hacerlo bien" y no le gusta dejar que otra persona lo haga "mal". Bien. Dejaría que Samantha rastrille. Susie estaría con Oliver.

Al escuchar el chirrido y el rastrillado del rastrillo, Susie dio la vuelta a la parte trasera de su trono, se alejó de la carretera y lo abrazó. Oliver olía a humo y a humedad. Apoyó el lado de su rostro contra su tronco y escuchó.

A veces, cuando escuchaba con mucha atención, estaba segura de poder oírlo respirar.

—¡Hola, Samantha!

El saludo llegó desde la acera. Susie miró alrededor de Oliver para ver quién llamaba a su hermana. Era Drew, el chico de la scooter y el pelo rubio y puntiagudo. Hoy estaba solo.

Sosteniendo su scooter, Drew miró al otro lado del patio. Samantha le devolvió la mirada como si fuera un toro a punto de atacarla.

Drew saludó con la mano.

—Te veo mucho en la escuela, y pensé en saludarte. Soy Drew.

Samantha miró a su alrededor como si sospechara una trampa. Susie quería ir a su lado y animarla a hablar con el niño, pero Samantha odiaría eso. Así que Susie permaneció escondida y miró.

Drew se rascó la nariz y su scooter se cayó. Se inclinó para recogerlo.

—Hola —le dijo Samantha.

Drew se enderezó y sonrió.

Samantha sostuvo el rastrillo como un arma. Susie no pensó que eso se veía muy amigable.

—Acércate a él —le susurró Susie a su hermana.

Samantha la ignoró. Susie sabía que escuchar la conversación de otra persona era de "mala educación", según su madre. Así que corrió al jardín lateral y empezó a hablar con las plantas sucias de los macizos de flores.

¿Le dirían por qué su madre las ignoraba?

☆☆☆

Samantha deseaba que el chico se fuera, pero también esperaba que se quedara. Él era lindo.

¿Pero estaba siendo amable o simplemente jugando con ella?

Drew se acercó para estar justo en el borde de la acera.

—Um, lamento mucho lo que le pasó a tu hermana.

Samantha miró hacia abajo, pero logró murmurar—: Gracias. —Dio un paso vacilante hacia la acera.

Drew miró a Samantha. Luego miró hacia la casa. Bajó su voz.

—¿La has vuelto a ver?

Samantha se quedó quieta. Sintió que la sangre se le escapaba de la cara y agarró el rastrillo con tanta fuerza que le dolió.

Drew dejó caer su scooter y dio varios pasos hacia el patio. Luego abrió la boca y las palabras salieron tan rápido que se amontonaron unas sobre otras.

—No estoy tratando de ser malo y no me estoy burlando. De verdad. Es sólo que creo en los fantasmas, y creo que las personas que mueren pueden quedarse si quieren. Tuve un tío que murió, y lo vi la noche en que murió, y luego regresó un par de años después de eso. Estaba esperando que mi papá lo perdonara por algo. Creo que los fantasmas andan por ahí si quieren algo, ¿sabes? Así que sólo estaba preguntando, y no quería molestarte.

—La cena estará lista en cinco —llamó la mamá de Samantha desde el porche. Ella no se dio cuenta de Drew.

Samantha no tenía idea de qué decir, así que sólo dijo—: Está bien —luego se dio la vuelta para entrar.

—Adiós.

☆☆☆

Samantha no podía dormir porque seguía pensando en Drew. Sobre lo que había dicho. Pensar en Drew fue agradable. Pensar en lo que dijo no.

Sus palabras rebotaron en su cabeza. *«Los fantasmas merodean si quieren algo».*

Un leve chasquido y silbido vino de abajo.

Samantha se sentó. Sabía exactamente qué era ese sonido. ¿Debería bajar? ¿O espera?

Los temblores que siempre comenzaban con ese sonido comenzaban a sus pies y subían por sus piernas. Ignorándolos, saltó de la cama y atravesó su habitación hasta el pasillo. No salió ningún sonido de la habitación de su madre.

Ahora tampoco nada de abajo. ¿Pero era una corriente fría?

Samantha apretó la mandíbula y se obligó a bajar las escaleras. Al final, hizo una pausa, luego cruzó de puntillas el comedor y miró hacia la cocina. Como sabía que sería, la puerta trasera estaba abierta de par en par. Y ahora podía oír el otro ruido, procedente del porche. *Golpe… golpe… golpe… golpe.*

Gimiendo, se abrió paso a través de su terror. Corrió a través de la cocina, cerró la puerta trasera. Luego corrió tan rápido como pudo hasta su cama.

Una vez allí, intentó convencerse a sí misma de que lo estaba inventando todo.

☆☆☆

En todos los meses que llevaba viéndola, Rhonda nunca la había puesto en contacto con Samantha. ¿Era una especie de prueba?

Samantha frunció el ceño y trató de averiguar qué estaba pasando. Ella miró alrededor de la habitación. Era sencilla y ordenada, el tipo de habitación que le gustaba a Samantha.

Todo lo que contenía era una gruesa alfombra marrón, la silla de escucha de Rhonda, una silla de felpa color crema con respaldo bajo y brazos gruesos, un sofá a rayas color crema y bronceado y una mesa de

madera del tamaño de un niño junto a un baúl lleno de juguetes. La habitación era interesante para Samantha porque se extendía fuera, como una caja, flotando a unos sesenta centímetros del suelo. Tres de los lados de la caja eran de vidrio.

Un largo suspiro de Rhonda hizo que Samantha parpadeara, y Rhonda finalmente se giró para mirarla.

—Lo siento —dijo Rhonda—. He estado tratando de averiguar algo.

La arruga entre sus espesas cejas negras era inusual. Rhonda no fruncía el ceño. En todo caso, sonreía demasiado, en opinión de Samantha. No era normal, especialmente para alguien que escuchaba los problemas de otras personas todo el día.

—Me gusta resolver las cosas —dijo Samantha.

—Lo sé. —Rhonda se echó hacia atrás su largo cabello negro.

Samantha miró fijamente a los grandes ojos marrones de Rhonda.

—Entonces, ¿qué está tratando de averiguar? —preguntó.

—Estoy tratando de averiguar cómo evitar que tu mamá te envíe con otra persona.

Samantha hizo un gesto con la cabeza hacia arriba.

—¿Por qué mi mamá quiere enviarme a otro lugar?

—Porque no estás progresando conmigo.

—¿Qué significa eso?

Rhonda se inclinó hacia adelante.

—Samantha, sé que algo está atascado en tu cabeza. Un pensamiento. Una creencia. Algo que sigues pensando está atrapado allí, en tu cerebro, y no lo estás dejando escapar.

Rhonda tenía razón, pero Samantha no le diría eso.

Samantha miró fijamente sus zapatillas azul marino cuidadosamente atadas. Le gustaba que las cosas estuvieran en su lugar correcto. No le gustaba el desorden.

El cambio fue complicado. La terapia también fue complicada. Antes de que empezara a ver a Rhonda, su madre la había llevado con otras dos personas que estaban allí "para ayudarla". Ambos habían querido que ella jugara con una pila de juguetes desordenada en una habitación desordenada. Le había rogado a su mamá que no la hiciera volver.

Finalmente, su mamá la trajo aquí. No le encantaba estar aquí, pero tampoco lo odiaba. Rhonda era diferente. Esta habitación era diferente. Samantha estaba bien con eso.

—Tuvimos una pelea —le dijo.

Tenía que decirle a Rhonda lo que estaba atascado para que su madre no la hiciera ir a otro lugar.

—¿Tú y Susie?

Samantha asintió.

—Okey. —Rhonda garabateó en su libreta. Eso solía molestar a Samantha… los garabatos, pero se había acostumbrado.

—Se trataba de Gretchen.

—¿Quién es Gretchen?

—La muñeca que mi mamá dijo que teníamos que compartir.

—¿De quién era la muñeca?

—Mamá nos lo dio a las dos, juntas. —Samantha puso los ojos en blanco—. Odiaba eso. Quiero que lo mío sea mío. No tomo las cosas de Susie, así que debería tener mis propias cosas.

—Okey.

—Pero mamá dijo que teníamos que compartir.

Rhonda asintió.

—Así que traté de explicarle a Susie que cada uno debería usar a Gretchen por un tiempo determinado. Cuando Gretchen estaba conmigo, estudiaba. —Rhonda sonrió y asintió de nuevo—. Susie se molestó por eso. Dijo que a Gretchen no le gustaba estudiar. A Gretchen le gustaba ir al zoológico. Quería que Gretchen pasara el rato con sus peluches todo el

tiempo. Dijo que si Gretchen tenía que estudiar, estaría triste. —Samantha se detuvo y recordó a Susie de pie en su habitación, con las manos en las caderas y el labio inferior sobresalido—. Cuando Samantha insistió en que Gretchen necesitaba estudiar, Susie hizo una rabieta. Ella gritó—: ¡Pero odiará eso!

—¿Entonces qué pasó? —preguntó Rhonda.

Samantha balanceó sus piernas.

—Cuando traté de poner a Gretchen frente a un libro, Susie la agarró y salió corriendo. Ella…

—¿Ella qué?

Samantha contó sus respiraciones de la forma en que Rhonda le enseñó. Se suponía que ayudaría con la sensación de que los insectos subían por sus piernas.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

En la cuarta exhalación, Samantha dijo—: Se escapó y escondió a Gretchen. Luego regresó y me dijo lo que había hecho. Le dije que encontraría a Gretchen y Susie se volvió a disgustar. Antes… de esa noche… ella me dijo que iba a encontrar un mejor escondite para Gretchen, y nunca la encontraría ahora. —Samantha apretó las manos en puños y las sostuvo frente a su cara.

Luego dijo—: Creo que estaba pensando dónde esconder a Gretchen, y por eso se la llevaron. Ella pensó que quienquiera que se la llevara la ayudaría a esconder la estúpida muñeca.

Rhonda respiró hondo.

—Gracias por decírmelo.

—¿Ya no estoy atascada?

—No creo que lo estés.

Samantha asintió una vez. Bien.

—¿Dónde está la muñeca ahora? —preguntó Rhonda.

—No la he encontrado.

☆☆☆

Susie pensó que Samantha estaba inusualmente habladora hoy. No se había callado desde que su madre la recogió en la divertida casa de cristal que visitaba Samantha tres veces por semana. A pesar de que Samantha estaba hablando de cosas aburridas, de multiplicar y dividir cinco, su mamá parecía estar escuchando bien. Ella siguió asintiendo mientras conducía a través del tráfico. Sin embargo, ella no sonreía. Tampoco Samantha. Samantha estaba tan rígida que parecía un robot. También sonaba como un robot. Era raro. Hablaba como si tuviera que hablar o pasaría algo malo.

Si tuviera que hablar, ¿no podría hablar de algo bueno?

—¿Qué tal si hablamos de cosas lindas? —preguntó Susie.

Samantha y su mamá no debían haberla escuchado porque Samantha seguía hablando de números y matemáticas. Susie suspiró.

¿Qué sentido tenía pasar el rato con ellas si iban a ignorarla?

Susie se acercó y miró la oreja derecha de Samantha. Las orejas de Samantha no estaban perforadas como las de Susie. A Susie le gustaba llevar pendientes de colores bonitos.

Samantha se negó a que la perforaran, no quería que le perforaran las orejas. Susie se preguntó, «si soplo lo suficientemente fuerte, ¿puedo sacar todas las aburridas palabras de su cabeza?»

Susie se acercó y sopló lo más fuerte que pudo en el oído de Samantha.

Samantha dejó de hablar.

—¡Ah!

Susie sonrió.

—¿Terminaste con tu historia? —le preguntó la mamá de Susie a Samantha.

Samantha no respondió. Ella se sentó perfectamente quieta en su asiento.

Susie no estaba segura de que el silencio fuera mejor que la charla sin parar. No era un silencio suave y confortable, como un oso de peluche mullido. Era un silencio agudo, como los extremos puntiagudos de las cosas metálicas que se clavan en tu piel. El silencio hirió sus oídos… y su corazón.

Susie empezó a cantar para ahogar el silencio. Nadie cantó con ella, pero a ella no le importó. Cantó hasta que su madre giró camino a casa. Entonces Susie se detuvo y esperó ansiosamente para ver su casa y ver cómo estaba Oliver.

La mamá de Susie se detuvo para esperar a que pasara un automóvil antes de entrar en el camino de entrada. El intermitente del coche hizo su clic-tic hasta que la mamá de Susie dio la vuelta. Susie imitó el ruido. Nadie le dijo que se detuviera.

Oliver había perdido muchas más hojas. Sólo le quedaban unas pocas. ¿Durarían lo suficiente?

☆☆☆

Susie se sentó a los pies de la cama de Samantha y vio a su hermana leer un libro.

Samantha parecía tensa. Sostuvo el libro con rigidez y tardó mucho en pasar las páginas.

—Tengo una confesión —dijo Susie. Samantha no miró hacia arriba.

—Las echo de menos cuando estamos separadas. Y sé que tú también me extrañas.

Samantha pasó una página. Su mano tembló.

—Y extraño a Gretchen. ¿La extrañas?

Samantha siguió leyendo.

A Susie nunca le gustó que Samantha la ignorara, pero no dejó que eso la callara.

—No sé por qué, pero no recuerdo dónde escondí a Gretchen. —Susie se mordió un nudillo—. No creo que…

Dejó de hablar. Esto no estaba funcionando. Samantha no la iba a ayudar.

¿Por qué Susie no recordaba dónde escondió a Gretchen?

Recordó lo enojada y molesta que estaba porque Samantha iba a hacer que Gretchen estudiara. Gretchen era una muñeca sensible. Pecosa y de cabello rubio rizado, el rostro suave y redondo de Gretchen estaba pintado con una sonrisa tímida, el tipo de sonrisa que le decía a Susie que se asustaba fácilmente. Cuando Susie escondió a Gretchen, llevaba un vestido de lunares rosa y morado que Jeanie hizo. Se suponía que el vestido era divertido. Se suponía que ayudaría a Gretchen a ser más feliz.

Pero luego Samantha iba a presionar a Gretchen para que "aprendiera cosas". Ni siquiera los lunares podrían vencer eso.

Susie sabía que Gretchen todavía necesitaba estar con ella. Susie era la única persona que la entendió. Ella sabía lo que era querer ser feliz y divertirse en un mundo que quería que aprendieras y que siguieras mejorando en las cosas. No podía dejar a Gretchen sola, perdida en algún escondite olvidado. Deseó que Samantha la escuchara. Susie alargó la mano sobre el libro que sostenía Samantha. Ella agitó su mano alrededor.

La cara de Samantha se puso blanca y se quedó muy quieta. ¿Qué estaba pensando ella? se preguntó Susie. Ella habría preguntado, pero sabía que Samantha no le respondería.

A veces, Samantha actuaba así y, a veces, Samantha actuaba con normalidad. Su abuela solía decir—: Esa Samantha, es una niña difícil de leer. Pero Susie es un libro abierto. —Si Susie era tan abierta, ¿por qué Samantha no podía entender lo que Susie estaba tratando de decirle? ¿Cómo podía Susie hacerle entender a Samantha?

Samantha saltó de la cama y dejó su libro prolijamente en la esquina de su escritorio. Sentada en su silla de escritorio blanca de respaldo recto, abrió un cajón y sacó cartulina y crayones.

¡Eso era! Quizás Susie podría hacer un dibujo. Samantha lo vería y recordaría a Gretchen.

O tal vez si Susie hiciera un dibujo, recordaría dónde había escondido a Gretchen.

Susie miró el papel y los crayones. ¿Samantha los compartiría?

—Samantha, ¿podrías venir aquí, por favor? —llamó su madre.

Perfecto. Susie esperó a que Samantha saliera de la habitación y luego robó un papel rosa y un crayón morado que apenas se había usado. Se dejó caer sobre la alfombra azul de Samantha y se tumbó boca abajo. Metiendo su lengua firmemente entre sus labios, Susie comenzó a dibujar. Necesitó toda su concentración para asegurarse de que el dibujo apareciera en la página, pero lo hizo.

Dibujar era todo lo que podía hacer. Si escribiera una nota, Samantha no la leería.

—No dibujes demasiado —dijo la mamá de Susie, en el pasillo—. Iré a arroparte pronto.

Susie escuchó los pasos de Samantha llegar. Se apresuró a terminar su dibujo. Cuando terminó, lo dejó tirado en el suelo y se retiró al asiento de la ventana.

Metiéndose en una pequeña bola, Susie miró por la ventana. No podía ver a Oliver porque la ventana reflejaba la habitación luminosa de Samantha.

Sin embargo, pudo ver un par de hojas empujando contra la ventana.

Inclinándose hacia adelante, se dio cuenta de que pertenecían a Ivy, la enredadera que trepaba por el enrejado sobre el techo del porche.

Susie sonrió. Recordó cuando su padre había puesto ese enrejado en la casa. La hiedra de su madre, a la que Susie había llamado Ivy, por supuesto, se había subido a los postes del porche en la parte delantera de la casa, y su madre había querido cortarla. Susie pensó que sería triste.

—¿No puedes dejar que Ivy suba más alto? —había preguntado.

Su mamá le dijo—: Bueno, si tuviéramos un enrejado…

Ahora parecía que Ivy había llegado a la parte superior del enrejado y estaba tratando de trepar a la habitación de Samantha. ¿Ivy tendría más suerte haciendo que Samantha hablara?

☆☆☆

Samantha irrumpió en su habitación y se dirigió hacia su escritorio. Si quería terminar su dibujo esta noche, tendría que darse prisa.

Sin embargo, antes de llegar a su escritorio, Samantha notó algo en el suelo. Se suponía que no había nada más que la alfombra en el suelo. Pero encima había un trozo de papel rosa. El papel no estaba allí cuando salió de la habitación.

Ella estaba segura de eso.

Su mamá había estado con ella abajo todo el tiempo. Nadie más estaba en la casa.

Eso significaba…

Samantha no quiso mirar. Si ella mirara…

Samantha ya no tenía prisa por dibujar y se quedó mirando el papel rosa durante mucho tiempo.

Finalmente, se convenció a sí misma de que recogerlo era mejor que dejarlo allí. Mientras estuviera en el suelo, a Samantha se le podrían ocurrir todo tipo de razones aterradoras para que estuviera allí. Si lo recogía, seguramente sabría cuál era correcta.

Susie siempre pensó que Samantha no tenía mucha imaginación. Eso no era cierto. El problema era que Samantha tenía demasiada imaginación. Tenía tanta imaginación que podía asustarse a sí misma con sólo un pensamiento o dos.

Con pasos lentos y silenciosos, Samantha caminó hacia la alfombra. No apartó los ojos del papel mientras caminaba. Ella no podría haber dicho por qué. ¿Pensó que iba a saltar del suelo y atacarla? ¿Y hacer qué? ¿Darle recortes de papel?

Samantha se había hecho uno de esos cuando era pequeña. Susie había llorado cuando vio la sangre. Samantha no lo hizo. Sí, le dolió un poco,

pero pensó que era más interesante que doloroso. ¿Cómo podría cortarte algo tan endeble como el papel?

Cuando Samantha recogió el papel, vio algunas líneas onduladas de color púrpura. Pero mientras miraba el papel y las líneas onduladas, comenzaron a tomar formas que tenían algún tipo de sentido.

El dibujo tenía tres partes, como los paneles de las historietas de los periódicos.

La primera parte, en el extremo izquierdo de la página, era un dibujo de dos niñas.

Una tenía una cola de caballo y otra tenía el pelo que volaba alrededor de su rostro.

La chica de cabello volador sostenía lo que parecía un espejo en una mano. Extendió el espejo hacia lo que parecía ser un bebé flotando en el aire, con la otra mano tendida hacia la chica de la cola de caballo. Entre el bebé y la niña, un pollito grande con dientes puntiagudos levantó las manos. ¿Eh?

La segunda parte del dibujo, que estaba separada de la primera por una línea vertical, mostraba la luna sobre una casa que se parecía un poco a la casa de Samantha. La chica de cabello volador se alejaba de la casa, cogida de la mano de ese mismo pollito grande. A la derecha de este segundo dibujo, otra línea vertical separaba el segundo dibujo de un tercero. El tercero también tenía una luna, una casa y la chica de cabello volador que se alejaba de la mano del pollito. Pero después del tercer dibujo había una línea oscura y gruesa. Samantha pudo ver dónde se había movido el crayón una y otra vez hasta que creó una forma gruesa y cortante que Samantha no entendió.

Frunciendo el ceño, miró la imagen. ¿Lo había dibujado y luego lo había olvidado?

Si tan sólo pudiera creer eso.

☆☆☆

—Ojalá pudieras hablar conmigo —susurró Susie—. Extraño cuando solíamos hablar. Sé que piensas que hablo demasiado, pero aun así me escuchabas. Realmente me gustaría que alguien me escuchara.

Ella estaba muy frustrada. Esto le recordó a jugar a las charadas. Una vez, había jugado a charadas en la fiesta de cumpleaños de su amiga Chloe. A Susie le gustaban todos los juegos, pero las charadas no eran tan divertidas como ella quería. Ella pensó que estaba siendo muy clara con sus pistas actuadas, pero nadie entendió lo que estaba tratando de hacerles ver. Nadie acertó. Cuando se lo contó a su mamá más tarde, su mamá dijo—: No piensas de la misma manera que otras personas. Eso es bueno. Eres súper creativa.

«No lo suficientemente creativa», pensó Susie mientras miraba el dibujo que había dejado en la alfombra.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Susie se levantó de un salto del asiento de la ventana y corrió hacia el escritorio de Samantha. Se dio cuenta de que Samantha levantó la vista del dibujo rosa y violeta cuando pasó corriendo, pero Susie no se molestó en decir nada. Cuando Samantha actuaba así, no tenía sentido. Además, Susie quería dibujar algo más.

En el escritorio de Samantha, Susie agarró un trozo de papel amarillo pálido y un crayón negro. Se dejó caer en la silla del escritorio de Samantha y comenzó de nuevo.

☆☆☆

Samantha había sentido el cambio de aire, pero no quería pensar en por qué cambió. También sabía, de alguna manera, que no podía darse la vuelta.

Samantha se tapó la boca con la mano para no reír.

Samantha no solía reír. Bueno, a veces, su padre podía hacer que se riera haciéndole cosquillas. Pero esto no era una risa tonta. Esta risa vino de algún lugar aterrorizado dentro de ella, un lugar donde estaba "histérica".

Esa era una palabra que su padre solía usar para su madre antes de dejarlas.

Samantha no quería ponerse histérica.

Contó sus respiraciones como lo hacía en terapia.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

El aire en la habitación de Samantha se había vuelto espeso y pegajoso, como melaza.

Samantha no sabía qué hacía que el aire se sintiera como melaza, pero no se sentía bien estar dentro del aire de esa manera. Tenía que salir de aquí.

Dejando el dibujo donde lo encontró, empezó a salir corriendo de la habitación. Pero en la puerta, se detuvo. Algo yacía sobre su escritorio.

Otro dibujo.

Samantha hizo una mueca y se encogió, pero no pudo apartar la mirada.

Como el primer dibujo, este tenía tres casillas. En la primera, la misma niña de cabello volador se alejaba de la puerta principal de la misma casa.

La luna era una fina franja, algo así como la luna que Samantha había visto la noche anterior. En la segunda casilla, la misma niña se alejaba por la misma puerta, pero la luna era una astilla más grande. Y luego, en la tercera casilla, la niña ni siquiera estaba allí. Esta casilla mostraba la puerta de la casa y una luna aún más grande.

—¿Estás lista para irte a la cama? —llamó la mamá de Samantha.

Haciendo caso omiso del aire extraño de la habitación, Samantha recogió los dibujos y los metió debajo de las mantas. Los miraría más tarde, con una linterna.

☆☆☆

Susie generalmente esperaba hasta que su mamá se fuera para meterse en la cama con su hermana, pero esta noche era diferente. No quería

perder ni un segundo estando separada. Acurrucándose en el lado de la ventana de la cama de Samantha, Susie observó a Samantha realizar su divertido ritual a la hora de acostarse.

Primero, Samantha tuvo que sentarse en su escritorio y escribir un párrafo, al menos un párrafo en su diario. Luego tuvo que cruzar el pasillo hasta el baño y lavarse los dientes. Luego tuvo que orinar, y luego tuvo que beber medio vaso de agua.

—Eso te hará tener que volver a orinar —le había dicho Susie a su hermana una noche. Samantha simplemente sacó la lengua.

Después del agua, Samantha se tocó los dedos de los pies cuatro veces y se cepilló el cabello cincuenta veces. Luego fue a su contenedor de muñecas y les dio las buenas noches a sus muñecas. Luego se metió en la cama.

Ninguna de estas cosas era divertida por sí misma, pero la forma en que Samantha las hacía todas de la misma manera todas las noches, en el mismo orden, era divertida. Al menos para Susie.

Esta noche, la rutina fue un poquito diferente porque Samantha sacó su pequeña linterna del cajón de su mesita de noche. Cuando Samantha se deslizó debajo de las sábanas, empujó la linterna debajo de las sábanas con los dibujos que había metido allí, y los dibujos se arrugaron. Susie los escuchó crujir mientras Samantha los empujaba más hacia abajo y luego se acomodaba como una princesa dormida. Finalmente, gritó—: Estoy lista, mamá.

Susie estudió el perfil de Samantha mientras esperaban a que su mamá entrara a la habitación. Samantha tenía una pequeña protuberancia en la nariz a mitad de camino desde la punta redondeada. A Susie le gustaba ese bulto. Susie no tenía una protuberancia, y pensaba que las protuberancias hacían que las narices fueran interesantes. También le gustaba la pequeña cicatriz en forma de marca de verificación debajo del ojo derecho de Samantha. Susie tenía una cicatriz, pero la de ella estaba escondida debajo del cabello en la parte superior de la frente.

Susie tenía la cicatriz porque estaba haciendo algo que se suponía que no debía hacer. Samantha tenía la cicatriz porque Susie estaba haciendo algo que se suponía que no debía hacer.

A Susie le encantaba subirse a las cosas cuando era pequeña. Una de sus cosas favoritas era subirse a la barandilla del porche e intentar caminar alrededor de la casa en ella. Era buena para mantener el equilibrio sobre la barandilla, pero trepar alrededor de los postes que la sostenían podía ser difícil porque sus brazos eran demasiado cortos para rodearlos. Se caía mucho, por lo general aterrizaba en los macizos de flores de su madre y se metía en problemas. Su madre hablaba muy en serio con sus flores.

Un día, mientras Susie se cepillaba la suciedad de su última caída, Samantha dijo—: Hay una mejor forma de evitar los postes.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé, y también sé cómo hacerlo.

—Está bien, entonces enséñame —dijo Susie.

—No. Mamá dijo que no subiera allí.

—Bueno, entonces ¿por qué dijiste eso?

—Porque hay una mejor manera.

—Pero si no me la vas a mostrar, ¿a quién le importa si hay una mejor manera? Sólo estás siendo un sabelotodo.

—No lo soy.

—Lo eres.

Las chicas se enfrentaron juntas a las begonias amarillas al costado de la casa.

Con las manos en las caderas, se miraron la una a la otra, prácticamente nariz con nariz. Aunque Susie era un año mayor, no era más alta que su hermana.

—Creo que estás mintiendo sobre una la mejor manera —dijo Susie.

—No estoy mintiendo.

—Sí lo haces.

—No es verdad.

A estas alturas, estaban gritando.

—¿Por qué están peleando chicas? —llamó su mamá.

Estaba dentro de la casa lavando la ropa y Susie quería que se quedara allí para que pudieran seguir jugando. Se inclinó hacia Samantha hasta que le tocaron las narices y susurró—: Sí, lo haces.

Samantha puso su cara de pequinés y dijo—: Bien. —Luego marchó alrededor de Susie y se subió a la barandilla junto a uno de los postes.

La boca de Susie se abrió.

Samantha la volvió a poner en el poste.

—Mira, tienes que rodearlo mirando hacia afuera, no hacia adentro. De esa manera, el peso de tu trasero no te sacará de la barandilla.

Samantha empezó a hacer una demostración, pero su pie resbaló. Perdió su agarre y cayó de la barandilla hacia el macizo de flores. Susie se había caído allí antes y se había ensuciado, pero de alguna manera la cara de Samantha golpeó la parte superior de una de las estacas que sostenían la clemátide de su madre.

Samantha estuvo enojada con Susie durante días después de eso, no sólo porque tenía que tener puntos de sutura, sino porque se metió en muchos problemas por estar en la barandilla.

—¡Fue idea suya! —había gritado Samantha, señalando a Susie.

—Ya sabes bien lo que te he dicho sobre eso —le dijo su madre a Samantha—. No hagas ninguna cosa que no quieras hacer.

Ella tenía razón en eso.

Como ahora.

—Esa historia no —le decía Samantha a su mamá—. Quiero que leas el del fantasma feliz.

Susie sonrió. Últimamente, esta se había convertido en la historia favorita de Samantha.

Parecía que la madre de Susie iba a discutir, pero luego suspiró y tomó el libro de arriba de la ordenada pila de la mesa de noche de Samantha. La mamá de Susie se sentó en el borde de la cama.

Susie deseaba poder hacer algo por su madre. Se veía muy pálida… no, más que pálida. Parecía que su piel se estaba volviendo invisible. Susie podía ver las venas de su madre arrastrándose sobre su frente y sus manos y brazos. Parecían gusanos azules.

La primera vez que Susie vio venas así en una anciana, pensó que eran gusanos y gritó. Su madre le había explicado qué eran las líneas irregulares azules.

—En una casa alta y vieja, en la cima de una montaña alta y vieja, el fantasma alto y viejo flotaba por el salón principal —comenzó a leer la mamá de Susie.

Susie se acomodó la almohada debajo de la cabeza y se acercó a Samantha. Samantha se quedó sin aliento y se convirtió en un tronco de Samantha, como si una bruja malvada la hubiera congelado de repente.

Susie resopló y retrocedió. ¿Por qué Samantha estaba tan enojada con ella?

—El fantasma alto y viejo de la casa alta y vieja no era un fantasma bonito —leyó la mamá de Susie—. Pero era un fantasma feliz. Era un fantasma muy, muy feliz.

Susie notó que los ojos de su mamá estaban brillantes y húmedos. Susie también notó que la voz de su madre sonaba ahogada y entrecortada.

—Sigue —le dijo Samantha.

Su madre suspiró de nuevo.

La mamá de Susie volvió a la historia familiar sobre el fantasma que estaba feliz porque pudo pasar una eternidad con su familia… hasta que descubrió que no pasaría una eternidad con ellos, ya que se estaban mudando. Esa parte siempre entristecía tanto a Susie como al fantasma de la historia. No podía imaginarse mudarse de esta casa. ¿Quién cuidaría de Oliver?

La mamá de Susie leyó rápidamente, hasta que llegó a la parte donde el fantasma descubrió que si se alejaba de la casa, a un lugar especial de luz brillante donde los fantasmas verdaderamente felices pasaban el rato, el fantasma nunca podría separarse de su familia no importaba a dónde fueran. Redujo la velocidad en esa parte y se aclaró mucho la garganta.

Susie pensó que sería muy agradable estar en un lugar donde nunca estarías separado de tu familia. Le encantaba estar con su mamá y Samantha. Samantha podía ser un fastidio, pero era la hermana de Susie.

Cuando terminó la historia, la mamá de Susie se puso de pie, vaciló y se dirigió a la puerta.

—Duerme cariño —dijo.

Susie deseaba que su mamá les diera un beso y un abrazo de buenas noches como solía hacerlo. Pero Samantha había decidido que eran demasiado mayores para eso y no dejaría que su madre hiciera eso nunca más. Aparentemente, su madre pensó que Susie estaba de acuerdo con Samantha, pero no lo estaba.

Tan pronto como su mamá apagó la luz, Samantha se acurrucó de lado.

—Buenas noches, Samantha —dijo Susie, pero su hermana no respondió.

Susie se encogió de hombros y se hizo una bola frente a la ventana. Ella miró la delgada pieza curva de la luna que se asomaba a la habitación. Su luz no era lo suficientemente brillante para ver, pero era lo suficientemente brillante como para crear muchas sombras divertidas. Dos de las sombras parecían hipopótamos bailarines, y tres de ellas se combinaron para parecer un payaso a caballo. Una de ellos se parecía un poco a…

Susie cerró los ojos. Escuchó a Samantha respirar y se preguntó si su hermana había entendido los dibujos. Samantha no había dicho nada antes de que los metiera debajo de las sábanas. ¿Por qué los puso allí?

Afuera, un golpe sordo sonó en el porche.

«¿Ya?»

Susie no quería irse todavía. Esperaba que Samantha volviera a mirar los dibujos. ¡Sólo tenía que entenderlos!

El ruido sordo fue seguido por un leve chirrido, el sonido del columpio del porche moviéndose. Luego, el ruido sordo se convirtió en el patrón de pasos al que Susie estaba tan acostumbrada:

Golpe… golpe… golpe… golpe.

¿Por qué ese sonido le puso la piel de gallina?

¿Por qué sentía que debería saber lo que había ahí fuera? ¿Por qué sentía que tenía que saberlo?

Susie apartó las mantas y se levantó de la cama como si algo la estuviera sacando de su seguridad. Era como uno de esos rayos tractores que había visto en las películas espaciales que a su padre le gustaba ver. Ella no tenía el control. Quería quedarse en la agradable y cálida cama. Pero en cambio, salió de la habitación y bajó las escaleras.

Al pie de las escaleras escuchó los pasos y vio una gran sombra pasar por la ventana del comedor. Una vez que pasó, trotó hacia la cocina y abrió la puerta trasera.

Esperó.

A veces, Samantha venía y cerraba la puerta trasera, y ellas volvían a la cama. Pero no esta noche.

Esta noche, Susie sólo podía quedarse allí… escuchando los pasos acercándose cada vez más. En el último minuto, justo antes de que los escalones doblaran la esquina, cerró la puerta de la cocina.

Trató de volver arriba, pero no pudo. En cambio, sus pies la llevaron a la entrada.

La casa tenía una entrada realmente grande, una entrada "formal", la llamaba su mamá. Le había dicho a Susie que, en los viejos tiempos, solía haber una mesa redonda en el medio de la entrada. La mesa siempre tenía un jarrón lleno de flores del jardín, pero la mamá de Susie había guardado la mesa cuando la primera caminata de Susie se convirtió en una carrera salvaje, porque Susie seguía chocando contra la mesa y tirando el jarrón.

—Rompió siete jarrones antes de que me rindiera —le gustaba decirle a la mamá de Susie a la gente. Ella nunca lo dijo como si estuviera loca. Parecía hacerla feliz por alguna razón.

Ahora la gran entrada sólo tenía una alfombra trenzada de color granate y azul marino.

Susie fue al centro de la alfombra y esperó.

Cuando las sombras se movieron afuera y la forma que rodeaba la casa se acercó a la puerta principal, Susie dio un paso adelante y la abrió.

Como Susie sabía que estaría, Chica se mantuvo erguida y rígida fuera de la puerta principal. La luz del porche jugaba con el cuerpo amarillo de Chica, haciendo que pareciera que el animatrónico estaba respirando. Susie miró los ojos rosáceos violáceos de Chica. ¿Se movieron las grandes cejas negras de Chica?

Susie miró hacia abajo rápidamente. Los pies anaranjados de Chica estaban plantados en la alfombra de BIENVENIDO, un pie sobre la B y un pie sobre el D. Como siempre, Susie vaciló. Pero luego hizo lo que sabía que debía hacer. Extendió la mano y dejó que Chica envolviera sus dedos rígidos y fríos sobre los suyos.

Chica se volteó y caminó hacia los escalones que conducían al césped delantero cubierto de hojas. Susie no tuvo más remedio que seguirla. Ahora los pequeños golpes de sus propios pasos se unieron a los de Chica. Y las hojas crujieron bajo sus pies cuando dejaron la casa de Susie detrás de ellas.

☆☆☆

En silencio, Samantha escuchó para asegurarse de que su madre estuviera en su habitación. Tuvo que escuchar con atención porque las gruesas paredes bloqueaban los pequeños sonidos.

Sin embargo, finalmente escuchó un crujido que reconoció como la cama de su madre.

Esperó unos minutos más antes de encender la linterna debajo de las mantas y alcanzar los dibujos.

Samantha casi no necesitaba verlos. Habían estado en su mente desde el momento en que aparecieron. En ese momento, se permitió admitir que sabía que la primera foto era de ella y Susie. Pero, ¿qué significaba?

Colocando su sábana y su manta, apuntó con la linterna al dibujo de las niñas.

Al principio, Samantha pensó que la chica de cabello volador, Susie, sostenía un espejo, pero rápidamente se dio cuenta de que era una lupa. Se parecía a la que su papá solía tener en el cajón de su escritorio en su oficina, la que a veces dejaba que las niñas usaran para mirar las cosas de cerca. Samantha nunca había olvidado ver de cerca la corteza de la madera de Oliver. Fue como ver un mundo completamente diferente. Susie podía nombrar las cosas todo lo que quisiera, pero Samantha preferiría estudiarlas.

Para eso usó la lupa: estudiar de cerca. Sin embargo, Susie la usó para cazar.

Después de que Susie usó la lupa para mirar de cerca una oruga, decidió usarla para encontrar insectos "diminutos" en el césped. Estaba segura de que iba a encontrar algo que nadie había visto antes. Cuando Samantha usó la lupa para mirar la corteza de Oliver, Susie la agarró y apuntó a una parte diferente de su tronco.

—Tal vez encontremos algunos elfos —dijo.

Bien, si Susie estaba sosteniendo una lupa, estaba buscando algo. ¿Pero qué? ¿El bebé flotante?

«Oh. No, no es un bebé».

La cosa flotante era una muñeca.

Samantha frunció el ceño. Si Susie estaba buscando una muñeca, sólo podía ser una muñeca.

Tenía que ser Gretchen. Así que Susie la quería de vuelta.

Pero ¿qué pasa con el pollito? ¿Qué era eso? Samantha no entendió al pollito dentudo. ¿Y qué significaba el otro dibujo?

Samantha apuntó su linterna al segundo dibujo. Era tal como lo recordaba: tres paneles con la chica del cabello volador alejándose de una puerta en los dos primeros, sólo la puerta en el tercero, y lunas que eran un poco más grandes en cada panel. ¿Qué significaba eso?

¿Qué tal si las lunas cada vez más grandes significan que cada panel es un día diferente? Como esta noche, mañana por la noche y la noche siguiente.

Samantha pensó en su hermana, la muñeca y las lunas.

¡Ella lo entendió! Apagando la linterna, pensó, «Susie sólo estará aquí dos noches más».

Estaba bastante segura de que tenía razón. Pero el pollito.

—¿Para qué está ahí el pollito? —susurro

Susie, por supuesto, no respondió, porque se había ido.

☆☆☆

La alarma de Samantha la despertó antes de que saliera el sol. Afortunadamente, ella tenía el sueño ligero, por lo que no le tomó mucho tiempo escucharla, y estaba segura de que no molestaría a su madre. Su madre tenía problemas para dormir, pero una vez que se dormía, tenía los mismos problemas para despertarse. Samantha había escuchado a su madre decirle a Jeanie que sólo podía dormir con la ayuda de pastillas. Las pastillas parecían hacer las mañanas realmente difíciles y Samantha había aprendido a no hablar con su madre antes de la escuela.

Una vez, Samantha había olvidado parte de un proyecto escolar. Ella y su mamá ya estaban corriendo porque su mamá se había quedado dormida. Finalmente salieron corriendo de la casa y se dirigieron al coche, y su madre había conducido hasta el final del camino de entrada, cuando Samantha se dio cuenta de lo que había dejado en su habitación.

—Tengo que volver —dijo.

Su madre frenó con tanta fuerza que la cabeza de Samantha se disparó hacia adelante y hacia atrás.

Pensó que su mamá regresaría rápidamente a la casa. En cambio, su madre se inclinó y golpeó su cabeza varias veces en el volante.

Susurró algo una y otra vez mientras lo hacía. Samantha pensó que sonaba como—: No puedo seguir con esto.

Ahora Samantha yacía en la oscuridad, sosteniendo su despertador durante varios minutos. No le gustaba levantarse temprano. Susie había sido la que siempre había querido saltar de la cama y empezar a jugar antes de que saliera el sol. Susie era como su padre, quien decía que la mejor parte del día era justo antes del amanecer, cuando todo estaba en un "estado de posibilidad".

—Huele este aire —le decía a Samantha las pocas mañanas que podía convencerla de que se levantara temprano—. Mira esa luz rosa. Es tan bonita —chillaba Susie.

«No es lo suficientemente bonita para levantarse tempranos».

Esta mañana, sin embargo, no fue el olor ni el color lo que sacó a Samantha de la cama. Era lo que necesitaba hacer.

Sólo tenía dos días más para encontrar a Gretchen.

No sabía qué pasaría si no encontraba a Gretchen. No entendía por qué una muñeca perdida podía significar tanto para su hermana muerta. Susie era un fantasma… ¿no es así? ¿Por qué un fantasma querría algo como una muñeca?

Pero no importaba. Susie la quería, y después de lo que le había pasado, se merecía obtener lo que quería.

Samantha apartó las mantas.

El aire frío golpeó sus piernas desnudas y se le puso la piel de gallina. Ignoró su deseo de volver a meterse en la cama. En cambio, se puso de pie, dejando que la tela gruesa y suave de su camisón de franela azul bloqueara algo del aire frío. Metió los pies en las zapatillas de cuero tipo mocasín que Jeanie le había comprado (a Samantha no le gustaban las zapatillas peludas de animales como a Susie), agarró la ropa que había tendido durante la noche y trotó hacia el baño de puntillas.

Agradecida por el pequeño calefactor que descansaba en un robusto taburete junto a la puerta del baño, Samantha lo encendió y se paró frente a él un par de minutos para calentarse. Luego hizo una versión corta de su rutina matutina antes de vestirse.

Después de darse cuenta de lo que significaban los dibujos de Susie, Samantha había intentado permanecer despierta el tiempo suficiente para

que las píldoras de su madre funcionasen para poder empezar a buscar a Gretchen. Pero seguía escuchando crujir la cama de su madre, lo que significaba que su madre no estaba profundamente dormida. Los ojos de Samantha habían comenzado a cerrarse, por lo que había puesto la alarma para la mañana.

Cuando terminó en el baño, apagó la calefacción y abrió la puerta. Al salir al pasillo, se paró sobre el corredor trenzado de color verde oscuro y pensó dónde podría haber escondido Susie a Gretchen.

Samantha miró la puerta cerrada de Susie. Ella sacudió su cabeza. La muñeca no estaría ahí.

Cuando Samantha y Susie se pelearon por Gretchen, Susie estaba tan molesta como pudo. No habría puesto la muñeca en su habitación, donde Samantha podría encontrarla fácilmente. E incluso si estuviera allí, ese sería el último lugar donde Samantha miraría. No había estado en la habitación de Susie desde esa horrible noche cuando…

Samantha bajó por el pasillo hacia las escaleras. Si iba a buscar la muñeca, lo haría de forma organizada. Tenía sentido empezar desde el fondo de la casa y trabajar. Además, en el primer piso, había menos posibilidades de que despertara a su madre.

El resplandor amarillo pálido de la luz del porche se extendía por las escaleras a través de la ventana de vidrio de plomo en la puerta principal. La luz estaba moteada y misteriosa.

—¿Cómo puede el vidrio ser plomo? —había preguntado Susie cuando su padre les dijo cómo se llamaba el vidrio de la puerta.

Samantha sonrió ahora mientras bajaba las escaleras. Susie siempre estaba haciendo preguntas como esa. Samantha nunca estuvo realmente segura de sí Susie estaba siendo graciosa o tonta.

Al pie de las escaleras, Samantha miró a ambos lados. Podía ir al comedor o al salón. Además de la cocina, las únicas otras habitaciones en el primer piso eran un pequeño baño y la oficina de su padre.

Dudaba que la muñeca estuviera en cualquiera de esas habitaciones, porque allí no había ningún escondite.

Comenzó en el comedor.

Este comedor era al menos el doble del tamaño de cualquier comedor que Samantha hubiera visto en la televisión. Realmente no podía compararlo con los comedores de otras personas porque no había visto ningún otro. Ella no tenía amigos. Cuando Susie estaba viva, a veces invitaban a Samantha a las fiestas a las que iba Susie, pero dejó de ir después de asistir a una. Eran estúpidas y aburridas, y los niños siempre eran malos con ella.

Samantha se secó la frente para borrar sus recuerdos. Encendió el interruptor de la pared para que la lámpara sobre la mesa se apagara.

La luz era una gran rueda de metal con velas falsas a lo largo de su borde. Jeanie dijo que la lámpara era "estilo granja", lo que tenía sentido.

—¿Por qué se llama un accesorio? —preguntó Susie cuando eran pequeñas—. No da acceso a nada.

Samantha se acercó al alto aparador tallado que estaba detrás de un lado de la larga y oscura mesa del comedor. Abrió las puertas inferiores. La conejera estaba llena de porcelana y cristal, platos y vasos que su familia nunca usaba. Miró detrás de las pilas de platos y cuencos. No estaba Gretchen.

Pasando al gabinete largo y bajo en la parte trasera de la habitación, el "aparador", lo llamó Jeanie, Samantha abrió todos los compartimentos y encontró muchos platos y jarrones para servir. No estaba Gretchen.

Fue al frente de la habitación y abrió la tapa del asiento de la ventana.

Estaba lleno de manteles y servilletas. Sólo para estar segura, cavó debajo y entre las pilas. No estaba la muñeca.

Luego fue a la sala de estar. Afuera, en la calle, escuchó el rugido del camión de basura vaciando los botes de basura frente a todas las casas. Ella se mordió el labio inferior. ¿Despertaría el camión de la basura a su mamá?

Era mejor que se apresurara.

La sala de estar era grande y estaba llena de muebles cómodos y esponjosos. Era una lástima que apenas los usaran.

Samantha miró con nostalgia el largo sofá a cuadros que daba a la chimenea de piedra en un extremo de la habitación. Dos sofás de dos plazas

de color burdeos macizo se unieron al sofá para formar una U. Lleno en las esquinas con mesas laterales de roble macizo y centrado alrededor de una otomana verde cuadrada, este era el lugar donde la familia solía jugar junto al fuego.

En el otro extremo de la sala había otro gran sofá y un par de sillones reclinables frente a un televisor de pantalla plana. A veces, su madre dejaba que Samantha viera esa televisión, pero la mayoría de las veces, se suponía que debía ver programas en la computadora de su habitación.

Alrededor de los bordes de la habitación, los estantes y gabinetes de roble empotrados estaban llenos de libros y cuadros enmarcados. Samantha recordó los sentimientos de Susie sobre esos estantes y algunos de los otros muebles.

—¡¿Roble?! —dijo Susie un día cuando tenía unos seis años—. ¿Roble, como Oliver?

—Los muebles están hechos de madera —respondió su padre— y la madera proviene de los árboles.

—¿Entonces matan árboles para hacer muebles? —chilló Susie.

Sus padres habían pasado la mayor parte de una hora tratando de convencerla de que los árboles no sentían dolor cuando los talaban. Nunca lo lograron. Susie estaba segura de que a los árboles le dolía.

Samantha comenzó a buscar en todos los gabinetes, comenzando en la esquina frontal y trabajando en sentido horario. Cuando no encontró nada, buscó detrás de todos los libros de los estantes. Pero sólo pudo llegar a las tres filas inferiores.

Trotó hasta la despensa de la cocina y tomó la escalera de mano que se guardaba allí. Desafiando su plan ordenado, registró la despensa mientras estaba allí. Encontró evidencia de que alguien, además de ella, había estado escondiendo dulces: una vieja bolsa endurecida de malvaviscos, dos paquetes a medio comer de galletas con chispas de chocolate, una caja sin abrir de donas anticuadas con una fecha de caducidad que era hace un año, y un recipiente de metal con caramelos duros que estaban todos pegados. Pero no encontró a Gretchen.

Arrastrando la escalera hasta la sala de estar, la subió y bajó catorce veces para mirar detrás de libros e imágenes. No encontró nada más que mucho polvo, lo que la entristeció, porque su madre solía querer que la casa estuviera "impecable". Recordó cómo la casa solía oler a limones por el aerosol que usaba su mamá cuando quitaba el polvo. Ahora, sólo olía a polvo.

Cuando hubo agotado todos los escondites de la sala de estar, Samantha miró el gran reloj de madera del abuelo en el pasillo trasero. Tenía que prepararse para la escuela pronto y tenía que despertar a su madre.

Antes de arrastrar la escalera hacia la cocina, asomó la cabeza hacia la oficina. El único escondite potencial aquí era el escritorio vacío de su padre. Se apresuró a entrar, abrió todos los cajones y miró en el cubículo donde una vez había estado junto a las rodillas de su padre cuando era muy pequeña. Nada.

No había nada que ver en toda la habitación, sólo el escritorio y los estantes vacíos. La única otra cosa que vio Samantha mientras salía corriendo de la habitación fue un pequeño trozo de alfombra gracioso pegado debajo del borde delantero de uno de los estantes.

Arriesgándose a registrar la cocina antes de despertar a su madre, abrió un armario y un cajón tras otro, palpando detrás de platos, ollas y sartenes, recipientes de plástico, cestas y utensilios. Gretchen seguía oculta.

☆☆☆

Samantha sintió la presencia de Susie tan pronto como se subió a la minivan después de la escuela ese día. ¿Cómo lo hacía Susie? Samantha estaba segura de que Susie no había estado esa mañana, y sabía que Susie nunca iba a la escuela. Samantha ignoró la insistente presencia de su hermana y miró la parte de atrás del cabello desordenado de su madre. ¿Sabía su mamá que Susie estaba aquí?

Samantha se preguntó si debería preguntar.

Quizás no mientras su mamá conducía.

Cuando su madre se detuvo en el camino de entrada, Samantha se volteó para mirar a Oliver, casi como si alguien la estuviera obligando a

hacerlo. Por lo general, ignoraba a Oliver. ¿Susie la estaba haciendo mirar? ¿Cómo?

A Oliver sólo le quedaban unas pocas hojas. Tal vez saldría a contarlas antes de la cena. No. Tenía que seguir buscando a Gretchen.

—¿Frijoles y salchichas para cenar? —preguntó su mamá.

Algo que se sintió como una ola fluyó a través de Samantha. La ola era oscura y un poco aceitosa. Quería aferrarse a Samantha de la forma en que la tristeza se había adherido a ella desde que Susie se había ido.

Pensó que la ola era emoción. ¿Pero era de ella o de Susie?

A Susie le encantaban los frijoles y las salchichas. ¿Estaba triste por no poder comer?

¿Tenían comida donde ella había ido cuando murió?

—Los frijoles y las salchichas están bien —respondió Samantha—. ¿Podemos comer piña también?

En su mente, vio que Susie arrugó la cara con disgusto. ¿Susie puso esa imagen allí? A Samantha siempre le había gustado la piña con frijoles, y Susie pensaba que era asqueroso.

Su madre le dio a Samantha una media sonrisa.

—Seguro.

☆☆☆

Susie siguió a Samantha mientras se apresuraba de una habitación a otra en busca de Gretchen. Samantha había estado buscando a Gretchen desde que llegaron a casa. ¡Los dibujos de Susie habían funcionado!

Desafortunadamente, Samantha no estaba teniendo suerte. Esto se debía en parte a que estaba buscando en lugares tontos.

Por ejemplo, Samantha había intentado encontrar a Gretchen en el agujero del tronco del árbol de Oliver. Al iluminar el agujero con la luz y murmurar sobre los elfos, Samantha contuvo la respiración y metió la mano en el interior del árbol.

Susie se reía todo el tiempo. ¡Samantha le había creído cuando le habló de los elfos!

Ahora estaban adentro recorriendo toda la casa. El sonido del agua corriente y el tintineo de sartenes y cubiertos dejó en claro que su madre todavía estaba en la cocina. Obviamente, Samantha estaba tratando de buscar arriba antes de que su mamá terminara de preparar la cena.

Comenzó con el estudio de su mamá.

—Nunca habría escondido a Gretchen aquí —le dijo Susie a Samantha cuando abrió la puerta del estudio. Samantha no le prestó atención a Susie. Esto no fue una sorpresa; Samantha estaba siendo terca.

¿Por qué Susie no recordaba dónde puso la muñeca?

Sabía dónde la puso la primera vez que la escondió. Había estado en su habitación, debajo de su cama, que sabía que era un escondite poco original. Un par de horas después, la había movido. ¿Pero a dónde?

Susie estaba de pie en la entrada del estudio de su madre mientras Samantha se apresuraba a cavar en montones de telas apiladas en estantes de color amarillo pálido, en montículos de hilo amontonado en enormes cestas de mimbre debajo de una hilera de ventanas, y en contenedores de lona de lana junto al telar de su madre. Susie pensó que todo esto era muy valiente porque una de las reglas de la casa era que el estudio estaba fuera de los límites. Samantha incluso abrió la puerta del trastero en el otro extremo del estudio. Cuando entró a buscar, Susie no la siguió.

A Susie le encantaba jugar y ser tonta, pero no era una loca valiente. El almacén contenía el trabajo terminado de su madre, las cosas que vendía para ganar dinero.

Nunca se les permitió tocarlo. Una vez, cuando Susie tenía cinco años, su mamá había dejado uno de sus "tapices" en la mesa del comedor porque alguien venía a recogerlo. Susie, curiosa, entró en el comedor, se subió a la silla y miró el tapiz. Estaba cubierto de mullidos mechones de suave tela redonda que la deleitaba. Tenía que tocarlos. Olvidando que acababa de comer galletas con chispas de chocolate, Susie puso sus dedos pegajosos sobre los mechones de color melocotón claro. Cuando vio las manchas de chocolate, trató de limpiarlas, lo que las esparció aún más. Esto la hizo llorar y la asustó lo suficiente como para intentar salir corriendo de la

habitación. En su prisa, terminó derribando una silla y cayendo. Tratando de contenerse, agarró el tapiz y se golpeó la cabeza contra la mesa, lo que la hizo chillar. Cuando su madre entró corriendo en la habitación, Susie estaba en el suelo con el tapiz manchado de chocolate en una mano y sangrando en otra parte del tapiz por un corte en la frente.

Su mamá estaba muy enojada. Había asustado a Susie. La asustó tanto que nunca volvió a acercarse al trabajo de su madre.

Gretchen no estaba en el estudio de su madre. Pero Susie sólo podía esperar a que Samantha se diera cuenta por sí misma.

Una vez que lo hizo, Samantha pasó al dormitorio de su madre. Primero, se detuvo en el pasillo para escuchar. Más sonidos de la cocina animaron a Samantha a entrar.

—Gretchen no está aquí —le dijo Susie mientras Samantha se agachaba para mirar debajo de la cama de su madre. La falda de la cama azul oscuro cubría la cabeza de Samantha como una bufanda.

Samantha se levantó del suelo, inclinó la cabeza para escuchar un segundo y luego fue al armario de su madre. Samantha comenzó a barrer la ropa colgada, a abrir y cerrar cajas de zapatos.

—¿No crees que ya lo habría encontrado si estuviera aquí? —dijo Susie.

Samantha no respondió.

Samantha miró los estantes sobre la ropa colgada.

—Simplemente treparía por los estantes —murmuró Samantha.

Susie sonrió.

—Sí, lo haría.

Samantha giró en círculo, frunciendo el ceño. Samantha vio el banco que estaba al final de la cama de su madre y lo arrastró al armario.

Susie se sintió mal por quedarse allí mirando. Pero Samantha estaba perdiendo el tiempo.

Samantha se paró en el banco. Incluso de puntillas, tuvo que esforzarse para ver los estantes superiores del armario de su madre.

Terminando con el armario, se trasladó al tocador de su madre. Susie se mordió el pulgar. Estaba segura de que iban a gritarle a Samantha por lo que estaba haciendo. Samantha también tenía que saber eso, pero no iba a dejar que eso la detuviera. Samantha buscó en toda la ropa interior, medias, calcetines y bufandas de su madre.

—¡Samantha!

—¡¿Qué?! —chilló Samantha, cerrando de golpe el último cajón de la cómoda.

—Cena en cinco.

—¡Okey!

Samantha corrió a la mesa de noche de su madre y la registró, luego hizo lo mismo con la de su padre. El suyo estaba vacío. El de su madre estaba lleno de libros, muestras de telas y píldoras. Gretchen no se escondía ahí.

—Te lo dije —dijo Susie mientras seguía a Samantha desde la habitación de su madre. Sabía que estaba siendo una bebé sarcástica, pero no pudo evitarlo. Casi podía oír un tic-tac en su cabeza.

☆☆☆

—Samantha ha estado husmeando en mis cosas —le dijo Patricia a Jeanie por teléfono.

Al descubrir que sus materiales habían sido revisados, Patricia decidió llamar a su amiga en lugar de gritarle a su hija.

—¿Qué cosas?

—Por lo que pude ver, todas mis cosas. —Presionó tres dedos en su sien—. Samantha sabe que no debe hacer eso.

—Exactamente. Así que debe haber tenido una buena razón —dijo Jeanie.

—¿Qué razón podría tener?

—No lo sé, pero sé que tiene una. ¿No falta nada o algo está dañado?

—Nada que haya visto.

—Entonces déjalo así.

—Pero…

—En serio, Patricia. Es hora de dejarlo.

☆☆☆

Chica llegó a medianoche. Como de costumbre, Susie se sintió tirada de la cama de Samantha. Como de costumbre, se sintió obligada a pasear por la casa y ver la silueta oscura de Chica en el exterior. Como de costumbre, abrió la puerta trasera, luego la cerró y fue al frente.

Como de costumbre, se preguntó por qué tenía que hacer lo que tenía que hacer. ¿Por qué tenía que dejar a su familia?

Susie abrió la puerta principal y la brisa de la noche sopló un par de hojas de Oliver pasando los pies de Chica y dentro de la casa. La noche era más brillante que las dos noches anteriores porque la luna estaba más llena. Las nubes también se habían ido. Las estrellas eran tan espesas en el cielo que le recordaron a Susie el azúcar en polvo que su mamá solía poner en las galletas de chocolate arrugadas que hacía en Navidad. En algunos lugares, las estrellas se volvieron borrosas en una extensión de luz blanca brillante.

Susie esperaba que Chica la tomara de la mano, como de costumbre. En cambio, Chica levantó una mano y empujó a Susie a un lado. Entonces Chica entró en la casa.

☆☆☆

Una pesadilla despertó a Samantha. Sus ojos se abrieron de golpe y se agarró a las mantas, escuchando los latidos de su corazón.

«Era sólo un sueño». Sintió que su corazón comenzaba a ralentizarse.

Luego se aceleró de nuevo y Samantha se sentó.

¡No fue sólo un sueño!

—Chica —susurró.

Su sueño le acababa de decir más sobre el pollito del dibujo de Susie. El pollito era Chica. Chica había estado persiguiendo a Samantha en el sueño.

Samantha había estado tratando de mover un estante en la oficina de su padre, y Chica la había estado acechando.

Samantha jadeó. «¡La oficina de papá! Ahí es donde…»

Samantha se congeló cuando escuchó sonidos.

Golpe… golpe… golpe… golpe.

Samantha empezó a temblar.

Esos eran los sonidos. Eran los mismos sonidos que Samantha había escuchado tantas veces durante los últimos meses, los sonidos que había intentado convencerse a sí misma que había imaginado.

No los había imaginado.

Esos eran los sonidos.

Excepto que no eran exactamente iguales.

Estaban más cerca.

Mucho más cerca.

Samantha siempre había pensado que los sonidos que había escuchado provenían del exterior de la casa. Ahora sabía que estaban dentro y se acercaban.

☆☆☆

Cuando Chica empezó a subir las escaleras, Susie trató de seguirla. Pero ella no pudo. Era como si estuviera pegada a la puerta, atrapada allí por cadenas invisibles.

—¡Chica, detente! —gritó.

Chica no se detuvo. Subió lenta pero constantemente las escaleras.

Iba por Samantha; Susie estaba segura de ello. Susie luchó por liberarse de todo lo que la mantenía en su lugar. Intentó y trató de moverse. Luego empezó a llorar e hizo lo único que podía hacer para ayudar a su hermana.

—¡Samantha! ¡Corre!

☆☆☆

Samantha saltó de su cama y corrió hacia la puerta de su dormitorio. ¿Podría llegar a la habitación de su madre antes de que lo que subiera las escaleras llegara?

Abriendo un poco la puerta, miró hacia las escaleras. No. Demasiado tarde. Un pollito del tamaño de un hombre de color amarillo brillante con horribles dientes afilados estaba a un paso de la cima, a sólo unos metros de la puerta de Samantha.

Cerró la puerta de golpe y miró alrededor de su habitación. Cuando los pasos se acercaron, se sumergió debajo de la cama.

Cuando la puerta comenzó a abrirse, Samantha se puso rígida y contuvo la respiración mientras unos pies de metal naranja cruzaban el piso de madera.

Esto no puede ser real.

Pero lo era.

Temblando, Samantha vio los pies rodeando su cama. No pudo contener la respiración por más tiempo, así que dejó entrar un poco de aire con cuidado.

Los pies se detuvieron.

Se voltearon.

Comenzaron a volver alrededor de la cama. Luego hicieron una pausa.

Samantha escuchó un zumbido aterrador y, de repente, la colcha que colgaba del costado de la cama se movió. Un rostro amarillo con ojos violáceos y dientes mortales miró a Samantha.

Samantha se apartó de la cara y se retorció hacia el lado opuesto de la cama. Una vez fuera de debajo de la cama, miró sobre su hombro, preguntándose si podría pasar para huir de su habitación antes de que el pollito se enderezara…

No. Ya estaba de pie, mirando.

Samantha corrió hacia la ventana. Trató de no escuchar el *golpe… golpe… golpe… golpe* mientras buscaba a tientas la cerradura de la ventana.

Temblores, como alas de mariposa, revoloteaban entre sus omóplatos. Los ignoró.

Los pasos se amortiguaron cuando cruzaron su alfombra. Ella sólo tenía unos segundos.

Arrastrándose por la ventana, Samantha agarró los diamantes entrelazados del enrejado y sacó las piernas. El sonido de la tela rasgándose la hizo mirar hacia atrás a través de la ventana. ¡El pollito estaba allí! Sostenía un trozo de su camisón azul pálido en su mano.

Samantha gimió y bajó por el enrejado. Manteniendo la mirada fija en la enredadera que se aferraba al enrejado, fue tan rápido como pudo. Estaba en calcetines, por lo que la madera se sentía afilada contra sus plantas, pero no le importaba.

Tampoco miró hacia arriba. No quería saber si la perseguían.

Cuando sus pies encontraron una superficie sólida y rugosa, supo que había llegado al techo del porche. Entonces miró hacia arriba.

Nada bajaba por el enrejado tras ella. Bien. Pero no tan bien. Si no era lo suficientemente rápida, Chica podría regresar a la casa y buscarla cuando llegara al porche. Chica. La mente de Samantha finalmente la había obligado a ver lo que no había querido ver. El pollito de la casa era Chica.

En su dibujo, Susie había estado tratando de decir que Chica no quería que Susie encontrara a Gretchen.

¿Por qué?

Samantha no lo sabía. Pero ella sabía que tenía razón.

Chica venía tras ella porque estaba buscando a Gretchen.

Samantha apretó los dientes mientras se inclinaba sobre el borde del techo del porche para agarrarse a uno de los postes del porche. ¿Podría agarrarlo lo suficientemente bien como para dejar caer las piernas hasta la barandilla?

Ella tenía que hacerlo. Por Susie.

Samantha iba a bajar y volver a entrar en la casa. Luego iba a encontrar a Gretchen… porque gracias a su sueño, sabía dónde buscar.

¿Pero podría llegar antes que Chica?

☆☆☆

Susie no sabía cuánto tiempo estuvo atrapada en la puerta escuchando los sonidos de los pasos de Chica en el piso de arriba. También escuchó varios golpes más, pero nunca escuchó a Samantha gritar. Esperaba que fuera una buena señal, pero no estaba segura, pensó que estaría en la puerta para siempre. El tiempo pasó y siguió y siguió.

Luego vio a Chica en lo alto de las escaleras. Ella estaba bajando.

Y ella no tenía a Samantha.

Si hubiera podido moverse, Susie se habría caído al suelo aliviada.

En cambio, todo lo que pudo hacer fue ver a Chica bajar los escalones.

Entonces, de repente, ¡Samantha apareció desde afuera!

Con el rostro pálido y los ojos muy abiertos, el cabello enredado, Samantha pasó corriendo junto a Susie.

Samantha tenía la cabeza gacha y la mirada fija en sus pies. No miró a Susie. Ni siquiera miró a Chica por las escaleras.

Susie vio a Samantha entrar en el comedor y desaparecer hacia la cocina. ¿A dónde iba Samantha?

☆☆☆

Samantha no sabía por qué no pensó en eso antes. Tal vez fue porque, aunque seguía pensando en él, realmente quería olvidar a su padre. Ya era bastante malo que a Susie la secuestraran. Al menos Susie no se fue a propósito. Ella no quería irse. La secuestraron y la asesinaron. Eso, pensó Samantha, es una buena excusa para dejar a la familia.

Su padre, sin embargo, no tuvo que irse. Se fue porque era "demasiado difícil".

Eso fue lo que dijo—: Es muy difícil.

—Pero es por eso que te necesitamos, papá —le había dicho.

Simplemente apretó los labios, algo que ella había aprendido de él, y dijo que tenía que irse.

Por eso Samantha estaba sola ahora. Su papá se había ido. Su madre estaba drogada y dormida. Su hermana estaba muerta. Si Samantha iba a sobrevivir, tendría que salvarse por sí misma.

Aunque Samantha no miró hacia las escaleras, sabía que Chica estaba allí. Por eso corrió hacia la cocina.

No sabía lo inteligente que era Chica, pero pensó que valía la pena intentar engañarla. Quería que Chica la siguiera hasta la cocina y la buscara allí. Si hubiera juzgado bien, le daría suficiente tiempo.

Cuando llegó a la cocina, Samantha encendió la luz. Luego atravesó la entrada trasera de la cocina y corrió por el pasillo que comunicaba con la oficina de su padre.

En su oficina, dejó la luz apagada. Sabía adónde iba.

Corrió hacia el estante con la alfombra. Agarró el borde del estante a la altura del pecho y tiró de él. No se movió. Se inclinó y tiró del de abajo. Sin movimiento. El de arriba. Atascado. Estirándose, alcanzó el que estaba encima de eso. Todavía nada.

¡Tiene que ser aquí! En su frustración, pateó el estante justo al lado de la pequeña alfombra. Y la estantería se desprendió de la pared y se abrió a la habitación.

Susie tenía razón. Una habitación oculta había estado aquí todo el tiempo.

Samantha no esperó a que la puerta de la estantería se abriera del todo. Se empujó a través de la abertura y buscó a tientas un interruptor de luz. Encontró uno justo dentro de la abertura. Al accionar el interruptor, se quedó quieta y escuchó.

Podía escuchar los pasos de Chica en la cocina. Bien. Funcionó.

Miró a su alrededor. La habitación estaba llena de todo tipo de cosas extrañas: hojas secas, piedras, vidrios rotos, juguetes viejos, pilas de papeles y libros.

Samantha no sabía si estaba mirando el alijo de tesoros de Susie o el de su padre. No importaba. Sólo importaba que Gretchen, con el pelo rizado lleno de polvo pero su vestido de lunares tan brillante como el día que desapareció, estaba sentada en lo alto de una de las torres de libros inclinadas.

Samantha agarró la muñeca y se apresuró a cruzar la oficina de su padre.

Cuando llegó a la puerta, miró a su derecha. Chica venía por el pasillo; ella estaba a sólo unos metros de distancia.

Samantha huyó a través de la sala de estar y salió por la puerta principal.

Jadeando, miró hacia el patio.

Estaba vacío, por supuesto. Sabía dónde estaba Susie y sabía dónde estaba Chica. Sólo Oliver estaba en el patio, Oliver y su última hoja de color amarillo pálido. Samantha corrió hacia él y se escondió detrás de su enorme y sólido tronco.

☆☆☆

Susie vio a Samantha esconderse detrás de Oliver, luego se volteó y esperó a que Chica llegara a la entrada. ¿Qué haría Chica? ¿Cómo podría Susie mantener a Chica alejada de Samantha?

Resultó que no tenía que hacerlo. Cuando Chica alcanzó a Susie, Chica hizo una pausa y le tendió la mano. La mano de Susie se levantó y alcanzó la de Chica a pesar de que eso era lo último que quería que hiciera. Sintió el metal animatrónico tocar sus dedos.

—¡Pero no estoy lista! —le dijo a Chica.

Chica miró hacia abajo y sus dientes brillaron a la luz de la luna. Susie retrocedió. Los dedos de Chica agarraron los de Susie con fuerza, y Susie no pudo apartarlos. Cuando Chica se movió, Susie sintió que la arrastraban fuera de su casa.

Sabía que tenía que dejar de resistirse. Ella tenía que estar de acuerdo.

Así que dejó de luchar y comenzó a caminar tranquilamente junto a Chica.

☆☆☆

Samantha vio a Chica tomar la mano de su hermana, y vio a su hermana y Chica cruzar el porche, bajar los escalones y caminar hacia Oliver. Samantha se tensó. ¿Qué debería hacer? ¿Qué podía hacer?

Antes de que pudiera decidir, Chica y Susie desaparecieron.

Sin pensar, Samantha gritó—: ¡Espera!

☆☆☆

Susie escuchó el grito de su hermana. Chica no se detuvo, pero Susie sí. Por mucho que Chica estuviera deseando que siguiera caminando, algo igual de fuerte la impulsaba a retroceder. Atrapada en el medio, Susie, una vez más, no podía moverse.

—¡Susie! —Samantha lloró el nombre de su hermana.

—Tengo que volver —dijo Susie—. Tengo que hacerlo.

Esperó conteniendo la respiración. Entonces sintió que algo se movía en el aire a su alrededor.

Chica le soltó la mano.

☆☆☆

Samantha salió de detrás de Oliver y se paró a su lado, con Gretchen colgando de su mano derecha. Las lágrimas llenaron sus ojos.

Llegó demasiado tarde.

No. ¿Qué era eso?

Las hojas cerca del tronco de Oliver se arremolinaron desde el suelo y luego se alejaron de él. La noche era ventosa, pero el viento no se movía en círculos. También soplaba hacia Oliver, no lejos de él.

Samantha volvió a mirar su única hoja superviviente.

Y fue entonces cuando Susie apareció de repente frente a Oliver.

Tenía el mismo aspecto que tenía el día que fue secuestrada. Incluso vestía la misma ropa: su suéter de rayas magenta y rosa y los jeans que Jeanie había tachonado con pedrería.

Samantha miró a su hermana. Luego extendió a Gretchen.

Susie abrió la boca como si quisiera decir algo. Pero luego tomó la muñeca regordeta y la apretó contra su pecho.

—Te he echado mucho de menos —le dijo Samantha.

Susie asintió. Ella se acercó y Samantha ni siquiera dudó. Dio un paso en el abrazo ofrecido.

Susie se sentía tan sólida como cuando estaba viva. Quizás incluso más.

Samantha nunca fue una abrazadora. Por lo general, abrazaba a Susie a medias cuando Susie insistía en un abrazo. Ahora abrazó a Susie con todas sus fuerzas.

—Te quiero —susurró.

Sintió una ola de emoción fluir sobre ella, como la que había sentido en el auto. Pero esta no era oscura ni aceitosa. Este era ligera, cálida y burbujeante. Samantha estaba bastante segura de que esta ola era una ola de amor.

Susie la soltó y Samantha se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Susie sonrió y luego dirigió su mirada hacia Chica. Samantha vio a Chica tomar la mano de su hermana. Luego vio a Chica llevarse a Susie y Gretchen lejos.

Desaparecieron justo cuando Oliver soltó su última hoja.

—Adiós —susurró Samantha.

Samantha sintió que la soltaba. Y sintió la promesa de algo nuevo.

Susie se iba, sí. Pero esto no era el final. Samantha sabía que era un comienzo. Al igual que el fantasma feliz de la historia, Susie iba adonde podría estar con su familia para siempre.

ACERCA DE LOS AUTORES

Scott Cawthon es el autor de la exitosa serie de videojuegos Five Nights at Freddy's, y aunque es diseñador de juegos de profesión, es ante todo un narrador de corazón. Se graduó del Instituto de arte de Houston y vive en Texas con su esposa y cuatro hijos.

Andrea Rains Waggener es autora, novelista, escritora fantasma, ensayista, escritora de cuentos, guionista, redactora, editora, poeta y miembro orgulloso del equipo de escritores de Kevin Anderson & Associates. Sobre el pasado prefiere no recordar mucho, fue ajustadora de reclamos, tomadora de pedidos por catálogo de JCPenney (¡antes de las computadoras!), secretaria de la corte de apelaciones, instructora de redacción legal y abogada. Escribiendo en géneros que varían desde su novela para chicas, Alternate Beauty, hasta su libro de instrucciones para perros, Dog Parenting, hasta su libro de autoayuda, Healthy, Wealthy and Wise, hasta memorias escritas como fantasma y horror, misterio y proyectos de ficción convencionales, Andrea todavía se las arregla para encontrar tiempo para ver la lluvia y obsesionarse con su perro y sus proyectos de tejido, arte y música. Vive con su esposo y dicho perro en la costa de Washington, y si no está en casa creando algo, se la puede encontrar caminando por la playa.

Elley Cooper escribe ficción para adultos jóvenes y adultos. Siempre le ha gustado el horror y está agradecida con Scott Cawthon por permitirle pasar tiempo en su universo oscuro y retorcido. Elley vive en Tennessee con su familia y muchas mascotas malcriadas. A menudo se la puede encontrar escribiendo libros con Kevin Anderson & Associates.

Kelly Parra es autora de las novelas de Graffiti Girl, Invisible Touch y otros cuentos sobrenaturales. Además de sus trabajos independientes, Kelly trabaja con Kevin Anderson & Associates en una variedad de proyectos. Vive en Central Coast, California, con su esposo y sus dos hijos.

Jake se miró a sí mismo y trató de acostumbrarse al hecho de que "él mismo" no se parecía en nada al mismo al que estaba acostumbrado antes. Lo último que recordaba era que era un niño. No había sido un niño en un tiempo… no sabía cuánto tiempo.

Así que no era del todo extraño que ya no estuviera en el cuerpo de un niño. Pero todavía era bastante extraño que estuviera en algo que no estaba vivo. También era extraño que no pudiera recordar exactamente quién había sido cuando era un niño. Tenía recuerdos vagos, pero no tenían sentido. Por ejemplo, recordaba haber pensado que sería divertido volver a la vida como un cachorro o un gatito. Pero, ¿por qué pensaría eso?

Ahora, aquí, estaba dentro de una cosa de metal. No sabía lo suficiente sobre nada para entender qué era. Pero sabía que no estaba solo. Compartía este extraño espacio. Fue como despertarse en la casa de otra familia.

—¿Hola? —dijo Jake.

—¿Quien está hablando? —preguntó la voz de un niño. El niño sonaba un poco como un niño que Jake solía conocer en la escuela, un niño que siempre le respondía al maestro y se metía en problemas.

—Oh, hola —dijo Jake—. Soy Jake. ¿Quién eres tú?

—¿Qué te importa?

—Um, sólo estaba siendo amigable.

Jake recordó haber aprendido que la forma de lidiar con niños así era dejarlos ser tan duros como quisieran.

—Lo siento. Soy Andrew. —La voz del niño era áspera. No sonaba como si estuviera diciendo su nombre. Sonaba como si estuviera lanzando un desafío.

—Hola, Andrew.

—¿Por qué no puedo ver nada? —demandó Andrew.

—¿No puedes ver el camión? —preguntó Jake.

—Si pudiera ver el camión, ¿crees que diría que no veo nada?

Jake pensó que Andrew sonaba enojado. Muy enojado.

—Lo siento. Um, ¿entonces estamos en la parte trasera de lo que creo que podría ser un camión de basura? Estamos con mucha basura.

—Me lo imagino —dijo Andrew.

—¿Por qué? —preguntó Jake.

—Es la historia de mi vida.

—¿Qué quieres decir?

Andrew ignoró la pregunta.

—¿Cómo es que puedes ver y yo no? —Sonaba como si se estuviera preparando para una rabieta.

—Lo siento mucho. No estoy seguro. Quiero decir, sé que estamos en algún tipo de cosa de metal, no sé, ¿algún tipo de entidad o algo así? Puedo ver lo que hay al alrededor, pero no sé cómo llegué aquí, así que no sé cómo llegaste aquí. Y seguro que no sé por qué puedo ver y tú no. Pero tal vez pueda ayudarte a ver. ¿Sabes cómo llegaste aquí?

Andrew guardó silencio durante un minuto. Jake esperó.

—Bueno, ¿podría haber tenido algo que ver con las cosas en las que estaba?

—¿Qué cosas?

—No es de tu incumbencia —gruñó Andrew.

Jake suspiró.

—Sé que no lo es. Sólo pensé que sería bueno ser amigos y que los amigos se conocieran. Así que me preguntaba qué querías decir con estar en cosas.

El camión se detuvo y se hizo el silencio.

—No he tenido un amigo en mucho tiempo —dijo Andrew. Su tono era defensivo, como si estuviera desafiando a Jake a burlarse de él.

—Lo siento mucho —respondió Jake. Sus recuerdos eran inconexos y confusos, pero recordó que había tenido amigos—. Eso es horrible.

Jake quería saber más, pero sabía que era mejor no seguir haciendo preguntas.

La parte trasera del camión se abrió y un tipo con un mono comenzó a descargar toda la basura.

—Podría ser tu amigo —dijo Jake.

—¿Por qué querrías ser mi amigo?

—Simplemente me gusta hacer amigos.

—¿Entonces cómo hacemos eso?

—¿Hacer qué?

—¡Ser amigos! —Andrew soltó un resoplido exasperado—. Demonios, eres un tonto.

Jake sintió que estaba haciendo el primer contacto con una nueva especie, como en las películas de ciencia ficción que recordaba haber visto.

—Hablamos, nos contamos cosas y nos entretenemos, y luego nos hacemos amigos —dijo Jake. Supuso que estaba lo suficientemente cerca.

—¿Cómo qué cosas?

—Lo que quieras. —Jake quiso volver a preguntar qué quería decir Andrew con estar metido en cosas, pero esperó.

Andrew guardó silencio durante unos segundos.

—¿Alguna vez has estado tan enojado que sólo querías que todos lo supieran?

Jake lo pensó y recordó un momento en el que estaba realmente enojado porque tuvo que dejar la escuela. ¿Pero por qué? No importaba.

—He estado muy enojado, pero supongo que no necesitaba que todos lo supieran. Pero tenía alguien con quien hablar. ¿Tuviste a alguien así?

—No.

Jake no estaba seguro de qué decir, así que se quedó callado.

—¿Quisiste vengarte de la persona con la que estabas enojado? —preguntó Andrew.

—No creo que fuera una persona. Creo que tuvo que ver con estar enfermo o algo así. Mis recuerdos son algo confusos.

—Confusos. Sí. También los míos. Pero sí recuerdo haber querido vengarme de alguien que me hizo daño. Creo que me apegué a él. Me metí en su alma, me aseguré de que no pudiera seguir adelante cuando debería haber muerto. Recuerdo que quería que sufriera, como él me hizo sufrir a mí. Pero no recuerdo lo que hizo. Sólo sé que aguanté, sin importar lo que le hicieran para intentar salvarse. Quería que le doliera.

En un momento, Jake no pudo reprimirse más. Él soltó—: Es terrible que te sintieras tan mal.

—Cállate. Sólo cállate. ¡No necesito tu estúpida simpatía!

—Lo siento.

Pasaron varios segundos.

Entonces Andrew tuvo más que decir.

—Recuerdo que intentaron matarlo. Pero no iba a dejarlo ir hasta que estuviera listo. Es extraño. Recuerdo estar tan enfadado y decidido, pero no sé por qué.

A Jake le dolía estar tan cerca de tanto odio. Pero no se habría ido si hubiera podido. Andrew lo necesitaba.

—¿Todavía estás ahí? —le preguntó Andrew a Jake.

—Sí. Estoy escuchando. Me dijiste que me callara.

Andrew rio.

—Sí, lo hice, ¿no?

Jake estaba callado. Luego dijo—: Entonces, ¿dónde está la persona ahora, con la que estás enojado?

—No estoy seguro. Sé que estaba en él cuando llegamos a este gran lugar con muchas cosas interesantes. Todo lo que puedo recordar después de eso es querer estar en todas partes. Puedo recordar estar por todas partes en todo tipo de cosas. Y recuerdo a este perro animatrónico, Fetch. Se rompió en una tormenta eléctrica. Juguete de mierda. No estaba hecho bien. —Andrew hizo un sonido de frambuesa. Luego suspiró—. Así que creo que estaba en Fetch, más o menos. Creo que así es como llegué aquí. No sé por qué pienso eso. Solamente lo hago.

Jake se quedó en silencio. Seguía mirando al hombre descargar el camión.

—Puedes hablar ahora —dijo Andrew.

—No sé qué decir. Me siento mal por haber pasado por algo que fue realmente malo.

El hombre alcanzó el contenedor de Jake y Andrew. Jake se había estado preguntando qué hacer con el hombre. Pensó que si se movía en lo que estaban, el hombre se asustaría. Pero ahora no tenía realmente otra opción. No quería que el hombre lo echara a él y a Andrew.

Entonces Jake se movió, lo que significaba que la cosa en la que estaban se movió. Jake vio que el hombre miraba alarmado. Queriendo consolar al hombre, Jake extendió la mano para tocar su rostro.

El hombre gritó y se agarró la cabeza. Colapsando sobre la grava detrás del camión, el cuerpo del hombre comenzó a marchitarse como si fuera una esponja escurrida por una mano invisible. Mientras su cuerpo se succionaba sobre sí mismo, sus ojos cayeron hacia adentro, desapareciendo. Y rayas negras corrían por sus mejillas.

—¿Qué acaba de suceder? —gritó Jake. Saltó de la camioneta y miró el cuerpo del hombre calvo.

—No puedo ver, tonto —espetó Andrew—. ¿De qué estás hablando?

—¡Sólo pensé en tocarle la cara a un hombre y murió! ¡¿Por qué moriría?! —Jake se dio cuenta de que estaba gritando, pero no pudo evitarlo.

—¿Por qué me preguntas? —Andrew volvía a sonar a la defensiva.

—Otro tipo también murió. Lo acabo de recordar —dijo Jake.

—Probablemente fui yo —dijo Andrew.

—¿Podría ser Fetch, el perro? —preguntó Jake.

—No, seguro que fui yo.

—¿Quieres matar gente?

—¡No!

—¿Entonces por qué…?

—Sólo quiero asustar a la gente, ¿de acuerdo? Como, ya sabes, dales un zap.

—¡El zap los está matando!

—Bueno, eso no era lo que quería.

—Okey. —Jake pensó un segundo—. Entonces, si lo que estás haciendo no es lo que quieres, tal vez estés haciendo algo que alguien más quiera. Quizás haya algo más aquí con nosotros.

—¿En esta cosa quieres decir?

—Sí. Como un autoestopista o como una pulga en un perro.

—Eso es estúpido. Hiciste autostop con el hombre que te mató. ¿Por qué no puede alguien más hacer autostop con nosotros? —Andrew se quedó en silencio por un segundo, luego dijo—: Suena tonto.

—La cosa es que si lo hiciste de alguna manera, lo que sea que te esté causando hacerlo podría estar en todo lo que te metiste.

—Los infecté. Ahora lo recuerdo.

—¿Qué?

—Yo infecté todo a lo que arrojé mi enojo.

—Okey. Entonces, todo lo que infectes podría lastimar a las personas. Gente inocente.

—Oye, yo no soy así. Sólo quería lastimar al malo.

—Pero dijiste que contagiabas cosas con tu ira. ¿No pensaste que eso los lastimaría?

—Cállate.

—Bien, me callaré. Pero vamos a buscar todas las cosas que infectaste.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—¿No me ayudarás?

—¿Por qué debería?

Jake pensó por un segundo y luego intentó algo. No estaba seguro de poder hacerlo. Pero…

Sí, podía. Podía sentir los pensamientos de Andrew. Sería capaz de encontrar las cosas que Andrew infectó, incluso sin la ayuda de Andrew.